

IGNACY KARPOWICZ

Sońka

Traducción de F. J. Villaverde



Rayo verde
editorial

SOŃKA

IGNACY KARPOWICZ

Traducción de F. J. Villaverde González

Rayo verde
editorial

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero de ©POLAND Translation Program



Primera edición, 1000 ejemplares: enero 2020

Título original: *Sonka*

© Copyright by Ignacy Karpowicz.

© Copyright by Wydawnictwo Literackie, Kraków, 2014. All rights reserved.

© de la fotografía de Ignacy Karpowicz, Wojciech Wojtkielewicz

© de la traducción del polaco, Francisco Javier Villaverde González

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2020

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Ilustración de la cubierta: Mercedes deBellard

Producción editorial: Víctor Sabaté

Correctores: Antonio Gil, Víctor Sabaté

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Vía de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

ISBN ePub: 978-84-17925-17-8

THEMA: FBAN

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

NOTA DEL AUTOR

Hasta no hace mucho, en la región de Podlasie (noreste de Polonia), en especial en el campo y las pequeñas ciudades, coexistían dos realidades lingüísticas: la polaca y la bielorrusa. Iban cada una por su lado, conservando sus señas de identidad, pero al mismo tiempo se entendían estupendamente entre sí. Sin embargo, esos tiempos están llegando a su fin sin que se pueda remediar. Por eso me he decidido a reunir todo el vocabulario bielorruso que aparece en el libro y colocar en notas al pie sus correspondientes traducciones, no solo para que se entienda, sino, lo que es más importante, para dar la oportunidad a los lectores de sumergirse en un mundo lingüístico distinto, paralelo y exótico, pero a la vez cercano.

NOTA DEL TRADUCTOR

En la traducción, se conservan las expresiones marcadas en bielorruso, pero se transcriben por cuestiones de pronunciación. El significado de las expresiones se ha traducido de las notas del texto original en polaco que indica el autor.

A las personas buenas.

Hace mucho, mucho tiempo... Así comenzaba Sońka ciertas frases en las que no aparecían ni vacas, ni gallinas, ni cerdos; ni fiestas, ni pan, ni impuestos; ni siegas de heno, ni recolecciones de patatas, ni granizadas. Así comenzaba frases que se le atascaban en la garganta o se detenían en sus lisas encías, desdentadas, para deslizarse de nuevo hacia el interior de su cuerpo, hasta los pulmones, el corazón y el polvo arremolinado entre sus viejos y desgastados órganos. Sin embargo, después de ese «hace mucho, mucho tiempo...», a veces las palabras superaban los obstáculos, atravesaban el tejido de la carne y del tiempo, resonaba hasta la última de sus sílabas y solo entonces volvían a penetrar en el cuerpo: viajaban a través de los oídos hasta el cerebro, donde se hacían un hueco y esperaban a que el sueño destensara los sucesos aciagos, a que disipara los problemas. Entonces, como en tantas otras ocasiones, las palabras aparecían en los sueños en forma de historias, unas buenas, otras malas, dependiendo de por dónde se mirara, cuándo se despertara y adónde se hubiera o no llegado.

Habían pasado diez, treinta o cincuenta años, aunque para Sońka veinte, cuarenta o sesenta años significaban «hace mucho tiempo», una invariable lejanía. Y después de ese «hace», después de ese «mucho tiempo», siempre surgía, de un modo idéntico, la época en que Sońka, siendo aún muy joven, había vivido y experimentado con tal plenitud que luego ya no tuvo ni vida ni sentimientos. ¡Bah!, decía moviendo un racimo de dedos, saltaron los plomos, los fusibles, ¡paf!

Porque las personas, como solía decir, no están hechas de materiales duraderos, se componen de lo que comen: leche, carne y harina; frutas, setas, *prosfora* y sal. Pues sí, sobre todo sal. Es la que le confiere al conjunto su sabor y su forma, hace que la persona no se estropee, no se pudra, sino que se reseque hasta que comienza a parecerse a un hueso que ha pasado mucho tiempo expuesto a la lluvia y al sol.

Porque cuando una persona, y desde luego una mujer de pueblo, siente demasiadas cosas y vive demasiado deprisa, algo le chisporrotea por dentro, chisporrotea y chisporrotea, hasta que la instalación entera queda inservible. Dios Padre, nuestro *Hospadzi*,^[1] no acepta reclamaciones, a pesar de lo cual a veces se le olvida enviar al capataz ataviado con su túnica negra y su calavera y que con su guadaña siega piernas, tendones y ligamentos para que reine una cierta pulcritud y un cierto orden efímeros, hasta que llegue la pulcritud de las cúpulas radiantes y el orden definitivo, reflejado en los ojos abismales de los santos retratados en tablas doradas, en la fuente misma de la nada.

Sońka extrajo el clavo de la cadena a cuyo extremo aguardaba, plácidamente, una vaca manchada. La res rumiaba hierba y daba leche, paría cada dos años, proporcionaba carne y piel; producía dinero, que, si bien no era mucho, no se podía desdeñar. Producía ese dinero como si se tratara de la casa de la moneda, incluso cuando dormía o cuando por debajo de su inquieta cola excretaba una plasta que se esparcía como una imagen del test de Rorschach. El prado alimentaba a la vaca, y la vaca, al alimentar a los de la ciudad, alimentaba también a Sońka. El mundo está organizado de tal manera que para que unos puedan comer es preciso que otros coman. Porque si todos dejan de comer, decía Sońka, el mundo enflaquecerá, y si el mundo enflaquece hasta quedar en los huesos, entonces ni la grasa de castor ni los curanderos podrán hacer nada.

Después de extraer el clavo Sońka aguardó un instante a que su respiración dejara de golpearle las costillas con tanto dolor, se apoyó en la cayada nudosa, pesadamente, tal y como en tiempos se apoyaba en una horca, e incluso más pesadamente, porque ahora se sentía pesada, terriblemente pesada, como si fuera un saco de carne. Se arregló el pañuelo, lanzó unos chasquidos y le dijo a la res:

—*Nu, Mućka, pashla.*[2]

La central lechera manchada, automotriz y con las ubres colmadas, miró a Sońka con el marrón más marrón de sus ojos, en cuyo fondo crecía la hierba, revoloteaban los tábanos y en el abrevadero nadaban unos minúsculos pececillos espinosos, *kaluchki*,[3] de los cuales se saca un provecho tan pequeño como ellos mismos, aunque lo que es pequeño o inservible en época de bonanza se convierte en grande e indispensable en tiempos de hambre y guerra.

Sońka se puso a caminar muy despacio, ni siquiera miró hacia atrás por encima del hombro, el izquierdo para el mal de ojo, el derecho para deshacer los hechizos, porque sabía que la res conocía el camino: un sendero abierto a fuerza de pasar por allí, y que descendía con suavidad hasta la orilla del río, llena de pisadas de pezuñas. Una vez allí, la vaca bebería unos dos cubos de agua y la viejecita sacaría del bolsillo un caramelo de menta de los baratos. Después tendría que regresar, cuesta arriba, deteniéndose al menos tres veces para que la respiración la alcanzara, porque, como decía Sońka, la respiración no caminaba al mismo ritmo que la persona, y si alguien va demasiado deprisa es capaz de perder su propio aliento, y cuando alguien pierde su aliento, ni san Nicolás el Milagrero ni san Menas pueden encontrarlo. Pero en cuanto la vereda arenosa sale de detrás de los matorrales, entonces ya se puede dejar que las piernas te lleven a casa sin ninguna inquietud.

De tanto en tanto, un coche con matrícula de Białystok o incluso de Varsovia pasa junto a ese camino arenoso. Cruza en un visto y no visto, levantando tanto polvo que parece una cortina de humo.

Y en ese momento —como sucede en los cuentos, cuando el príncipe aparece a caballo y ve a una campesina en la que descubre su destino, la felicidad, sus vástagos y la maldición del matrimonio morganático— apareció por la carretera una limusina de quinientos caballos. Apareció y, finalmente, se detuvo.

Aquella mole ovoide, un Mercedes clase S, permaneció inmóvil, lanzando destellos grisáceos como si se tratara de un escarabajo agigantado. La vaca estornudó, rumió la hierba almacenada en uno de sus múltiples estómagos, hasta un total de cuatro, movió las pezuñas y pareció interesarse únicamente por los tábanos que intentaban posarse en su nariz. En cambio, Sońka se puso una mano como visera. La mano —ahora endurecida, con astillitas clavadas, con callos, con la historia de muchas décadas encima— le permitía ver mejor. *Tfu*, pensó Sońka, *prystanuli i buduć stsać.*[4]

Sin embargo, nadie evacuó la vejiga en plena naturaleza. Sońka se había equivocado en la elección de las palabras, aunque no había cometido ningún error en la apreciación de lo que iba a suceder, pues no pretendía decir nada en concreto. Al igual que tras el invierno llega siempre la primavera, también cuando se para un coche con matrícula de Varsovia se tiene la seguridad de que va a ocurrir algo inoportuno.

El Mercedes se quedó parado, el polvo se posó; los altavoces tronaban —la puerta delantera, del lado del conductor, se había abierto— y del coche surgió el príncipe de la ciudad. Pero en lugar de decir «te amo», «te he buscado», «he puesto anuncios», en lugar de eso la puerta se cerró

y la música dejó de oírse, sin más.

El polvo se posó, el V8 del coche enmudeció, la vaca continuó caminando por el arcén; tras la vaca, Sońka —difícil saber quién llevaba a quién—, y tras ella no parecía haber nada: todo lo que poseía, se lo había ofrecido a otros hacía mucho tiempo, y lo que no tenía, no podía darlo ni robarlo. De su mismo lado, en ese mismo arcén, se quedó el príncipe de la ciudad, con una mochilita en vez de un cetro y una sonrisa en lugar de un reino. El tipo llevaba un pantalón corto de camuflaje militar con unos bolsillos inservibles, una camiseta de manga corta color naranja como los incisivos de una nutria y unas sandalias de ante con un aspecto aún más suave que el abrigo de piel de oveja karakul de Wiera, la del Ayuntamiento de Gródek, la más elegantona de la comarca, que una vez a la semana iba a Białystok en su coche, un Golf, que así se llamaba, *made in Germany*, igual que la pesadilla que vivió Sońka; y si la calidad del coche igualaba, aunque solo fuera en parte, a la que tenía aquella guerra, entonces no quedaba otra que envidiar a Wiera: su Golf le prestaría servicio durante años, sin averías, y jamás se le iría de la cabeza ni de sus pensamientos.

¡Hay que ver!, pensó Sońka, intrigada y algo nerviosa, es tan mono este principito que podría colocarlo en el salón, limpiarle el polvo una vez a la semana y, en Navidad, adornarlo con colgantes dorados, farolillos y pajaritos, encender una vela, sacar del calcetín el último anillo que me dejó mi madre y mirarlo y mirarlo hasta la saciedad, y después, a dormir.

El jovenzuelo de la ciudad tendría nombre, cosa que Sońka imaginaba, tendría una posición, aunque Sońka no lo podía imaginar, y era evidente que estaba de mal humor, lo cual provoca que salgan innecesariamente arrugas que ni Lancôme ni la doctora Irena Eris pueden remediar. Durante un buen rato se palpó los bolsillos y rebuscó en la mochila, como si hubiera perdido un papel con consejos y respuestas a todas las preguntas del mundo: ¿qué hacer y cómo vivir?, ¿de qué huir y con quién huir?, ¿adónde huir y por cuánto dinero?; y, sobre todo: ¿dónde coño está el número del puto seguro? Pero no sacó ningún papelito, sino un paquete dorado de cigarrillos —comprado en un *duty-free*, como saben quienes fuman y vuelan mucho por el mundo—. Encendió uno, le dio una calada y tuvo un ataque de tos. *Zdyjlina*,^[5] le susurró Sońka a la vaca, que había detenido su marcha junto a unos matorrales y meditaba acerca de la naturaleza de los tábanos.

El príncipe sacó un móvil a la última, tan bonito y reluciente que parecía ideal para colocarlo sobre la Puerta Real del iconostasio y, en caso de máxima urgencia —una inundación, una guerra, un Gobierno de derechas—, llamar al Jefe y quejarse a gusto, abrirle el corazón y aprovecharse de una tarifa plana: *Spasi, Hospadzi, spasi*.^[6] Pero ese móvil, aunque fuera muy bonito y brillara mucho bajo el sol de agosto, no puso en contacto a su dueño con el dueño de un aparato similar al otro lado de la línea, en algún lugar de un mundo real, con cines, centros comerciales y pizzas por teléfono, marcando el 0800, llamada gratuita, el envío también gratuito para los pedidos superiores a treinta zlotys.

Sońka sabía que el urbanita se había detenido en el culo del mundo elevado a la décima potencia porque ningún operador de telefonía móvil cubría aquel pedazo de tierra, ningún sociólogo reflejaba a sus habitantes en las estadísticas, ni siquiera el pope se acercaba por allí en su Daewoo Espero y cuando lo hacía era para consagrar a toda prisa, bendecir mecánicamente, meterse el sobre en el bolsillo y a otra cosa; se dejaba ver entre tres y cinco veces al año, dependiendo del número de decesos, puesto que el número de fiestas no cambiaba.

Allí, en el fin del mundo, en Królowe Stojło, al lado de la metrópoli Słuczanka, había solo cuatro casas. En la más pequeña vivía Sońka. En otras dos se divertían los ratones, pues sus

dueños se acomodaron en ataúdes y ahora venían sus herederos desde las ciudades, algunos fines de semana, no todos, más bien pocos, y era una lástima que lo hicieran con tan poca frecuencia, porque rompían la rutina, introducían algo de ruido en el silencio, algo de vida en el vacío. En cambio, la cuarta casa era otra cosa: nueva, construida con bloques de hormigón durante el segundo mandato del presidente Kwaśniewski, embellecida con ventanas de plástico, con hermosos y resplandecientes mosaicos en las paredes hechos con trocitos de botellas rotas, en forma de flores, olas y otras chorradas. En el huerto había filas de orondos enanitos como si estuvieran en un campo de concentración, entre caballones de repollos y cebollas, colocados así pensando en la máxima de que lo hermoso ha de observar una disciplina. En el balcón, una balastrada de yeso. Además, columnas, un porche, una cornisa, al más puro estilo barroco ruso-słuczankiano.

El príncipe guardó el teléfono y se quedó inmóvil, de espaldas a la carretera, de cara a los prados y la línea del bosque cercano. Estaba de pie, dando caladas al cigarrillo, con el rostro bronceado levantado hacia el sol y con una ligera sonrisa. *Musi jaki durak, bez struka*,^[7] pensó Sońka al ver la sonrisa del guaperas de la ciudad. Y es preciso señalar, para que no se olvide, que la opinión de Sońka era compartida por un grupo de influyentes críticos teatrales y literarios, y también —aunque esta sea otra historia— por unas cuantas personas que conocían muy bien al chico dorado, o casi tan brillante como el oro.

Este encantador personaje se llamaba Igor Grycowski y era el más renombrado y talentoso, según decían unos, y quizá también el más pretencioso y falto de gusto escénico, según decían otros, entre los directores teatrales de la generación más joven que la vieja, además de escritor de novelas sin un argumento definido. Igor había hecho famosos su nombre y su persona unos años antes, cuando sobre el escenario del Teatro Dramático de Varsovia había dirigido una obra titulada *Reflejo condicionado*. Después del estreno se había desatado una tormenta seca, como suele ocurrir en la prensa: cuanto más duraba el ruido de los truenos, los estrépitos, los enfrentamientos y los comentarios atiborrados de odio, más famosos se hacían *Reflejo condicionado* y su director, Grycowski. Y después ya toodo fue cuesta abajo, aunque en la dirección opuesta, ópera, libreto, París y Nueva York. Nuevas obras teatrales —tres en total— y novelas —cero en total— consolidaron la posición de este artista, relativamente más joven que sus viejos colegas, tanto en el terreno de las relaciones humanas como, sobre todo, en el financiero.

El príncipe, tras abandonar el interior climatizado de su Mercedes, seguramente aguardaba algo tan extraordinario como el maná —por ejemplo, la cobertura, aunque solo fuera una rayita, ¡por favor, Señor! ¡dámela, dámela!—, pero ni se inmutó cuando la vaca y Sońka se le acercaron hasta una distancia mínima, tanto que se hacía inevitable un intercambio de frases, aunque solo fuera «buenos días, cómo puedo ir a...», o bien «¿dónde se encuentra el lugar más cercano con cobertura?». El príncipe, tras aterrizar en un sitio que no era exactamente el que quería ni con la persona que quería, había entrado en una especie de embelesamiento por el paisaje. Le había asaltado un recuerdo doloroso. El paisaje era como cualquier otro paisaje, los prados, los árboles, todo tenía el aspecto que debía, a pesar de lo cual aquella naturaleza, con su río y su cielo, su carretera y sus cigüeñas, encerraba algún tipo de amenaza. El joven intentó descubrir si se trataba de una amenaza del pasado o si concernía al futuro. Al final hizo un gesto con la mano, pasó del tema e hizo bip con el mando para dejar cerrado el coche. Entonces se giró de repente y con tal brusquedad que casi asusta a la vaca, en general poco asustadiza, y miró a Sońka a la cara.

Y enmudeció. Los labios —el de arriba y también el de abajo, más vistoso— dibujaron una «o», porque el rostro de Sońka era un rostro de verdad, la vida ya no moldeaba rostros como ese, caras así no se veían. El rostro de Sońka había salido de un icono: moreno, sano, curtido, sin distinción y sin falsedad, pero al mismo tiempo fuerte, con las líneas de las arrugas más claras, y eso que tenía un huevo de arrugas que habrían vuelto loco a un cirujano plástico: alisar, estirar, cortar, había suficiente exceso de piel como para hacer al menos tres caras nuevas. Porque el rostro de Sońka era lo que se dice un rostro; se veía que había vivido lo suyo, se veía que había tenido sueños, pero sobre todo ese rostro servía para lo que *Haspodź* lo había creado: escuchar, mirar, comer, ser lavado, besar, oler, hipar, llorar, sonarse la nariz.

Igor Grycowski, con sus labios en «o», se quedó petrificado, y cual príncipe azul de cuento de hadas comprendió que ante él se encontraba el ser al que llevaba esperando toda su vida, y no nos referimos a la vaca, bella a su manera y que mecía de una forma muy tentadora sus largas pestañas. Tampoco nos referimos exactamente a Sońka, o al menos no a la Sońka que Sońka era a diario. Nos referimos a una Sońka nueva, ignota y olvidada, una Sońka excitante cuya presencia Igor Grycowski percibió y contempló cuando la mirada azul de la viejecita se detuvo en él, primero con cierto temor y desgana, pero enseguida se despejó como el cielo y palideció, se aclaró y resplandeció.

—Buen día —dijo la anciana—. *Shto stalaso?*[8] —añadió, pues a fin de cuentas también a ella le ocurrían a veces cosas imprevistas, también a ella alguna vez la habían abandonado, lastimado, pateado; el mundo no cambia así, sin más, de repente, pero aunque cambiara así, sin más y de repente, seguro que no lo haría a mejor.

—Buenos días —contestó Igor, tratando de estar a la altura de las circunstancias y con la elegancia propia de un polaco de ciudad—. Se me ha estropeado el coche de repente y no puedo contactar con nadie por teléfono. —Tras lo cual añadió, algo turbado, sin razón aparente—. Alemán. Es de allí —Y, al mismo tiempo, señaló con la mano un punto entre el coche y el cielo.

El desamparo del joven, su sinceridad y su belleza —que, objetivamente, ni era para tanto ni tan evidente— cautivaron a Sońka de tal forma que, de manera espontánea, lo invitó a tomar leche fresca, señalando con la cayada primero las ubres de la vaca y después el tejado de la casa, y, de modo implícito, hacia algo que debía encontrarse entre ambos: una taza esmaltada con su correspondiente desconchón ennegrecido. El príncipe asintió:

—Encantado, gracias.

Dejó pasar a Mućka y a la paticoja Sońka, y pisó la colilla con la sandalia. Después, sumido en un estupor que iba en aumento, caminó arrastrando los pies hacia la casa.

La verja, torcida y cubierta de musgo, apenas se sostenía sobre las bisagras herrumbrosas, como si estuvieran en la casa de una hermana de Baba Yaga, la hermana de una amante de la fealdad, que apartaba lo más lejos de su vista todo lo bello y lo nuevo. Igor paseó la mirada por el modesto jardín, por las *kastrule*[9] azules metidas en estacas; por cazuelas que dejaban ver agujeros en sus fondos, negros por el hollín y desgastados por el fuego; por un grupito de gallinas abigarradas que cloqueaban; por un gato pelado que dormía en el umbral; por los palos, las escobas, las horcas y los rastrillos. Al atravesar la verja, al entrar en los dominios de Sońka, Igor se había armado con una varita mágica para cambiar —primero en su mente, a modo de prueba— el destino de su anfitriona.

Entonces, agita su varita: el sol se apaga, cesan los murmullos entre los espectadores, el estreno va a empezar; la luz de un foco saca de la oscuridad a una silueta encorvada. Hace mucho,

mucho tiempo..., comienza Sońka, y los espectadores reunidos se dejan llevar por su voz, miran fijamente su rostro; la historia de Sońka los lanza fuera de los límites del tiempo. Después, una ovación cerrada (Igor, discreto, de pie junto a la actriz ancianita, mira las puntas de sus propios zapatos con una modestia demasiado fotogénica), los aplausos duran más de quince minutos, las damas se desmayan, los caballeros no se avergüenzan de las lágrimas que surgen de sus ojos y corren por sus bien cuidadas mejillas. ¡Un éxito total!

Muńka se dirige tranquilamente hacia el establo, avanzando con una pezuña tras otra; Igor se sienta en un banco; Sońka tiene que cambiar la paja para la vaca, ordeñarla, colar la leche, echarla en un bidón, llevar rodando el bidón hasta la entrada de la casa, sobre el banco, donde la recogerán los lecheros; por eso mira con gratitud al educado joven, sentado con las orejas gachas como un conejo. No solo es guapo, también es pensador, piensa ella. Sońka está muy contenta, no comprende de dónde le viene ese alegrón repentino, pero es preciso decir que, desde hacía mucho, muchísimo tiempo, no había sentido tal felicidad.

Mientras Sońka, sin haber debutado aún sobre el escenario, representa el único papel que domina bien —realiza sus tareas en el establo, interpreta blancas sonatas de leche en el interior de un balde, se queja y se mete amistosamente con la res (*Muńka, nastupisa, bladzina*)^[10]—, Igor medita sobre sí mismo, en concreto, acerca de sus vacíos, que todavía no ha logrado transformar con ayuda de su varita mágica en una familia feliz, unos valores de buena marca, un nivel moral de alta calidad ni en una certeza de que tras la muerte hay otra vida.

Porque, en primer lugar, Igor Grycowski sufre, y su sufrimiento es profundo como una caverna y extenso como un océano, pues a fin de cuentas posee un ego enorme. Si algún día quisiera suicidarse, se podría subir a su ego y saltar desde él. Y, en segundo lugar, porque no encuentra sentido a nada. Sufre de impotencia creativa y si no es eso, pues de lo otro, la inmanencia. No ve ningún sentido en el mundo, ningún objetivo en la vida, pese a emplear medios de ayuda, como drogas, pornografía, literatura filosófica.

De repente, un detalle, un recuerdo, un pequeño fragmento, un residuo: sonrío y saca del paquete otro cigarrillo.

Sońka, una vez acabadas sus faenas, se detuvo delante de la puerta, se quitó las botas de goma. —*Pachakajcie*^[11] —dijo antes de entrar en casa.

Un perro viejo y canoso se arrimó contra los pies de Igor, se restregó mimoso, apestaba; en su collar de cuero raído brillaban unas letras metálicas de estilo gótico.

Con cierta dificultad, con repugnancia hacia el perro y las pulgas, las bacterias y los gérmenes, y también hacia la vejez del animal, Igor descifró como pudo la palabra «Borbus».

—Borbus —dijo en voz baja, y el perro alzó los ojos, del color del ámbar, casi color miel, con recuerdos de un pasado lejano hundidos en la resina del iris.

En los cuentos, los animales no son simplemente animales, son criaturas algo inferiores a las personas, pero a la vez mucho más transparentes que estas en los actos que realizan. El perro se tumbó patas arriba e Igor advirtió que Borbus era una perra.

Soy Borbus, la decimosegunda perra con ese nombre en línea directa desde Borbus Primero, apodado el Ario, así llamado por ser un enorme pastor alemán que salvó tres veces la vida a mi ama. Una vez espantó a unos lobos que se acercaron por la noche hasta las ventanas, otra vez descubrió con su olfato un foso lleno de patatas y, por último, desvió la atención de unos soldados y las balas destinadas a Sońka mataron a Borbus Primero, mi padre. Ahora, yo,

Borbus Doce, apodada la Última, cuido a mi ama, Sońka la Blanca. No he tenido cachorros y mi linaje se extingue, al igual que se extingue el linaje de Sońka, ella tampoco tiene ya cachorros, nos extinguiremos al mismo tiempo, lo digo yo, Borbus Doce y Última. Y los ángeles descenderán e inclinarán sus cabezas radiantes ante mi ama, y yo ascenderé junto a ella a las arenas de la nada y aullaré en honor del Padre ausente. Aleluya. ¡Guau, guau!

Igor sintió un mareo. No había almorzado y para desayunar solo había tomado un suplemento dietético en forma de dos rayas de cocaína, que sin duda eran bajas en calorías y cuya pureza no iba muy allá. Sus párpados ocultaron los ojos de la perra, que ya no eran color ámbar sino amarillo intenso, como un huevo revuelto recién hecho, como las caléndulas o los pendones de las procesiones ortodoxas. Estoy en un cuento, pensó, un cuento sobre la vida. En otros términos, la vida resulta insoportable. ¿Me salvarán? Al menos me podrían volver a escribir como es debido.

Antes de ser salvado y después ejecutado —porque es el único final posible—, la brasa del cigarrillo le quemó los dedos, el perro se puso de pie, meneó el rabo con tristeza y se fue tranquilamente a su caseta. Sońka apareció en la puerta.

—*Jadzi na malako, jadzi*[12] —dijo.

Igor se levantó del banco. En el umbral se quitó las sandalias de ante, tan fuera de lugar, tan suaves al tacto, más caras que una pensión anual. Se dio cuenta de que hacía muchos años que no tenía amistades a las que visitar descalzo, todos ganaban demasiado dinero. Pisó con pies desnudos un zaguán oscuro, frío, que olía a leche fermentada, a tocino y a cebolla, a heno, a chucrut y a humo, a sudor, a jabonadura y a cereales. Tras el siguiente umbral, la cocina: un aparador pintado de azul cielo, una mesa rústica con un hule de flores desgastado, dos sillas, una estufa-cocina de azulejos con *lezhayka*,[13] un taburete con un balde de agua, un suelo de madera cubierto con pintura marrón al aceite; en la esquina derecha, un icono; en las paredes encaladas dos pequeños tapices con frases escritas en polaco, una lengua medio extranjera para Sońka, por la cual en realidad sentía indiferencia: «Si el agua es fresca, el vigor aumenta» y «Cuando es la dueña quien cocina, los platos saben de maravilla».

—¿No tiene aquí cañerías ni sistema de desagüe? —preguntó Igor.

—*Pa shto?*[14] —contestó ella—. ¿Para que se me pudra la casa por el fregadero de la cocina? ¿Para dormir bajo el mismo techo que mi propia mierda?

Cuando Igor atravesó el umbral de la cocina, Sońka miró al inesperado huésped y comprendió, en una revelación cerúlea y llamativa como el rojo de un camachuelo, que había buscado a aquel hombre durante muchos años, desde hacía tiempo, desde el final de la guerra que resultó ser el final de la vida de Sońka. La guerra la había destruido, pero no la había derrotado. Sońka comprendió que no miraba a un príncipe, sino al ángel de la muerte; comprendió que podría contarle su historia, exponer sus actos para que fueran examinados. Comprendió que con sus últimas palabras se apagaría en su interior una lucecita débil y temblorosa: y conversaron largo y tendido hasta que se hizo de noche y después no vivieron muchos, muchos años ni fueron felices al final, más allá de la memoria. Sońka comprendió por qué se había alegrado tanto: un ángel había atravesado su puerta, un ángel auténtico y no uno mendigado en la iglesia; la mismísima raíz etimológica de «ángel», el mensajero, el *malak*, el anuncio de la muerte.

Sońka señaló una silla, el príncipe se sentó sin decir palabra y ella, feliz, sirvió leche en una taza esmaltada, puso sobre la mesa unas tortitas de harina preparadas esa misma mañana y sacó del aparador su mayor tesoro, reservado para los invitados más importantes, como el

bachiushka[15] o el propio Dios: una caja de metal con bombones.

La había comprado tres años antes, tenía forma de corazón con un hermoso rótulo dorado: «E. Wedel». Había pasado medio año, más o menos, observando aquella caja en la tienda, tan maravillosa, tan cara e inalcanzable. La miraba y se imaginaba que algún día ese corazón rojo acabaría ocupando un lugar en su casa, sobre su aparador, encima del mantelito de ganchillo, junto a los dientes. La deseaba y a menudo soñaba con ella por las noches, mientras la saliva le resbalaba sobre la almohada. Hasta que un día pidió los bombones. La tendera, la hija de Irka, de Mielezki, se quedó con la boca abierta:

—*Vy, Sońka zdureli*[16] —le dijo.

—Quizá me haya vuelto idiota —contestó Sońka—, pero ya tengo unos añitos, hago lo que quiero, los médicos me dieron los papeles de la pensión. ¿No te da vergüenza?

Sońka quitó el plástico que cubría el corazón para poder abrir ambos: primero aquel rojo con el rótulo dorado y bombones dentro, y después ese otro reseco como una nuez y mudo como un cisne, situado entre las costillas y sin la firma de sus creadores. Sońka no recordaba a su madre en absoluto. Se murió en el posparto, en una época en que el cuerpo de las mujeres no descansaba: al igual que la tierra de cultivo, debía ser fértil, y engendrar cada año. El óvulo divino producía un nuevo ser viviente que venía al mundo y, por lo general, se dejaba llevar al cielo un poco después, siempre y cuando la bautizara el pope y Dios la aceptara —con ellos nunca se sabe, tan voraz el uno como el otro—. Antes de la guerra no tenían allí coches y ahora, aunque los hay, se les tiene que echar gasolina, que cuesta lo suyo. Antes de la guerra, *Isus Chrystus* era más barato y más accesible, pues el medio de transporte del *bachiushka* comía hierba, y la hierba crecía gratis.

Igor trazó con el pie un círculo sobre la esterilla multicolor de ganchillo y le dio un trago a la leche, que no se parecía más que en el color a la de los cartones, porque tenía un sabor extraño, un sabor y un olor a un animal de sangre caliente, no a estériles procesos productivos. Cogió un bombón con algo verdusco por encima, seguramente un pistacho, pensó.

—*Patom razpalu u piechy* —dijo Sońka y se sentó frente a su invitado.

—En polaco se dice «después enciende el fuego en la cocina» —la corrigió Igor con un genuino lenguaje de ciudad.

Porque Igor ocultaba a toda costa su verdadera infancia, la coloreaba, se avergonzaba de ella de manera consecuente, la había olvidado escrupulosamente, la había repudiado y enterrado. Una infancia que había pasado con sus abuelos en un pueblo cercano. Se llamaba, y aún seguía llamándose, Wyranka —«el cagadero»—, porque allí donde vivieron sus bisabuelos y sus abuelos se acababa el mundo, y ni siquiera el mundo, porque en otros fines del mundo había palmeras, montañas de hielo, desiertos de arena; por contra, aquel fragmento de la región de Podlasie —otro mundo aparte— había encontrado su punto final justo allí: en la línea de los abetos y en la última casa, construida antes de la época del general Sławoj —ministro del Interior en el período de entreguerras—, que elevó el nivel higiénico del país mediante un decreto sobre las obligaciones de todos los culos. Y es que el general Sławoj consideraba que en la renacida Polonia también el culo tenía sus derechos personales e intransferibles: les correspondía el derecho a cagar tranquilamente en una caseta de madera separada de la casa, bautizada como *sławojka* en honor del general. En cambio, antes del decreto la gente se iba entre los árboles de las lindes del pueblo, justo en Wyranka, siguiendo fielmente la máxima de que el culo tira a la sombra, igual que la cabra tira al monte. ¡Y cuidado con lo que pasa entre las piernas!

?/de una página nueva?/

—Deliciosas tortitas —dijo el príncipe con la boca llena.

Sońka contestó con una sonrisa, una sonrisa completa, puesto que los dientes habían ido desde el aparador hasta su sitio correspondiente.

—Soy Igor —comentó, aunque sin mencionar nada sobre su reino, sobre Varsovia y las tablas del escenario, sobre torres de cristal y princesas que van ciegas de química y alcohol, sobre el público, sobre un vacío más doloroso que las pullas de los críticos.

Soy Igor, poseo en mi cuenta corriente esto y aquello, tengo no sé cuántos premios y más, sin contar las nominaciones, que también importan lo suyo, aquí no, pero allí sí. Soy Igor, mis admiradores me dan su número de teléfono mientras que mis detractores se burlan y conspiran a mis espaldas, y las noches son largas, debido al resplandor de las luces de la ciudad. Soy Igor, y a decir verdad no he hecho nada todavía, todo es ceniza, las cenizas lo son todo, están por doquier, en los pulmones y en la nariz, bajo los párpados y en la boca, irritan la garganta como el humo de un cigarrillo y así será hasta el final: basta con soplar un montoncito y no habrá ni siquiera *The end*.

Poseo un piso muy caro, en él tengo antigüedades y sobre estas no hay ni rastro de polvo gracias a una ucraniana que le pasa el paño a todo cada semana; yo soy el único objeto físico del piso al que no le da un repaso.

Soy Sońka, mi perra, Borbus Doce y Última, me llama la Blanca, por mis cabellos canosos, los pocos que aún están enganchados a la osamenta de mi cráneo. Tengo una vaca, Mućka; un perro; unas cuantas gallinas, y un gato, Jozik. No tengo parientes, no poseo bienes, no tengo nada, aunque eso carece de importancia, porque a fin de cuentas no podré llevarme nada en mi último viaje: ni a Mućka, ni a Borbus, ni a Jozik. ¿Para qué quiero otras cosas si lo que tengo no me lo puedo llevar conmigo?

De este modo podrían haber conversado la primera vez, Igor frente a las tortitas, Sońka con un bombón entre sus dedos huesudos, cuidadosamente escogido. La primera versión fue después reescrita muchas veces, porque las palabras no pronunciadas también son palabras y la mierda no cagada, mierda. Tal es la naturaleza de todas las cosas.

Agosto del cuarenta y uno, hace un millón y pico de años, antes del Diluvio como quien dice, hace mucho, mucho tiempo. Yo era joven, tenía dos hermanos mayores, Witek y Janek, tenía toda la vida por delante, las manos ajadas de tanto trabajar, pequeñas alegrías, sentimientos ocultos, me gustaba doblar la lengua en U y hacerme trenzas. Ni siquiera era capaz de odiar hasta la médula a mi padre. *Dzichia lubi jak dushu, a trasi jak jrushu*,^[17] decía antes de empezar a pegarme, aunque yo prefería que me pegara a que me amara, pues al fin y al cabo era más fácil soportar los golpes de mi padre que su amor, sobre todo porque me amó desde el momento en que florecí. Mi padre me tenía echado el ojo desde que yo era pequeña. Mataste a mi esposa, ahora expía tu culpa, me decía. ¡Pero si yo jamás le habría hecho daño a mi madre! ¡Ni siquiera llegué a conocerla!

Ni los más viejos del lugar recordaban un agosto como aquel, todo crecía fuerte, hermoso, y

parecía que ese crecimiento no tenía límites, como si el buen Dios hubiera decidido aumentar las dimensiones del mundo, como si quisiera que todo fuera más grande a partir de ese agosto. Y lo era. Incluso yo empecé a estar en las nubes: el cielo se combaba de tal forma bajo el peso de las estrellas que se apoyaba en el pañuelo que yo llevaba en la cabeza, anudado en la nuca o bajo la barbilla. Aquel agosto el sol casi no se ponía y el río apenas fluía, llevaba más peces y cangrejos que agua. Las abejas volvían caminando a las colmenas, por la arena y la hierba, tan cargadas de polen que eran incapaces de levantar el vuelo. A las gallinas se les amontonaban los huevos, cada uno con dos yemas y un polluelo. El molino de mano iba muy suave, porque el calor lo engrasaba. El grano y las patatas fermentaban en tres días y te emborrachaban en un cuarto de hora.

Nunca antes la vida había sido tan fácil para nosotros: ni como parte de Prusia, ni en ninguna Rusia (la zarista y la soviética), ni en la oligárquica Polonia, tal como aseguraban los ancianos. Sabíamos que ahora éramos súbditos de Hitler, Adolf. Según se rumoreaba, Adolf Hitler era la encarnación del mal, era el mal en sí mismo, porque nos odiaba tanto como a nuestros vecinos, aunque en realidad no sabía absolutamente nada de nosotros, lo cual no resultaba muy fastidioso porque la nueva guerra había trazado una amplia curva para evitar la aldea. Aquella era una época de muchas guerras, ninguna de las cuales era nuestra. Los polacos se habían peleado con los alemanes y los rusos, y ahora, los rusos contra los alemanes, pero esto nos incumbía más bien poco, porque no éramos de los suyos, no éramos de ninguno, solo de nosotros; quizá más allá sí, en Białystok, pero no aquí; a lo mejor un poco en Gródek, pero no en Królówce Stojło. El fin del mundo tiene la ventaja de que pocas veces llega hasta allí la guerra, lo normal es que aparezca en forma de fugitivos andrajosos, ecos deformados y un trueno que atraviesa lentamente el horizonte. En cambio, cuando llega, lo hace de un modo aterrador. Más tarde pudimos experimentarlo nosotros mismos.

Aquel día, después de acabar las faenas en la casa, salí a sentarme en el banco, sola, porque mis hermanos se habían esfumado, supongo que con las hijas de los Gryk, y mi padre se había ido a casa del vecino. Allí estaba sentada conmigo misma, mientras el sol trenzaba sus rayos, proyectaba reflejos sobre la madera y producía sonidos, como los de la carcoma, en las hojas verdes y en mi vestido de pequeños nomeolvides. Porque no sé qué ventolera me dio, pero el caso es que llevaba mi mejor vestido, el de ir a la iglesia, a las bodas y a los entierros. No comprendo en qué pensé para ponérmelo. Y allí estaba sentada, limpia y arregladita, un poco triste y bastante cansada, sin la menor idea de cómo vivir el resto de mi vida. Mi padre no quería casarme con ningún buen hombre, me necesitaba como sustituta de mi madre.

Si mi padre me hubiera visto, nos habría puesto a caldo a mí y mi madre, que en gloria esté. Pero mi padre se había ido donde el vecino y eso significaba que volvería de noche. Primero sentí el delicado temblor del aire: sus capas pesadas y transparentes se pusieron a ondear, empezaron a separarse, a despegarse unas de otras como el esmalte de los dientes, y perdieron su transparencia. El aire se volvió opaco. Después —digo «después», aunque esto sucedió hace mucho, mucho tiempo—, después en la carretera de arena se levantaron pequeñas columnas de polvo, que se quedaba en lo alto y que no dejaba de saltar desde el suelo, como si la carretera fuera una criba que separara el salvado del grano, como si desde debajo alguien creara remolinos de aire soplando a través de una paja.

Escuché un sonido similar al que hace un enorme enjambre de abejas que busca un sitio para construir una colmena. El sonido fue aumentando, se acercaba y las columnas de polvo giraban creando formas confusas color pardo, como bolas de pelo del gato al que me gustaba cepillar. Me

asusté. La tierra temblaba. Un estruendo de motores y el rechinar de trozos de metal chocando entre sí irrumpieron de repente con mucha más fuerza, y entonces apareció un camión gris por la curva y tras él otro y otro. También llegaron semiorugas y se apoderó de mí un miedo cerval, como el de una lombriz cortada por una pala.

Fue como si desaparecieran los colores, como si todo se hubiera cubierto de ceniza. Miré la tela de mi mejor vestido, que ya no parecía el de las ocasiones especiales con pequeños nomeolvides, sino que estaba sucio y era normal y corriente: las florecillas se habían marchitado, el parterre estaba cubierto de ceniza. Me eché a llorar y las lágrimas debieron de llevarse la grisura y la ceniza del mundo, porque me atreví a mirar las caras de los hombres sentados en las cajas y en las cabinas de los camiones y de los demás vehículos.

Me resultaban muy parecidos unos a otros, como si los hubiera traído al mundo la misma madre, grande y trabajadora. Tenían rostros hermosos pero toscos, de piel dorada y rosácea; el pelo, claro como el marco de un icono; los ojos, del color de la tela de mi vestido; los cuerpos, atléticos. Su aspecto era magnífico, amenazante y noble; como si se hubieran perdido en aquel rincón del mundo, como si se encontraran allí por equivocación, como si hubieran abandonado por un momento la verdadera historia, como si fueran la encarnación de un error, de un rumor que aún no corría de boca en boca.

Aquellas caras soleadas se expandían como una estela de luz y los detalles se difuminaban. Antes de que se posara el polvo y regresaran los colores, se detuvo ante mí una motocicleta. Era grande, tenía una tercera rueda a un lado y una especie de cuna, de un negro reluciente, similar al caparazón de un escarabajo. De la moto se bajó una figura. Me persigné tres veces y agaché la mirada, porque me pareció que se trataba del diablo o de su criado; vestido de cuero negro, incluso su cara estaba cubierta por unas extrañas gafas, y si no le vi el rabo fue porque venía hacia mí de frente.

Se acercó al banco, se detuvo, vi las puntas de sus botas polvorientas. Empezó a decir algo, pero hablaba de una manera horrible, no pude entender ni jota de lo que quería, hablaba en algún dialecto bronco del infierno. En ese idioma suyo se tronchaban los troncos de abedules jóvenes, se rompían los cabrios y nada casaba con nada, sino que todo se separaba de todo. Rogué a Dios que se llevara de mi lado al maligno, rogué y rogué apretando con fuerza los ojos, hasta que empezaron a dar vueltas ante mí hogazas de pan anaranjado. Después de eso todo quedó en silencio y noté que me tocaba la piel desnuda de otra persona. Olía a almidón. Pensé que mi madre había vuelto para levantar mi cara hacia la carretera, que el mal se había alejado, barrido por completo por la falda de mi madre, incluidas la moto y la figura negra.

Dejé que aquella piel desconocida me agarrara por la barbilla y volviera mi cara hacia el sol. Entonces mis ojos se hundieron en otros, los más azules, profundos y alegres, enormes, brillantes y terriblemente tristes. Pensé que así debía de ser el mar del que oí hablar una vez a los judíos de Gródek. Eso fue lo que pensé, agua sin límites que no era posible cruzar a nado, había que ahogarse, y un momento después empecé a sollozar porque comprendí que estaba hechizada, fascinada y enamorada, para lo bueno y para lo malo. Comprendí que el Señor acababa de poner su sello, pude oler la cera del sello. Dios había unido nuestros destinos, el de aquel hombre con ropa de cuero negro y el mío, con mi vestido de flores.

El hombre, señalándose su corazón con la mano, dijo:

—Joachim.

Me miró.

—Joachim—repitió—. *Und sie?*

Noté que me ruborizaba. Aún me quemaba en la barbilla el roce de su piel. Aún me ardían las huellas de mis lágrimas.

—Sońka—contesté lo más bajo posible, aunque él me oyó.

—Sońka.—Sonrió—. *Sehr gut.*

Se acercó a aquella cuna negra a un lado de la motocicleta y sacó algo de ella. Me dio un cachorrillo peludo que dormía: un pequeño perro lobo rojizo. También me dio un precioso collar de piel.

—*Sońka und Joachim*—dijo, y después se subió a la moto y se alejó, levantando una polvareda.

Me quedé allí con el perrito dormido. No sabía qué hacer. Me sentí como una semilla sembrada en un campo de piedras. Giré con los dedos el collar para intentar descifrar las extrañas letras de estilo antiguo. No se me daba muy bien leer, sabía lo poco que me había enseñado el pope, y además aquellas no eran las letras que yo conocía, porque las que hay en nuestra iglesia se parecían a sillitas. Pero por algún milagro conseguí leerlas.

—Borbus—dije, y el cachorro levantó su hocico hacia mí.

Así recibió su nombre: Borbus Primero.

—Borbus—dijo en alto Igor.

—Borbus—repitió Sońka, y se levantó para servir más leche.

Y al otro lado de la ventana, la susodicha Borbus, Borbus Doce, se calentaba al sol y gañía. Igor, en su mente, soltó el bolígrafo, la hoja de papel, el móvil, el dictáfono y el extracto bancario electrónico donde apuntaba el relato de Sońka. Se preguntaba si debía acentuar el dialecto de uno u otro lugar—dependiendo de si la perspectiva era la del sitio donde se hallaba en ese momento o si era la de Varsovia— y si eliminar ciertas frases hechas, metáforas y comparaciones demasiado urbanas que a Sońka nunca se le habrían ocurrido. ¿O quizá sí?

Bueno, pensó, pero debo hacer hincapié en el carácter universal de esta historia, de este relato que presiento, pero que aún no conozco. Esta historia debe ser comprensible sobre todo para los demás y entonces también será comprensible para mí.

Bebió un poquito de leche.

—Así que usted se llama Sońka—comentó—. Yo soy Igor. Igorek para los amigos.

Sońka pensó que ese nombre no existía, al menos allí. ¿Sería quizás *Ihar*? En el idioma de Sońka no había letra «g». Daba igual; sonrió mostrando su hermosa prótesis, señaló su pecho con la mano verrugosa y dijo:

—Sońka. Sońka.

Hemos conocido nuestros nombres, pensó él, haciendo cierta concesión a la mentira.

Y después lo asaltaron pensamientos tristes.

Sońka callaba. Sentía una felicidad y una satisfacción que se extendían por aquel cuerpo suyo olvidado y conducido a una vía muerta. De nuevo, en agosto ocurría algo importante, algo que otra vez iba a ser definitivo. Se levantó, fue al dormitorio, sacó de un baúl un harapo enrollado y se lo dio con timidez al visitante.

—*Na, pahladzi*[18] —dijo en alto.

El hombre no se apresuró a desdoblar el trapo. Primero lo sopesó en sus manos, medio sorprendido, medio intrigado. No pesaba mucho, pero en definitiva lo importante no pesa mucho, exactamente igual que lo no importante. Por eso resulta tan fácil confundir lo uno con lo otro, confundirse y perderse.

Igor miró aquella tela medio deshecha. Tenía entre sus manos un ramillete de flores secas, un trapo sucio y raído con una gran mancha color bronce. Concentró su mirada en esa mancha: ¿café, cacao?

—*Heta yaho krou*[19] —dijo Sońka en voz baja.

Le di al cachorro leche con un trozo de pan mojado en ella. Tenía miedo de que mi padre no dejara quedarme el regalo. Volvió muy borracho, tanto que ni siquiera me pegó, sino que se tiró sobre el jergón y se durmió como un ceporro. Deseé que en su sueño tuviera una muela de molino atada a su cuello y que el peso lo arrastrara a los abismos; que mi padre sintiera la noche y el frío, murciélagos en el pelo y sanguijuelas en los párpados, que se asustara y regresara cambiado, que fuera bueno con Janek y Witek, conmigo y con nuestros animales.

Porque mi padre era un demonio. Los demonios se habían apoderado de él, unos muy trabajadores y de fervientes rezos. Mi padre no se diferenciaba de otros padres, en los pueblos de por aquí los demonios crecen en tal cantidad que ni siquiera un camello entraría en el paraíso.

No podía dormirme. Todo en mí había cambiado. Por eso salí de casa y fui al banco en el que había estado sentada unas horas antes; hace mucho, mucho tiempo. Desoí la orden de mi padre: *Pa nochy tolki katy i bladzi laziać*,[20] solía decir. Tenía miedo de esa arbitrariedad suya, pero más miedo aún me daba mi propio coraje. Todo había cambiado en mí. Era la misma y a la vez otra completamente distinta, vuelta del revés como un vestido con lo de dentro hacia fuera. Temía más el futuro que la furia de mi padre, porque la furia la conocía, pero el futuro no. Miré al cielo. Vi la bóveda con millones de estrellas. Mi Dios, recé, tienes millones de estrellas, dame una, la más pequeña, hazla fugaz, impúlsala con el dedo o con un estornudo y yo pensaré un deseo. La estrella más pequeñita; puede estar desconchada, no importa, pero dámela, te lo suplico.

Se ve que mi mamá intercedió por mí ante el Todopoderoso, porque escogió una estrella, que quizá no fuera grande pero sí muy bien hecha y casi nueva, y la empujó para que pasara fugaz sobre la tierra. Cerré los ojos y pensé un deseo. Tuve los ojos cerrados durante un buen rato y mi deseo grabó a fuego una señal en mi corazón. Fue un deseo como la tapa de un ataúd. Un deseo muy corto, una palabra a lo sumo, o quizá menos.

—Joachim —dijo Igor, rememorando con voz tranquila el eco del deseo ansioso y desdichado de

Sońka.

Sońka miraba ahora con ojos muy abiertos al joven de la ciudad, de piel dorada y cuyos cabellos empezaban a escasear, con una calva que avanzaba como un río apacible; un chico de olor elegante y sin manchas de sudor debajo de las axilas, que había envejecido y se hacía cada vez más transparente e incluso quizá más juicioso a medida que pasaban los minutos. Un chico que había venido desde la lejanía más invisible para escuchar, comprender y despedir a Sońka. Un joven con un algo que daban ganas de llevárselo a casa, aunque no se sabe si para mucho tiempo.

Sońka lo miraba y no podía apartar la vista, los agujeros de su nariz aspiraban el olor a almidón de hacía un millón de años, sus ojos veían aquella estrella anterior al Diluvio, muy bien hecha y que no estaba en absoluto desconchada, pues al fin y al cabo el deseo —una palabra a lo sumo, o quizá menos— se cumplió de inmediato.

Y del ojo derecho de Sońka, al que los años habían borrado el color, surgió una enorme lágrima. No corrió deprisa; primero se formó lentamente, poco a poco, para al final desprenderse a duras penas. No era una lágrima transparente, sino lechosa. No era una lágrima empapada, sino tan solo un poco húmeda. En realidad, aquella lágrima era un grano de sal. Avanzó siguiendo las arrugas del rostro de Sońka, como una oruga por una hoja vieja y retorcida, sin esperanza de metamorfosearse o transformarse; hasta que al final, rodeando los labios, cayó desde la barbilla al suelo, donde se desintegró en polvo de sal.

Y cuando de la lágrima solo quedó un polvillo, entonces el ojo derecho de Sońka recuperó el color. Se volvió azul, un azul profundo y alegre, brillante y triste.

—Tiene usted el ojo de Joachim —susurró Igor.

—*A ty mayesh krou na rukaj*[21] —contestó ella.

Igor miró el pequeño atadizo que tenía entre las manos. Ya no era un trapo sucio con una gran mancha color bronce. Se fijó en la finísima tela. Del techo caían gotas —eso creía Igor—, habría alguna gotera y la mancha de sangre seca se estaba llenando de sangre fresca: la historia se cobra un nuevo tributo, la historia es como una sanguijuela. Pasó un buen rato antes de que Igor se diera cuenta de que la sangre fresca no procedía del techo, sino de su nariz.

—Perdone, creo que debería tumbarme un poco. Lo siento.

Se arrodilló con la cabeza levantada y después se tendió sobre la estera de la cocina, boca arriba. Sońka le trajo una almohadita y le preparó una compresa con un paño blanco mojado en agua helada.

—*Lazhy, ya raskazhu*. [22]

La hemorragia se había interrumpido. Igor callaba, en su cabeza se iba escribiendo una historia imprecisa, letras negras y focos de luz, observaciones para el escenógrafo y broncas para el iluminador. Y eso que solo estaba tumbado sobre una estera multicolor. En el techo, una araña observaba con sus seis ojos aquella delgada figura, recortada sobre una estera irisada. Sońka se chupó los dedos, el bombón había resultado ser un pelín salado, exótico como el mar y se deshacía al contacto con la piel, delicioso.

Sońka abrió la ventana. El gato subió de un salto a la mesa. Era tan viejo como Sońka, se componía de cicatrices y mechones de pelo, de recuerdos de peleas perdidas y sueños de

victorias, de una cola que parecía una alegoría, de una identidad carente de nociones como la de «nación» o la de «especie», pero en cambio rebosaba del optimismo mamífero de que los gatos no se diferencian entre sí más que por el pelaje. Era no solo el gato más feo de Królówce Stojło, sino de toda Europa. Además era uno de los seiscientos sesenta y seis gatos del planeta que acababan de llegar al final de su séptima vida. Y un gato que llega al final de su séptima vida no es simplemente un gato, un asesino de ratas y un altavoz del que procede un ronroneo ideal para las articulaciones humanas. En su quinta vida, Jozik se hizo acreedor del insigne título de Pastor de Ratonés; a lo largo de la historia ha habido pocos gatos así, menos incluso que papas romanos.

El gato Jozik curvó el lomo formando un arco defectuoso, semejante a una herradura partida. Sońka le pasó la mano por encima y entornó los ojos. Jozik ronroneó de manera parca y breve. No necesitaba mimos, había dejado muy atrás el sexo, incluso este en forma de caricias por el pelo. Sabía que su ama, Sońka la Coja, quería a su gato Jozik. Por eso había decidido perseverar en la decisión que tomó en su primera vida, cuidar de su ama y no perderla de vista. Saltó al suelo. Pasó indiferente por encima del cuerpo de Igor, en el que percibió el inquietante rastro de otra persona, y se hizo un ovillo sobre el canapé. Desde allí tenía una buena vista de la cocina y del jardín, a través de la ventana. Miró a Sońka, y al cabo de un rato se durmió, porque ya no era un gato joven interesado en el mundo, tenía siete vidas a sus espaldas y solo un poco de pelaje a rayas, cosas que provocan sueño a cualquier ser racional.

Me daba miedo abrir los ojos. Algo se restregaba contra mis piernas. Ronroneaba. Era el gato Wasyl, que se parecía a Jozik como dos gotas de agua, aunque tenía una sola mancha blanca en la barriga, mientras que Jozik tiene siete. En primavera Wasyl se iba al bosque y regresaba antes del invierno bien cebado, como siempre; llevaba tres años haciéndolo. Mi padre decía que iba a ahogar al gato, pero ya fuera porque Wasyl tenía mucho cuidado o porque mi padre era un borracho, el caso es que todo se quedaba en amenazas, pedradas y maullidos de rabia.

Me daba miedo abrir los ojos. Seguro que la estrella había cruzado el cielo. No sabía a quién habría traído, aparte del gato. Noté un aliento cálido en la mejilla. Olía a fresas, nata dulce y azúcar. ¡Olía mucho! De repente, me entró un hambre horrorosa. ¡Deseaba dulces y sangre! ¡Y me moría de hambre! Arrastraba mis tripas hacia un embudo en el interior de mi barriga, al otro lado del ombligo y del mundo. El hambre me absorbía como un beso dado hacia adentro.

Sońka se echó a reír al recordar el hambre que sintió una noche de agosto del año cuarenta y uno (hace mucho, mucho tiempo, justo antes del Diluvio) y que después se repitió durante años; en ocasiones, varias veces al día.

La risa de Sońka era cristalina, como la de una vestal sabia y noble que mantuviera encendido un fuego negro; mitad guardiana inflexible de un secreto, mitad niña traviesa. Porque Sońka sabía que ese olor había despertado un hambre de otro tipo, un hambre cuya existencia sospechaba, un hambre que había observado en Janek y Witek, sus hermanos, y también en su padre, claro. Aunque a su padre el hambre lo devoraba, mientras que a ella ese tipo de hambre la saciaba.

Sońka se reía con una risa joven y contagiosa, como si la juventud fuera contagiosa, como si

Sońka se hubiera contagiado de la juventud de Igor, que a su vez, tendido sobre el suelo de la cocina, se había contagiado de la risa de Sońka y se volvía cada vez más fino, más traslúcido. A través de su piel se veía, cada vez con mayor claridad, a otra persona.

Se reían juntos con tal armonía, que Borbus Doce meneó el rabo y Jozik Pastor de Ratones levantó un párpado, en el que aún quedaban algunas pestañas, para comprobar si se había terminado su séptima y última vida.

Fresas, nata dulce y azúcar; el aire olía sobre mi mejilla como olería sobre un plato, un olor que parecía la promesa de un buen postre. Abrí los ojos. Allí estaba ante mí, con su uniforme negro, aunque era de noche y el color no tenía la menor importancia. Fui yo quien se acercó a él y le cogí la mano. Me atravesó una corriente eléctrica. Pronuncié mi deseo muy bajito, aspirando: Joachim. La felicidad me inundó; la felicidad me colmó como a una rana hinchada al respirar, se desbordó fuera de mí, se extendió por los campos y los prados, llegó hasta el bosque, se metió bajo los edredones. Me recorrían filas de hormigas, pero por el interior, por dentro, por la parte de la piel oculta entre la sangre.

Sacudí el polvo plateado que había en su brazo. Pasé mis dedos por su rostro radiante. Entonces me abrazó. En mi cerebro explotó un rayo globular. Caímos al suelo como alcanzados por un proyectil. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de que debiéramos ocultarnos, porque aquella era la noche de mi deseo. No teníamos nada que temer. Yacíamos junto al banco, besándonos, extrayéndonos pedazos de cuerpo desnudo entre las ropas. Sabía que nadie podría vernos ni aunque se parara a un paso de nosotros. La noche de mi deseo nos cubría como la falda de mi mamá.

Traté de no gritar, lloré, nuestra piel lanzaba chispas. Adheridos como imanes, pegados como perros copulando.

De esta manera sellamos nuestros destinos. El sello del Creador recién puesto se fue enfriando mientras yacíamos el uno junto al otro. Olía a cera y a incienso, a cenizas y a cuerpo ardiendo. A secreciones cuyos nombres desconozco. Pienso que ya entonces, hace mucho, mucho tiempo, que ya entonces lo comprendimos: ese comienzo, esa noche del deseo cumplido, el poder de los cuerpos unidos, era nuestro final, el principio del declive.

Rezaba con fervor para que ese declive durara mucho, años, décadas; para que los alemanes vencieran y se quedaran para siempre. Sin embargo, esta vez el sabio Dios no movió ninguna estrella, no miró por nuestra felicidad.

La desdicha maduraba en nosotros, pero estábamos dispuestos a pagar cualquier precio el uno por el otro y por el tiempo en común. Ni siquiera un precio por encima del más alto sería caro. Ni siquiera la mentira, la traición o la humillación. Ni siquiera el falso testimonio en una confesión o la tela desgarrada del vestido. Ni siquiera eso.

Sońka suspiró. Había dicho más de lo que pensaba, y pensaba menos de lo que sentía. En realidad, a Sońka le importaban poco todas esas apreciaciones sobre su destino: las palabras son palabras y

los muertos siguen estando muertos.

Yacíamos abrazados. Nada perturbaba el silencio. Solo oía los ronquidos de mi padre, que atravesaban la pared de la casa. Era la noche más feliz de mi vida. No nos dijimos nada, porque para qué, nos habríamos hablado en idiomas diferentes. La verdad es que Joachim y yo casi nunca conversamos.

No es cierto que para los enamorados el tiempo pase volando. El tiempo fluye de otro modo, pero no se acelera. Los ojos miran con atención y seriedad. Los párpados pesan. Cada minuto juntos parece más largo, más espacioso y más profundo que un año en soledad. Sí, recuerdo perfectamente cada uno de nuestros minutos, ya lo creo. Podría hablar durante horas sobre lo que sentía entonces, lo que sucedía, a qué olía, qué ruidos había, qué perros ladraban y de qué fincas eran, en qué sitios me hacían cosquillas las briznas de hierba. Cada minuto que pasábamos juntos era una pequeña eternidad, un mundo ideal. Cada minuto que pasábamos separados era como tirarlo al barro, inservible y sin apenas valor.

Amaba al máximo, hasta unos límites detrás de los cuales no había nada. Nos amábamos tanto que el tiempo fluía únicamente cuando estábamos juntos. Como si nosotros mismos fuéramos tiempo. Más allá de nosotros el tiempo no existía, ni una pizca.

Joachim se fue. Yo no pegué ojo. Me levanté antes de que cantara el gallo. Dejé salir a las gallinas, les eché grano, recogí los huevos, ordeñé a Malina y a Zorka, a las que después Janek se llevó a pastar a los prados y al bosque. Encendí el fuego en la cocina, llevé agua. Cocí en el caldero patatas para los cerdos. Luego les di leche a Borbus y a Wasyl. Preparé *taukanitsa*, que son patatas desmenuzadas y asadas a la plancha con torreznillos, cuando los había...

Mi padre y Witek se fueron a buscar setas. Hice lo que hacía todas las mañanas, aunque por primera vez no sentía el cansancio. El mundo que me rodeaba se volvió traslúcido, semitransparente, por los vilanos, por los graznidos de los gansos, por el parpar de los patos. ¿Pesará lo mismo un cubo traslúcido y algodonoso que uno de verdad?

Pensaba en Joachim, en la siguiente noche que pasaríamos juntos. Porque solo estando juntos conseguíamos que el mundo recuperara su color y su peso, su textura y su olor, su verdad y su objetivo, su infierno y su cielo. Sin Joachim el mundo se parecía a esas bolsas de plástico que tenéis ahora; muy mal hecho, de usar y tirar, persistente; un mundo del que no había manera de librarse.

El día, ocupado por las diversas tareas, se terminó con rapidez; ni siquiera tuve tiempo de recordar con calma lo que habíamos vivido Joachim y yo la noche anterior. Apenas pude llegar al momento en que explotó en mi cabeza el rayo globular y me alcanzó el proyectil. Mi padre y mis hermanos, cansados por el duro trabajo, no parecieron observar en mí ningún cambio. Mi padre solo preguntó mientras le daba una patada al pequeño Borbus —que voló dos metros soltando un gañido—: *Skol heta barajlo?*^[23] Le conté lo de los alemanes y él se limitó a escupir. No dijo nada. Ni una palabra.

No sabía qué pensaba mi padre. ¿Le daba miedo rechazar el regalo? ¿Se alegraba de tener otro perro? No sé. Mi vecina Niutka me habló una vez de mi hermana mayor, Toma. Yo no la conocí. Enfermó cuando tenía tres añitos. Mi madre quería ir a buscar a la curandera, pero mi padre se limitó a escupir al suelo. Toma murió esa misma noche. Pensé que con su escupitajo mi padre

había firmado la sentencia de Borbus, igual que antes había firmado la sentencia de mi hermana. Y decidí que no iba a permitir que el perro sufriera ningún daño, costara lo que costara, aunque tuviera que abandonar la casa y ponerme al servicio de extraños.

No sé quién lo hacía, si el buen Dios o mi madre; quién lo allanaba todo, quién engrasaba cada noche los engranajes de la oscuridad para que me pudiera escabullir de la casa y regresar sin que nadie lo advirtiera, con la facilidad con que un pececillo se escurre de la mano y vuelve al agua. Nos encontrábamos después del anochecer, normalmente cerca del puente de madera que llevaba a Słuczanka, y luego nos íbamos a los prados, al bosque, a la orilla del río, a los graneros, a los almiarés. Joachim estaba estacionado en Waliŷ y al mes lo trasladaron a Gródek, pero no le costaba recorrer los kilómetros que nos separaban porque lo hacía a caballo. El animal se llamaba Pegaso y era un caballo capón rucio. Seguro que era un nombre alemán que habrían tomado prestado de otro, pero aun así resultaba bonito, transmitía una sensación como de plumas y movimiento. Me gustaba, en aquellos días todo me gustaba, desde cargar el estiércol con la horca hasta echar de comer a los cerdos, incluso las vísperas en la iglesia, y eso que teníamos que recorrer varios kilómetros a pie o ir en carro.

Durante dos semanas apenas comí ni dormí. Por el día trabajaba, por la noche veía a Joachim. Las ortigas nunca volvieron a oler igual en los lodazales, ni los murciélagos chillaron igual, ni las alas de las mariposas nocturnas deslumbraron igual. El mundo, aunque lo viera de noche, era claro y resplandeciente. A veces Wasyl me acompañaba hasta el puente, le escuchaba mover las patas con cuidado. Esperaba conmigo a Joachim, miraba con sus ojos verdes y luego desaparecía por ahí.

Tras dos semanas de trabajar así y apenas comer, para mi padre, para Janek, para Witek y para los vecinos se hizo evidente, tras esas dos semanas, que algo me pasaba. Me estaba volviendo parecida al mundo de alrededor, es decir, al mundo como era sin Joachim, un mundo del revés, como una zamarra con lo de atrás para delante: semitransparente, translúcida, hecha de vilanos de álamo y con las costuras por fuera. Ni siquiera podría aplastar el repollo con los pies, porque cuando no se tiene peso te puedes pasar horas pisando las hojas troceadas; cuando no se tiene fe, te puedes pasar horas en vano repitiendo *Vieruyu vo yedinoho Boha Ottsa*;^[24] cuando no se es, resulta difícil ser. Yo solo cogía peso por las noches, solo las caricias de Joachim devolvían la sangre y el plomo a las venas, solo entonces los pastos se tendían debajo de mí.

—*Skazhy, yak mozhna palubić tak druhoho chalavieka? Chamu? Pa shto?*^[25] —preguntó Sońka.

Igor seguía tumbado sobre la estera de colores. No contestó porque Sońka no esperaba una respuesta. No había sido una pregunta, sino su asombro y su respeto por lo que había vivido con Joachim hacía mucho, mucho tiempo, expresado claramente. Por todas las personas que habían experimentado algo parecido, algo que rebasaba los límites del entendimiento e incluso de la percepción. Por algo omnipotente. Algo del más allá. Como si «metafísica» fuera una palabra que a veces se encuentra con el mundo.

Igor yacía en el suelo. Con cada día finalizado en el relato de Sońka tenía la sensación de ser más viejo y más fino, como de pergamino; de que se desconchaba como la pintura al aceite. Era como si un contable celestial le añadiera esos días a su vida, mientras los quitaba de la cuenta de

Sońka. A ella esto la hacía rejuvenecer, pero a él lo debilitaba y llegó a perder las ganas de levantarse, una vez que la hemorragia se había detenido, aunque quizá debía comer algo o intentar contactar cuanto antes con los del seguro. A fin de cuentas, el coche no se iba a reparar solo.

En un pueblo la gente aparece fácilmente, lo quieran o no; bueno, a no ser que desaparezcan, y entonces es como una piedra cayendo al agua, nadie ha visto nada, ni ha oído nada, ni ha notado nada, aparte de un simple chapoteo. Un pueblo es un pequeño mundo, hasta donde alcanza el oído y la vista todos viven tan cerca unos de otros que nada se puede escapar a la atención de nadie; y después, el castigo, raramente justo. Me escabullí de la casa como siempre. Mi padre y mis hermanos dormían con un sueño plácido y profundo, como si hubieran tomado adormidera. Al cruzar la puerta, Wasyl se restregó contra mis piernas. Maulló fuerte y con tristeza. Me agaché para acariciarlo. En ese momento creí oír algo, parecido a cuando se tronchan las ramas, a una respiración contenida y a una gota de sudor cayendo entre los pechos. Pero no hice caso, continué mi camino hasta el puente. De inmediato, distinguí a Joachim; en mis ojos, a los que la luz del día molestaba y cegaba cada vez más, se reflejó su inconfundible silueta, su oscura envoltura. En su uniforme brillaron dos relámpagos metálicos. Pensé que aquellos relámpagos, tan cercanos entre sí, que lanzaron por un momento un brillo cegador, éramos nosotros.

Lo besé y lo cogí de la mano. Por primera vez se mostró en todas partes tenso, rígido y ausente. Tosco, todo ángulos, sin círculos ni curvaturas. Bajamos a la orilla del río y empezó a contarme una historia. Al principio pensé que era una historia.

La guerra pronto acabará. No habrá frente, ya no me necesitarán aquí. Te llevaré a casa de mi madre, tiene un chalet precioso cerca de la ciudad alemana de Haradok. Mi padre murió hace dos años, era profesor. Mi madre se alegrará. Seguro que le caerás bien. Mi madre predice el pasado y el futuro: es bipolar. Después nos casaremos. De vez en cuando prepararás comida *polnische*. A todos les gustará. Tendremos cinco hijos: Waschil, Griken, Jan, Phrosch y Schiessen. Viajaremos a balnearios y al mar («mar», en alemán, se dice *Juden*). Tendremos un gato al que llamaremos Raus. El gato se dedicará a calentarse al sol y cazar *Schweine* (así se dice «ratones» en alemán). *Herr Abramowitsch*, el vecino, un señor mayor muy elegante con un traje a rayas, nos legará su fortuna. Y otro vecino, el señor Buchwald, también de Polen, casará a su hija con nuestro primogénito.

De veras que al principio pensé que se trataba de una historia. El pánico que se agitó dentro de mí cuando vi a Joachim me turbó el juicio de tal manera que no sabía ni lo que sabía. A fin de cuentas, la gente hablaba. El pánico rebotaba de un lado a otro en mi interior como una judía seca contra las paredes de una lata. Pero con cada nueva frase me iba dando cuenta de que comprendía demasiado en medio de toda aquella incomprensión. Los nombres de nuestros hijos aún no

nacidos sonaban sospechosamente familiares, pero deformados en ese dialecto bronco. Entonces escuché otra historia, que asomaba por debajo de la primera; escuché esa otra historia cientos de veces, pero no de boca de Joachim, sino contada por los que sobrevivieron o vieron lo que pasó, o por quienes trataban de librarse de la pesadilla como de las llamas, moviendo las manos, lo cual solo aviva el fuego. Pero ¿y si la historia no trataba en absoluto de ellos, sino de mis hermanos y mi marido? ¿Y si aún no había ocurrido, sino que iba a suceder?

Reunieron a más de cien personas en Gródek, no muy lejos de una sinagoga de madera, la que estaba cerca de la iglesia ortodoxa. El día era muy caluroso. Los judíos permanecían de pie apiñados. Tenían miedo. Había pequeños comerciantes, taberneros, zapateros. Estaban también sus familias. Todos los que aún poseían algo; quizá poca cosa, pero algo tenían, algo. Tenían anotaciones de contabilidad en los libros, pesadillas sobre Yahveh, porque su Dios es todavía más horrible que el nuestro; tenían el *bar mitzvah* ya cumplido y tenían mozas casaderas. Abrían los brazos desesperados, se metían las manos en los bolsillos, apretaban los puños.

Había personas mayores, que olían a polvo y al petróleo de las lámparas. También había jóvenes, que olían a sol y a sudor reciente. Tras el cordón de soldados se habían arremolinado los habitantes de Gródek. Algunos sentían compasión, otros no entendían nada, otros esperaban librarse de sus deudas. A unos los divertía la inesperada humillación que estaban sufriendo sus vecinos más pudientes; a otros los aterraba.

Los soldados sacaron a la fuerza a un joven del grupo de judíos. «Sehr gut», dijo Joachim; eso mismo me había dicho a mí alguna vez. Un soldado extrajo su pistola máuser de la pistolera, apoyó el cañón en la sien del joven y apretó el gatillo. Nada más, una fuente de gotas de sangre y de huesos desmenuzados.

Sońka meneaba la cabeza, como si no comprendiera gran cosa de lo que evocaba, aunque no lo había visto con sus propios ojos. ¿Y si se lo había inventado todo? O quizá cuando el relato choca con la realidad, la verdad siempre sale malparada. Igor seguía tumbado y estaba tenso. Soportaba mal los sufrimientos individuales —por ejemplo, los suyos, aunque solo se debieran a una amigdalitis—, pero cuando se trataba de sufrimientos masivos, planeados por los de arriba y llevados a cabo por los de abajo, se quedaba paralizado. No era capaz de escuchar, se compadecía mecánicamente, como si se tratara de un movimiento reflejo de solidaridad inexpresiva.

Una chispa fulgurante que saltó desde Jozik Pastor de Ratones hasta él le hizo comprender que debía retener en su mente más incluso de lo que Sońka le contaba; que debía enganchar la memoria a alguna noria novelística o teatral y tirar de ella como un mulo para poder salvarse, para relatar al fin alguna verdad, luchar por algo. Aunque eso en concreto lo había sentido desde el mismo comienzo, nada más pisar el umbral.

El joven cayó al suelo. El *bachiushka* siempre repetía que Dios ayuda a levantarse a los que caen y pone a prueba a los que se mantienen firmes. Dios no ayudó al joven, no le volvió a meter en el cuerpo las gotas de sangre ni los trocitos de hueso. ¿Es que el Yahveh judío no era igual de bondadoso o de poderoso? A lo mejor era porque, aquí en Gródek, Él estaba como si dijéramos en el extranjero, lejos de la arena y los desiertos, era un trotamundos. ¿O quizá no merecíamos tal milagro? Para el chico ya nada tenía importancia, era en los demás donde nacía la desdicha, eran los demás los que necesitaban el milagro y los ánimos. Está visto que no nos merecíamos un Lázaro. Aunque, bien pensado, Lázaro no era de los nuestros, sino judío, como todos los primeros cristianos.

Al parecer nadie dijo nada. Los alemanes fueron sacando a aquellas personas una a una, les ponían el arma en la sien y apretaban el gatillo. Cada caída se llevaba del lugar a varios vecinos de los que observaban el suceso. Se marchaban, pero no a sus casas. Si veían morir a un tendero, se dirigían a la tienda abandonada; si veían morir a un zapatero, se iban a la zapatería sin dueño.

Al final solo quedaron el viejo señor Buchwald, el *bachiushka* y el cura católico. Entonces los soldados alemanes se fueron de repente, dejando atrás casi cien cadáveres, tres vivos y montones de moscas. Las moscas enseguida huelen los cadáveres y la mierda. Los alemanes se fueron así, sin más, como si aquel hecho no tuviera mayor importancia, como si hubieran terminado su jornada de trabajo y fuera hora de descansar. Casi un centenar de muertos, tres vivos y moscas.

Esta era, quizá, la historia de Joachim. Yo ya no pensaba que, en alemán, *Juden* significaba «mar», que *Raus* era «gato» y *Schweine*, «ratones». De quien más me compadecía era de Joachim. Lo amaba y él seguía vivo, pero a pesar de ello lo compadecía, no era capaz de sentir otra cosa. Mi pobre Joachim, tan radiante, con su hermoso cuerpo, contorneado de repente por las siluetas retorcidas de los cadáveres.

Joachim dejó de hablar. Sigo sin saber qué trató de contarme aquella noche, algo sobre el futuro y la masacre en el pueblo, o quizá sobre el futuro tras la masacre, o sobre el futuro sin futuro, no lo sé. Me apretó la mano con fuerza. Me dolió, pero ese dolor no era nada en comparación con el dolor que él sentía. Empezó a llorar. Hablaba y lloraba, de manera incoherente. Después apoyó su cabeza sobre mi pecho y se calló. Yo respiraba con un saco de piedras sobre el pecho.

No estuvimos mucho tiempo. Ni siquiera me dio un beso de despedida, solo me tocó un brazo y después los pechos. Mis pezones se endurecieron.

Lo miré mientras se iba. Y allí seguía yo, inmóvil, aunque había pasado mucho tiempo desde que se desvaneciera en la oscuridad, preguntándome si mi Joachim era una visión nocturna o un hombre de carne y hueso.

/Aquí ofrecemos documentos sobre el exterminio de los judíos de Gródek.

En el espectáculo, un corto con las fotografías conservadas, no más de 3-4 minutos.

En la edición en papel, unas 10 fotografías, incluyendo, ¡SIN FALTA!, al menos una de un niño./

Alguien me tocó el brazo.

—*Ty nie svaya. Ty bladz.*[26]

No sabía quién había dicho esas palabras. Todavía estaba aturdida porque Joachim no me hubiera dado un beso de despedida ni me hubiera penetrado al encontrarnos. Aquellas palabras me dolieron, pero a la vez me alegraron, porque esa era la prueba de que Joachim era real. Después la voz desconocida me empujó, caí de bruces y me aplastó contra el suelo. Tenía arena metida en la nariz y entre los dientes. La lengua se me pegó con tanta fuerza a la tierra que no me dio tiempo a meterla en la boca. Una mano me aplastaba con una fuerza bestial. Luego la otra mano de la voz desconocida me rasgó el vestido.

Me defendí, pero no sirvió de nada. Era como un niño que protesta contra una decisión injusta de sus padres. La voz era mucho más poderosa. Intenté apartarla de mí, pero recibí varios puñetazos en la cabeza y perdí el conocimiento. Me despertó un dolor terrible. La voz jadeaba junto a mi oreja, gotas de sudor y de saliva caían sobre mi nuca, y su «vaina» me destrozaba el cuerpo. Me violó como a una oveja, por detrás, procurando causarme el mayor dolor posible. Me resultaba casi imposible tomar aliento. Por fin terminó. Se levantó y dijo: *Chiaper srać ni budziash, yob tvayu mać.*[27] No me podía mover. Un líquido caliente llenó mi oreja y resbaló hasta la boca. Era su orina. Sangre, heces, esperma, orina.

(La patria chica, pensó Igor).

Me quedé mucho tiempo allí tirada, o eso creo. La lengua de un perro fue la que me devolvió una pizquita de vida. No sé cómo pudo salir Borbus del jardín. Mi padre lo dejaba atado, porque mordía por el cuello a las gallinas de los vecinos. Después unas personas me levantaron y me llevaron a casa, una mujer y un hombre. ¿O quizá lo hice sin ayuda? Igual me los inventé porque deseaba no estar sola en mi humillación.

¿Y la guerra? ¿Sería real o estuvo solo en mi cabeza?

Oscurecía tras la ventana, Borbus Doce ladró, Sońka se levantó y encendió la luz girando un interruptor antiquísimo. El filamento de tungsteno de la bombilla entró a rosca en el cráneo de Igor, rechinando como si fuera un taladro de dentista, así que se levantó del suelo. Qué rápido han pasado las horas, pensó, cómo he envejecido.

(Espero que las vacas no me hayan rayado el coche, se dijo, no sé si el seguro cubre este tipo de incidentes con reses).

Y en efecto, bajo esa luz turbia Igor vio pequeñas manchas hepáticas en sus manos, vio piel seca en sus muñecas, vio algunos pelos blancos sueltos en sus pantorrillas, un atisbo de canas. Y percibió en él a ese otro, el del pasado, el del principio, aunque quizá necesitara raspar la superficie un poco más.

No temió haber enfermado de vejez, sino que pensó que el contacto con un cuento o un mito estropeaba el cuerpo. Y que la infancia se quedaba para siempre en las personas, como las estaciones del año o la crueldad; se puede renegar de ella, pero no se la puede matar, cubrirla de pintura y olvidarla. Como mucho se puede colocar un biombo delante.

Con el cuerpo de Sońka ocurría lo contrario, ganaba firmeza, hasta los pechos estiraban la tela del vestido, hasta los cabellos se salían del pañuelo estampado y relucían como el oro, no como el mercurio o la plata; así brilla el trigo, si el reflejo te da en los ojos te hace daño.

Sońka salió de la casa y su invitado la siguió. La noche se había echado encima de improviso. La claridad de las estrellas había enjuagado las letras góticas del collar de la perra y ahora resplandecían con destellos fríos y azulados. Sońka cogió a Igor del brazo. En ese momento ella era la que parecía más joven. Los maquilladores hicieron un trabajo de primera.

Fueron hacia el río. Al otro lado de la verja brillaron unos ojos verdes gatunos.

—Aquí estaba el puente —explicó Sońka—. Ahora es diferente, de hormigón. Y además no está Joachim. Y tampoco hay guerra. ¡Ay, cómo echo de menos la guerra! —dijo casi gritando—. ¡¿Por qué tuvo que acabarse?!

Igor repitió después muchas veces el mismo paseo, lo llamaba «documentación». Sobre todo de noche, porque por el día les hacía preguntas a los habitantes de Królowe Stojło y de ese orgulloso microcosmos llamado Słuczanka. Preguntaba por Sońka. ¿Cómo era? Hablad sin miedo, ya no se encuentra entre los vivos.

La gente decía: «canosa», o «coja», o «buena». Pero eso no significaba nada, era como el aire de los pulmones, como una evasiva, una apnea.

¿Por qué le habían permitido morir de muerte natural? Desde luego, no por compasión ni por bondad. La situación resultaba desesperante, nadie quería hablar con Igor. Respuestas cerradas a cal y canto, cerrojo con candado, el corazón calladito en el pecho, ni mu, se salían por la tangente. Hasta que al final Igor buceó con más afán en su adolescencia, donde conservaba sus recuerdos más antiguos sobre la comunicación humana en los territorios fronterizos orientales. Se acordó de que allí, en los confines de la civilización, una conversación seria no empieza hasta no haber vaciado dos botellas de aguardiente.

Bebió mucho con los lugareños. Algunos incluso le cayeron bien, de un modo algo extraño. No leían libros, nunca habían puesto un pie en un cine o un teatro, y a la casa de la cultura solo iban cuando daban algo gratis o cuando era obligatorio. Se alimentaban de la televisión y de la Iglesia ortodoxa; otros —menos numerosos— de la Iglesia católica; y todos, sin excepción, de los cotilleos. Chismorrear daba sentido a las horas de ocio, las devoraba de tal forma que, cuando querían darse cuenta, ya se les había pasado la vida. Era como la pimienta. Y la sal. Como el sabor. Como la médula del tallo. Como el ruibarbo. Sangre de su sangre, rabia de su rabia, envidia que corta la leche.

A Igor lo aturdía la firmeza de aquella gente. Ni olvidaban ni perdonaban. Y él los habría odiado y los habría despreciado por no pertenecer a su clase media casi alta de no ser porque a veces ellos también renunciaban a infligir castigos. Y sabían sufrir largamente y con resignación. No confiaban en la justicia, no estaban locos, se adaptaban a la historia, que se había introducido en el mundo como una larva en un cuerpo. Extraño género de personas, pensó Igor. Se merece un

profundo respeto, pero a la vez no despierta simpatías y a veces causa repugnancia. No resulta fácil pensar algo indiscutible sobre los lugareños. Y además debo recordar que yo también soy de aquí.

Después de algún tiempo y de litros de alcohol, empezaron a hablar.

Sońka era una hechicera.

Era capaz de lanzarle un hechizo a una vaca para que estirara la pata; a una marrana para que pariera lechones muertos; a una novia para que le salieran granos antes de la boda y se le pusieran los pezones del tamaño de niscalos grandes.

Sońka, decían otros, ha sido nuestro castigo por las barbaridades de la guerra. Nuestra memoria, decían los más borrachos y reflexivos, somos malos, sí, lo somos, pero ella es la peor de todos nosotros. La peor porque no tiene remordimientos, una zorra y un putón verbenero que ni siente ni padece, ni mucho ni poco, ni una miaja, ni una pizquita como la suciedad de las uñas.

Sońka ayudaba, decían otros, sabía sanar con ceniza, expulsaba las enfermedades, curaba a los animales. Ponía ventosas.

No era tan mala esa Sońka.

Pero solamente más tarde, cuando estaba preparando el espectáculo, Igor se dio cuenta de que en especial eran los hombres quienes habían hablado mal de Sońka y las mujeres quienes lo habían hecho bien. De una parte, castigo y de la otra, comprensión. Aunque tampoco eso era cierto.

Estaban sentados junto a la mesa, tras el paseo vespertino. Jozik Pastor de Ratones se calentaba las almohadillas de las patas; Borbus estaba tumbada, hecha un ovillo, bajo la mesa. Ante ellos tenían unas tazas esmaltadas con café de cereales. El vapor se elevaba sobre ellos y por los alrededores, por encima de los prados mojados y el río. No hay más que restos, pensó Igor, los restos de ella, los restos míos y los de unos animales en sus etapas finales: el perro en la decimosegunda y el gato en la séptima.

—*Lapiey pamirać u lozhku, u svayoy jachi. U shpitalu feko.*[28]

En principio, él estaba de acuerdo con eso, también preferiría morir en su casa y no en un hospital. A pesar de ello, se levantó y dio vueltas por la cocina, nervioso; la puerta del zaguán, cuatro pasos, la puerta de la habitación, vuelta, cuatro pasos. La muerte le ponía nervioso.

—*Ni pamrecie*[29] —dijo, aunque ni siquiera él se creía sus propias palabras. El que había hablado así era Ignacy, una vez se había arrancado con las uñas la sensación de vergüenza, de estar desplazado, de ser peor.

Por primera vez no se había dirigido a Sońka en polaco, sino en *pa prostu* («de manera simple»), que era como llamaban esa lengua. *Pa naszymu* («Como hablamos nosotros»). Él mismo no sabía si era bielorruso o quizá un dialecto del ruso o del polaco. ¿Una especie de *trasianka*? [30] ¿Qué aberración histórica o emocional era? ¿Qué pueblo expulsado de los libros de texto? ¿Qué nación sin historia? Era la lengua de sus abuelos, de sus padres y de él mismo, hasta que la olvidó para vivir la vida sin las humillaciones lingüísticas básicas.

¡Ah, la primera lengua! La leche de la socialización, el orgullo sin merecimiento, la vergüenza

sin culpa. La lengua la olvidaron primero sus padres, porque se trasladaron a Białystok, ciudad mediana. Tenían que trabajar, pero solo podían trabajar en polaco; a fin de cuentas vivían el día a día de Polonia, por eso se acordaban de olvidar el *pa prostu*. Si no se hubieran acordado de olvidarlo, se habrían convertido de inmediato en «rusos de mierda»; adiós a los amigos, al trabajo, a una vida nueva y mejor en una patria nueva y mejor. ¿Y el ascenso social? ¿Quién puede resistirse a ello después de tanta pobreza y tanto perjuicio? Bastante les lastraba el documento de identidad y su apartado «Lugar de nacimiento»; un sitio como Słuczanka solo puede causar recelo.

Ignacy aprendió pronto que si quería tener amigos en el colegio y en el barrio no debía hablar como sus abuelos. Hablando como sus abuelos tendría amigos de la edad de sus abuelos y esos ya no se subían a los árboles, ni disparaban con el tirachinas a los gatos, ni agarraban a las niñas de las coletas con un lacito en el extremo. La vida ya era dura de por sí en el colegio. En las primeras clases salió a la luz que a Ignacy le había tocado en suerte un legado distinto al de sus coetáneos; por medio del bautismo y la confirmación —que iban juntos en el paquete de bienvenida al mundo—, Ignacy había sido adjudicado a un dios menor. No a ese grande y puro, católico y polaco, no a ese que alentaba y perdía una insurrección tras otra, que hacía derramar tanta sangre que hasta se escribían magníficos poemas, sino a ese otro lleno de arrugas, al del antiguo eslavo eclesiástico, que balbucía por medio de las voces de las mujeres y los hombres de las aldeas, entre incienso dulce e iconos ensombrecidos. Ese Dios suyo, enano y paleta, ortodoxo y dorado, era la causa de que sus amigos y las madres de sus amigos miraran a Ignacy desde la altura de su fe almidonada y anticomunista, desde la cátedra de San Pedro del papa Juan Pablo II, que ni por asomo era tan estupendo como decían. Y desde esa altura Ignacy era parecido a su Dios, es decir: defectuoso, colaborador de los rusos, inseguro y peor.

Cuando se marchó a la capital a estudiar en la universidad, se apartó de sí mismo, adoptó el nombre de Igor, nuevo y más bonito, debidamente reflejado en su documentación. Y alargó su apellido, en lugar de Gryki pasó a ser Grycowski, que parecía más internacional. A veces, antes de tomarse el somnífero, lamentaba no haber previsto que un día las minorías se iban a revalorizar, aunque se consolaba pensando que al final se pasarían de moda; el mundo nunca ha favorecido a los minoritarios ni a los débiles.

Y mientras caminaba así —cuatro pasos, vuelta, cuatro pasos—, a Igor se le ocurrió que quizá Sońka tuviera razón. Que mejor no ir corriendo a buscar al médico para contarle lo de la muerte, que valía la pena esperar hasta por la mañana, hasta que saliera el sol. Estamos en la tierra de mi Dios, pensó, que a lo mejor es pequeñito, pero yo me conformo con poca cosa.

El estreno de *Królowe Stojło* tuvo lugar en el Teatro Nacional de Varsovia en agosto, fuera de temporada. En el aniversario de la muerte de Sońka. Acudieron todos. Unos porque querían comprobar con sus propios ojos que Igor Grycowski estaba acabado y que las tres horas de función se convertirían en tres horas de martillazos sobre el último clavo del ataúd del conocido —aunque sin excesivo entusiasmo ni demasiadas invitaciones a los programas de televisión matutinos— director y literato. Otros, porque tenían curiosidad por saber en qué había estado trabajando durante tanto tiempo y con tanto misterio. Un tercer grupo lo conformaban los que aparecían siempre donde convenía aparecer. Además se sirvió vino y algo de picar, a modo de compensación por aguantar los enterrecimientos y las experiencias artísticas.

Tal como se contaba con pelos y señales en *¡Viva!* —revista de cotilleos en color dirigida a mujeres que aún son capaces de silabear palabras y pasar las páginas de manera analógica—, durante la representación solo se marchó un crítico, que además era el más importante memorialista de Polonia y que se había fraguado un nombre y una carrera mascullando acerca de las referencias al Holocausto en la cultura contemporánea, en especial en los anuncios.

Królowe Stojło fue recibido por la crítica de forma gélida, no se calentó el ambiente en absoluto. Si hemos de creer lo que decían las reseñas, resulta insólito que puedan cometerse tantos errores en un espectáculo de tres horas, un logro digno de algún galardón o al menos de un subsidio sanitario. Las feministas le reprochaban su repugnante neoconservadurismo, que seguramente era tan terrible porque no reflejaba el recibimiento obtenido por la segunda ola del feminismo. («OMG», soltó Igor al leer la reseña sobre lo que no reflejaba el espectáculo. *Królowe Stojło* no reflejaba muchas cosas; por ejemplo, los aterrizajes en la Luna. Y, WTF, ¿qué significaba ese «análisis interseccional», por el que fue alabado de manera inesperada?). Los conservadores, incluyendo los que aparecen precedidos por el neón de «neo-», no eran capaces de aceptar la visión de la historia tal como se mostraba en la obra; según ellos, la historia no era un lastre, no era una roña ni una putada que la gente le hacía a la gente, sino un valor, que aquí era pisoteado y presentado desde su lado más repulsivo, un valor situado por encima de los demás valores, ¡jaleluya!, la batalla de Varsovia de 1920 y la radiación láser de la Virgen María, que derrotó a los bolcheviques con vistas a atraer después los recursos financieros de los fieles. Los bielorrusos estaban descontentos —algo que en principio tampoco extraña mucho, porque siempre están descontentos, es lo que les pasa a los pueblos cuando se los tiene asfixiados durante siglos —, porque tenían la impresión de que el sentimiento de familiaridad no llegaba a la categoría de nación y, encima, en el programa de mano del teatro y en el libro, había notas acerca de las expresiones en bielorruso por todas partes, como si el bielorruso no se entendiera en Polonia sin mayor dificultad; de modo que nuevamente habían sido menoscabados y humillados, y eso que seguían percibiendo la frontera con Rusia en el cogote. Para los polacos nacidos bajo el signo de la radiación del planeta Krypton y del ultravioleta del Corazón Ardiente de Jesús, en general había sido un horror, porque no había ni una sola referencia a la insurrección de Varsovia ni a la Gracia de Dios; aparte, la puesta en escena era demasiado insólita, aunque por otro lado excesivamente clásica, tanto que los ojos se cerraban solos. Los críticos de izquierdas se preguntaban si las élites liberales serían capaces de conmovirse si no aparecía la Shoah, aunque por supuesto ellos estaban de todo corazón a favor del Holocausto, es decir, en la cultura y cuando era mencionado. Y el colectivo LGBT se mostró indignado por la heteronormatividad, ¡y para colmo en una edición heteronormativa, vaya retrógrados, qué asco! En resumen, nadie estuvo satisfecho. Los críticos afirmaron al unísono que era una pérdida de tiempo, una sarta de despropósitos y un cúmulo de sandeces, palos de ciego y paladas de cieno. El festival de muecas de rechazo giraba como un molinillo tibetano o como un tiovivo. Después de leer diez reseñas demoledoras, Igor supo que había logrado un gran éxito. Un éxito inmenso. Hasta donde le alcanzaba la memoria, ningún espectáculo había sido recibido tan mal y con tanta inquina. A fin de cuentas, transformar la muerte y el sufrimiento en emoción siempre dolía. Y cabreaba. Solo el público apreció la obra. Los espectadores llegaban en tropel, se conmovían y prometían cambiar de vida, sollozaban y decidían ser mejores personas. Porque nada hace mejor a un habitante de la ciudad que tener la oportunidad de observar la desgracia ajena. *Królowe Stojło* no cayó de la cartelera en varias temporadas.

Un año después del estreno, los diarios y semanarios de opinión reconocieron que, como su opinión negativa no había desanimado a los espectadores, tendrían que adaptar su opinión a la opinión de los lectores. *Królowe Stojło* avanzó hasta el rango de obra inmortal, se hizo polaca, bielorrusa, alemana y judía; también humanista, no nos olvidemos tan fácilmente de esta palabra; vanguardista y clásica; emotiva, aunque sin caer en el sentimentalismo. En lugar de chabacanería, ahora veían una producción intencionada de chabacanería, las narices y las plumas de los críticos se habían olido lo *camp*, de lo cual Igor e Ignacy, reconciliados y a partir un piñón, se reían a carcajadas, porque era como si una cagada intencionada se diferenciara en términos de cultura y civilización de una simple cagada, fruto de las necesidades intestinales o del hambre.

Mira en una gran pantalla la grabación del estreno de la obra. Es por lo menos la novena vez que ve la escena del «Paseo hasta el Puente».

Esta vez da a la pausa y hace zoom sobre la cara de la actriz. El fondo desaparece. El rostro está inmóvil y llena toda la pantalla. Él mira los ojos entrecerrados de la mujer.

Se ha pasado la última semana observando su rostro, un rostro que lo paraliza y lo desarma con su sinceridad, o quizá con su autenticidad. Puede ver el trabajo de los maquilladores, ve la escena, ve todas las inexactitudes y los convencionalismos, pero a pesar de ello cree en ese rostro.

Vuelve a dar al play. La mujer cae sobre la hierba artificial. Respira de un modo imperceptible. Se sienta junto a ella el actor que interpreta a Joachim. Se empiezan a quitar la ropa. Telón. ¿Qué hay de malo en estar más atrasado que el original?

En la escena principal de la habitación grande —con las paredes formadas por el papel estampado del decorado y el techo, por la luz azul de los focos— había un tocador con un espejo y unas florecitas de plástico. Había un conjunto de muebles de aspecto esmerado; un armario, una estantería acristalada con objetos de vidrio, una mesa y cuatro sillas. Flores artificiales y pinturas sagradas recreadas sobre papel barato. También había una cama que había sido cubierta con una colcha de colores.

Sobre sus rostros —joven el de la mujer y cada vez más avejentado el de Ignacy— caía un delicado reflejo dorado. En la cabecera de la cama, un ángel extendía sus alas con gran belleza.

El ángel (hablar sin falta con el iluminador, anota en su mente Igor, el ángel parece sacado de la *Bodega de los Carneros* de Cracovia):

Las decisiones no son más, más son solo las alas. Por eso las extiendo al máximo y con la mayor gracia posible, con encanto y con volantitos, en los sucesos y en las interpretaciones. Querida, te vi antes de que te convirtieras en un ovulito y en un flagelo de espermatozoide, lo vi todo, aunque no esperaba contemplar alguna vez lo que veía. Mi queridísima, la más coja, la más renqueante, soy tu Ángel de la Guarda, soy Gabriel Diecinueve, mi sitio está en la cabeza de un alfiler, justo al lado de Miguel y Samael. Tengo que protegerte, darte la mano cuando caigas, ¡tengo-tengo-tengo, yo-yo-yo te levantaré!

Sońka encendió el fuego en la cocina. Preparó sopa de leche con fideos y sal. Hirvió agua para preparar té. Lo haría fuerte. Si tenía tiempo y fuerzas se pondría más tarde a guisar repollo con setas. Estaba de celebración; un invitado, un ángel, como en la visita a Abraham.

Sońka trató de recordar cómo acababa esa visita.

No demasiado bien.

Sońka no sabía pensar en Joachim como en un alemán. Los alemanes eran los de los tiroteos, la quema de aldeas, la confiscación de alimentos y animales. Prácticamente, y lo decía de corazón, el único favor que le habían hecho los alemanes había sido matar a su padre.

Cuando Sońka tomó conciencia de que su padre nunca volvería, excepto en alguna pesadilla, se echó a llorar de felicidad. La gente era importante, sí, pero lo más importante eran las vacas y las cabras. Sin ellas la gente se moriría de hambre. Y justo ahora, mientras sorbía la sopa de leche, recordó aquel momento.

Al amanecer, su padre fue con otros a buscar leña. El pueblo entero había huido a las zonas pantanosas para esperar allí hasta que pasaran las tropas germanas. Los alemanes no se atrevían a adentrarse en terrenos desconocidos, a menos que encontraran a un guía. La gente del lugar podía sentirse relativamente segura entre los árboles y teniendo tierras inundadas e inconsistentes bajo sus pies. Ya no quedaban tantos. Cada mes de guerra que pasaba, la cifra de ausencias aumentaba. En julio habían fusilado a la familia Konstanciuk, en agosto cayó Władek Karpowicz, en septiembre alguien encontró muerta a Gienia, con una herida de bayoneta que iba desde la vagina hasta el cuello. Algunos desaparecían dejando su cuerpo, pero otros se volatilizaban, se iban al campo o al bosque y no volvían. Y aunque todas las muertes se apuntaban en la cuenta de los alemanes, Sońka sabía que algunos morían a manos de sus vecinos. Viejas aversiones, envidias, perjuicios... Todo se hinchaba y se desbordaba hasta producir un cadáver y otro cadáver. Y otro cadáver.

Una docena de hombres engancharon los caballos a los carros y fueron al bosque. Se aproximaba el invierno y, para sobrevivir, había que conseguir leña. Se aproximaba el invierno y los hombres, los caballos y los carros... desaparecieron. Sin noticias de ellos. ¿Habían caído en una emboscada de los alemanes? ¿O los habían eliminado grupos de partisanos de facciones enfrentadas?

Nunca se encontró ninguna fosa común, ni un trozo de collera, ni un caballo suelto. Nada que pudiera dar alguna pista. Sońka pensaba que solo los alemanes eran capaces de borrar a alguien de la faz de la tierra con tal perfección. Sí, pensaba Sońka, los alemanes son unos maestros en organizar la vida mediante la muerte.

Y cuando Sońka comprendió que su padre no volvería —aquel día en los pantanos, esperando a que pasaran las tropas alemanas, con el estómago tan vacío como un bolsillo agujereado—, se echó a llorar de felicidad. Y después lloró cuando se dio cuenta de que la alegraba una pequeña parte de una gran tala, una gran corrección que, en una posimagen, tuvo lugar ante sus ojos y a la

vez fuera de su campo de visión; que vibraba en el tímpano en forma de disparos secos, por allí, en algún lugar, en ningún lugar, hacía tanto tiempo —antes del Diluvio— que el moho había amortiguado el sonido y los gusanos se habían comido el cuerpo; que constituía una puntada de satisfacción en un mundo indiferente.

Estaba deshonrada y llena de escupitajos. Gabriel Diecinueve la ayudó a levantarse, Borbus la lamio y Wasyl se restregó contra sus pantorrillas. Primero bajaron al río, donde Sońka se limpió la suciedad: la sangre, los excrementos y el esperma, el sudor, la saliva y la tierra, las hebras del vestido, los pelos y las lágrimas. Y la historia, claro, la mayor asquerosidad que puede tocar a una persona y quedársele pegada. A la piel y a la sesera. Al paladar, como un trozo de comida muy caliente. Después consiguió llegar a su casa. Luego se tumbó. Su hermano menor abrió los ojos. *Ty kurwa, mnie ustydna*,^[31] dijo. Cerró los ojos.

Aquella noche no pudo dormirse y la noche no quería terminar, como si alguien hubiera decidido que esa noche Sońka la pasara en vela por todas las noches que no había dormido. A veces se quedaba como aletargada, con un dolor que la recorría desde el ano. Se veía caminando por la orilla del río con el agua por las rodillas. El agua era pardusca y fría. Cada cierto tiempo lanzaba el anzuelo de una caña primitiva para pescar un pez enorme. Había unos peces parecidos a lucios de dientes afilados, o quizá a siluros apestosos, que se devoraban entre sí, y Sońka tenía miedo, pero a la vez se extrañaba de que no le hicieran daño, y seguía lanzando el anzuelo una y otra vez. Sacaba peces uno tras otro y ellos luchaban entre sí en el agua pardusca. No la mordían; al fin y al cabo, ya había sufrido bastante daño.

El agua pardusca y la piel resbaladiza de los peces no fue nada en comparación con la brutalidad de su padre y sus hermanos cuando se despertó. No le decían nada, la empujaban más que de costumbre. Sońka tenía la impresión de que lo sabían casi todo sobre ella y Joachim. «Casi» todo, porque si lo hubieran sabido «todo» no habrían podido comportarse tan cruel e irreflexivamente.

Los cubos ya no eran traslúcidos; las patatas pesaban más, como en la balanza de un usurero; el apetito de los cerdos parecía traspasar el comedero, Gargantúa y Pantagrúel. Las gallinas la martirizaban con su cacareo. Solo Borbus, Borbus Primero y Ario, la ayudaba a abrirse paso entre los deberes diarios con su capa de suave pelo que restregaba contra sus piernas. Cuando la mofletuda sartén del sol incendió la hierba con un fuego que subía hasta el cielo, Sońka tomó conciencia de dos cosas: la primera, que estaba pasando el peor día de su vida; la segunda, que el peor día de su vida iba hacia la nada.

Joachim no la estaba esperando. Después de aquel día, a Sońka la esperaba la noche. Una noche normal, quizá tranquila, con algún sueño. Sin violación. Pero sin Joachim. Si el precio por encontrarse con su amado hubiera sido la violación, lo habría pagado muchas veces. En ese sentido era rica. Había pagado a su padre antes de que apareciera Joachim. A pesar del asco que se daba a sí misma y de la suciedad que era incapaz de quitarse, por Joachim habría podido fingir que estaba limpia. Podría cambiar, dejar de ser polaca, rusa o de aquel lugar. Podría dejar de ser cualquier cosa. Aprendería a quedarse inmóvil en el aire como una libélula, «basta con dar una palmada para aplastarme».

Sería suficiente con que Joachim quisiera mirarla, con que fuera hasta el puente del camino de

Słuczanka. Sońka veía cómo los cubos se doblaban en sus bordes para formar los arcos de los labios de Joachim. Sońka oía al gallo cantar con caracteres góticos. Sońka veía que el comedero donde echaba la comida para los cerdos arqueaba sus costillas de madera igual que ese cuerpo que apenas dos días antes hacía que el suyo se combara dibujando violines y zigzags. Sońka veía en el espejo del agua otras pestañas, claras y como en llamas, veía ojos en los que se arrojaría antes de que el fuego tocara las pestañas.

Sońka veía muchas cosas, las observaba en todas partes, día tras día, pero Joachim no regresaba. Dormía, se levantaba, echaba la comida, acariciaba el suave pelo de Borbus, que empezaba a llegarle por encima de las rodillas y casi nunca ladraba.

Sońka vivía, porque resultaba muy fácil morir. Sońka daba de comer, porque era muy fácil pasar hambre. Sońka sentía, porque era muy fácil insensibilizarse.

Sońka se convirtió en la loca del lugar. El puesto de tonto del pueblo llevaba diez años vacante, desde que muriera la vieja Ira. Sońka no sabía que «ira» también era una palabra de la lengua española (que no conocía, como tampoco sabía de la existencia de un lejano país llamado España) que significaba «rabia», «furia», como si la rabia y la furia, la ira, se le atribuyera a cualquier persona frágil y rechazada, a cualquier persona rechazada e inofensiva, vejada y rechazada. Porque la aldea eliminaba física e irreversiblemente a los locos peligrosos y fuertes. Se juntaba un grupo de hombres con horcas y hachas, unos cuantos golpes y una misa conjunta. Era un hombre honrado y esto ha sido un desgraciado accidente, mala suerte. Era todo lo que quedaba. Poca cosa. Y por supuesto siempre era culpa de los alemanes. O de los rusos. O de nadie si era época de paz; es decir, castigo divino.

Era plena noche. Jozik Pastor de Ratones se estaba pensando si ir al granero a echar un ojo a los ratones. Tenía ganas de comerse algo vivo y aterciopelado, algo crujiente y de voz chillona. Pero el calor que salía de la *lezhayka* lo convenció para quedarse en la cocina. Presentía que se acercaba la muerte, aunque no sabía a por quién iría: ¿a por Sońka la Blanca? ¿A por Ignacy? ¿A por Igor? ¿O quizá a por él mismo?

Ignacy volvió a la cocina, ahora había mucho más de él que del Igor varsoviano. La solitaria bombilla, con su tulipa verdosa, cubría de sombras el cuerpo del invitado de la ciudad como si lo arrullara. Su figura se componía de franjas oscuras. Los músculos y los huesos sujetos a ella de algún modo habían desaparecido bajo aquella extraña luz. Solamente algunos cabellos, los blancos, los que se había trabajado durante treinta y tantos años y ese último día, solo ellos relucían: un poco como en una verbena, un poco como en un cuadro, a medio camino entre la brillantina y el barniz.

Ignacy se sentó en un taburete junto a la estufa-cocina y miró a Sońka. Sońka, con el rostro suavemente iluminado por la sopa de leche. Sońka, con su coleta cana y un ojo de cada color.

Hacía dos meses que no veía a Joachim. Al parecer lo habían enviado al frente oriental. Desde el este se acercaba el otoño. Tras un verano de buena cosecha, el otoño se engalanó con manzanas,

peras y racimos de serbas. Nunca había visto tanta fruta. En realidad había visto poca.

Antes de que empezaran a caer las primeras hojas, quedó bien claro —era evidente— que estaba embarazada. No te imaginas, Ignacy, lo que significa estar embarazada. Un embarazo en un pueblo y, encima, sin marido. Sin boda. Sin dote. Mi padre prácticamente no me hablaba. Ni siquiera me daba órdenes. No me pegaba ni me empujaba, como si le diera asco. Me había convertido en una caca de vaca; había que pasar por encima de mí, no pisarme. Esto me satisfacía en el sentido de que no me quedaba mucho tiempo de soledad después de realizar las tareas de la granja, mucho menos de lo que habría sido capaz de soportar.

Me daba miedo el invierno, porque en invierno el tiempo se congela en forma de castañeteo de dientes, en forma de hielo y de labios apretados, de mano cerrada y de puño; hay que abrir agujeros en el hielo para distinguir los meses siguientes y un futuro impreciso. Tenía miedo del invierno, pero más temía por la suerte de Joachim.

Soñé que mi radiante Joachim estaba sentado sobre la coraza gris de un tanque. La escotilla cerrada había pillado unas cuantas plumas blancas de sus alas. El cañón disparaba balas de fuego a intervalos de tiempo regulares, que alcanzaban a personas color pardo con aspecto de osos. Con cada impacto se encendía una estrella roja en el gorro de un monstruo. El monstruo caía, pero en su lugar se levantaban dos más.

(Una hidra de Lerna, pensó Igor).

Una noche, cuando la mitad de las hojas se habían podrido bajo las copas de los árboles, mi padre volvió de casa de los Gryk borracho pero lo suficientemente enfadado como para no dejarse caer en el suelo de inmediato. Estaba tan cabreado que tenía los ojos color rojo violáceo con una mancha vacía en el centro, igualito que si le salieran dos penes de burro de la cara.

—*Trymaychia dobra*[32] —dijo mi padre a mis hermanos.

Janek y Witek me agarraron de los brazos. Nunca tuve una convivencia muy estrecha con mis hermanos. Vivíamos juntos por obligación. Me preguntaba cuál heredaría la granja, si el pequeño o el mayor. Ellos también le daban vueltas a lo mismo y cuando alguien le da demasiadas vueltas a algo, entonces piensa poco y se muestra sumiso.

Janek parecía más frágil, en eso había salido a nuestra madre, pero su fragilidad ocultaba una tremenda voluntad de sobrevivir y dominar. No me fiaba demasiado de él porque no hablaba mucho. Witek, todo lo contrario. Se hizo muy grande y de huesos fuertes. No era capaz de ocultar nada. Tanto el uno como el otro obedecían a mi padre y cumplían sus deseos.

Ignacy, yo no quiero quejarme, pero tienes que saber qué significaba ser mujer en aquella época, hace mucho, mucho tiempo. A este lado de nuestras colinas y prados, nuestros graneros y pocilgas, una mujer no valía mucho más que una cabra, aunque una cabra tenía más oportunidades de sobrevivir porque daba leche; en cambio, una mujer solo a veces y no para todos.

Witek y Janek me sujetaron con fuerza y mi padre se acercó y me escupió en la cara. Después levantó la mano para soltarme un revés. Mi padre sabía cómo pegar. Se me hinchó un labio, salía sangre a borbotones. Nadie dijo nada. Mi padre fue a por la horca y volvió. Me arrancó la ropa y dejó mi cuerpo al descubierto.

(Se levanta el telón, pensó Igor, comienza el acto segundo).

Un cuerpo blanquecino y en aquel momento enflaquecido. Se empezaba a notar la tripa. Un cuerpo que mi padre conocía bien.

—*Heta chey bastruk?*[33] —preguntó.

Traté de recordar la imagen de Joachim. Para que me protegiera y me diera fuerzas. San Joachim de Sońka de Królowe Stojło, ayúdame. San Joachim de las Tierras Conquistadas, sálvame. Joachim el del puente de Słuczanka, envíanos la paz. Joachim el que lucha contra los osos y las resplandecientes estrellas rojas, cúbreme con tu abrigo negro y castiga a mis enemigos con uno de los rayos de tu solapa.

Tú no sabes lo que es amar sin ningún sentido, sin el menor sentido... Vi como las nalgas de Joachim se elevaban y caían a la luz de la luna. Y esta imagen, esas dos semiesferas de las nalgas desnudas de mi amado, como si fuera la luna partida en dos, aunque con un poco de pelo, se superpuso a la de los carrillos hinchados de mi padre.

Pero mi padre repitió la pregunta.

—*Heta chey bastruk?*

Quise contestar con rabia: tuyo. Pero el miedo me contuvo. La rabia es más débil que el miedo. Tenía miedo por mí, pero mucho más por nuestro bebé. La respuesta sorprendió a todos: a mi padre, a mis hermanos y a mí misma.

—De Karecki —dije.

Señalé a la persona que menos me gustaba. Misza Karecki, el tercero y más joven de los hijos del viejo Wańka, cazador furtivo y *kulak*. Señor, no ilumines demasiado su alma, pero no apagues del todo las lámparas, porque sería inhumano pasar completamente a oscuras el tiempo libre que deja la vida.

Misza, el más joven y el más guapo, el querido hijo del anciano Wańka, no se había labrado muy buena fama ni en Słuczanka, ni en Królowe Stojło, ni en los pueblos de alrededor. Se decía que se dedicaba a perseguir faldas. Se decía que era corto de entendederas y cruel. Se decían muchas cosas, como siempre que se sabe poco pero hay que pasar el tiempo juntos de algún modo.

Lo veía pocas veces y no tenía ganas de verlo más a menudo. No sé por qué lo señalé precisamente a él.

Podía decir la verdad o mentir. Podía mentir de veinte maneras distintas por lo menos. Podía echar la culpa de mi barriga a muchos hombres, a unos de manera más verosímil que a otros, aunque, fuera como fuese, era yo quien iba a cargar irremediabilmente con la responsabilidad. Pero escogí a Misza. Lo elegí a él porque nadie habría podido creérselo.

Sońka se echó a reír, tratando de espantar el recuerdo de aquel momento, o quizá al contrario; aquella broma le había salido a las mil maravillas.

—*Nalhala ya*[34] —repetía.

—Yo también he mentido —dijo Igor.

Entonces habló Jozik Pastor de Ratones. Le estaba permitido hablar una vez en cada una de sus siete vidas, sin contar, por supuesto, las Nochebuenas, aunque por lo general en esas ocasiones eran las vacas las que se colocaban las primeras en el pesebre del habla.

Los gatos no mienten, porque fueron hechos con los materiales más nobles: pelaje de terciopelo, esmalte duro, goma y pneuma. Mienten las personas, los perros y los ratones. Sobre todo los ratones. En realidad los ratones nunca dicen la verdad. Chillan. Los ratones son un

mal de color gris con una cola pelada y ese mal hay que ahogarlo con la zarpa, hacerlo crujir con los dientes y tragárselo. Las gallinas tampoco mienten, porque están hechas de plumas, pico y patas. En semejante trío no hay sitio para nada que no sea grano.

Desde hace siglos los gatos se preguntan por qué la gente miente. Hace miles de años uno de los gatos más importantes del mundo, Osiris el Egipcio, maulló que era debido a la influencia dañina del libre albedrío. Pero, después de todo, los gatos también tienen libre albedrío y en cambio solamente he conocido un gato, en realidad una gata, Copo de Nieve, rayada, con su corbata blanca y sus calcetines, que sin duda se apartó de la verdad al hacerme responsable de una camada suya. En fin, cosas de gatos.

—¡Zape! —dijo Sońka.

Mi padre había dejado de pegarme, mis hermanos me sujetaban con menos fuerza. Mi padre hacía sus cálculos: Misza era el mejor partido de los alrededores, valía la pena observar su reacción. Si decía que no —casi seguro—, nada cambiaría; pero si decía que sí —poco probable— entonces mi padre entraría en la élite de Słuczanka.

—*Idzi papratać, a ty* —le gritó a Witek— *paklich na wieczar Wańku z Mishay.*[35]

Me fui a limpiar, aunque todo estaba bien limpio. A pesar de ello limpié, pero esa limpieza no hizo que lo ya limpiado pareciera más nuevo o más bonito, sino más viejo y más usado. En cambio el tiempo pasó, aunque sin pena ni gloria.

Oí como mi padre recibía en la puerta a Wańka y a Misza y los invitaba a entrar. Se sentaron junto a la mesa y yo traje aguardiente, tocino salado y setas marinadas, conservas, embutidos y pepinillos. Nuestras reservas por si llegaba la hora de apretarse el cinturón o para las fiestas.

Bebieron y hablaron.

Estaba cortando cebolla cuando mi padre dijo:

—*Znayash, Wańka, mayu dochku, Sońku?*[36]

—*Znayu. Yana udana wielmi, vykapano Gala.*[37]

Al escuchar el nombre de mi madre, me hice un corte en el dedo.

—*Yana ni feka, tolki shto* —siguió diciendo mi padre—, *ya tabie skazhu shtoś wielmi śmieshnaho. Sońka, jadzi siudy, padydzi, docheńka.*[38]

Me acerqué chupándome el dedo.

—*Ty hladzi, yana panna, a z zhyvatom yak zhonka.*[39]

Wańka, canoso y flaco, se dignó a mirarme de arriba a abajo.

—*Zhyvot ni uzialsa z pavietra. Zhyvot Sońki uzialsa z Mishy.*[40]

Tras las palabras de mi padre se hizo el silencio. Wańka comprendió el motivo de la reunión. La mirada de Misza iba saltando de cara en cara, como una pulga de perro en perro; con su nariz enrojecida en medio de su hermoso rostro, con la panza llena de comida, con aguardiente en las venas en lugar de sangre, se preguntaba si realmente podría ser el responsable de mi estado, o bien sabía que no era así y trataba de entender el juego al que allí se estaba jugando.

Wańka se echó a reír con la intención de tomárselo todo a broma, incluido el motivo de la reunión. Mi padre lo imitó. Esa era justo la respuesta y la reacción que se esperaba. No recuerdo

muy bien lo que sentí. Me chupaba la herida del dedo. En general, no recuerdo gran cosa de nada que no tuviera que ver con Joachim. Él era la pupila de mis ojos, el ombligo de mi cuerpo, la lengua de mi boca, la papila dérmica de cada yema de mis dedos, el borde de mi feminidad. Mi Joachim, mi «portador de luz».

De improviso, entre las carcajadas de Wańka y mi padre, se escuchó la voz de Misza:

—*Heta prau*da.[41]

—Aún queda mucho para que amanezca —comentó Igor.

Estaban sentados junto a la mesa. Una cortina blanca tapaba el rectángulo del cristal de la ventana y cortaba la noche formando una imagen digna de una tienda de artesanía. Una imagen que no describía nada, tan solo era un fragmento del folclore de la frontera, una silueta recortada de la tradición. Jozik volvió a la *lezhayka*. El «zape» lo había puesto en un compromiso, se había enfadado con su ama. Para expresar este sentimiento, se tumbó indiferente hecho un ovillo.

Igor experimentó una nostalgia difícil de definir, como si añorara algo de lo que no había disfrutado, pero que había perdido. O como si añorara la nostalgia por la continuidad, por el hilo enrollado en un ovillo, sin nuditos.

Sońka llegó al fragmento de su narración en el que se había detenido su invitado. Sońka portaba un bebé en sus entrañas. Igor aún no sabía lo que había sucedido en la vida de Sońka, pero tenía la convicción errónea —suele ocurrir a veces con las convicciones— de que el bebé no había abandonado con vida el vientre de su madre.

Igor intentó imaginar el Comienzo de la representación:

... separó la luz de la oscuridad, la necesidad de la sabiduría, el ovulito del espermatozoide y se largó de aquí...

... una noche tan clara como el día. una luz cegadora inunda el escenario. hasta la ventana de la casa se acercan unos cuantos animales blancos y grises, enflaquecidos. son lobos (pueden interpretarlos estudiantes de las escuelas teatrales). levantan la cabeza hacia el techo y aúllan (los aullidos pueden llegar desde los altavoces). en la ventana, tres caras se mueven intranquilas. entonces entra en escena un perro enorme de pelo rojizo. es borbus...

... el estómago se le comprimía por el hambre. la mujer pensó que pronto llegaría su fin. encontró bajo la nieve unas cuantas bayas. después borbus se puso a ladrar: un foso con patatas oculto en el bosque. seguro que el dueño ya estaba criando malvas...

... su hijo se llamaba Wańka; y el hijo de Wańka, Misza; y el hijo de Misza, Mikołaj; pero Mikołaj nunca tendría hijos, ni siquiera perro...

«Es cierto», dijo Misza (dijo Sońka). No era la verdad, para nada. Dejé caer una vasija. Nadie me regañó. A mi padre se le salían los ojos de las órbitas, como si fueran a explotar de un momento a otro, como si fuera un ratón atrapado por alguna *hadaść*. [42] Wańka, que ya de por sí iba siempre muy colorado, se volvió rojo como la remolacha; solamente destacaba su bigote canoso y las venas violetas. Nunca pensé que a una persona le cupieran tantas venas en la cara, como malas

hierbas en una amelga sin escardar, grama o neguilla.

Misza se puso serio al instante, pero esa seriedad suya resultaba poco seria. No lo conocía demasiado, pero advertí en sus ojos algo de burla e insolencia. ¿O sería otra cosa? Dicen que los ojos no mienten; también dicen que lo que no ven, el corazón no lo siente. Pero sí que lo siente.

Lo siente.

Mi radiante Joachim.

¡Lo siente muchísimo!

Misza se puso de pie. Vino hacia mí, sorteando los trozos de la vasija. Se detuvo a mi lado. Me puso la mano sobre el hombro. Esa mano me pareció pesadísima, tanto como una pértiga para portar agua. Nunca había sentido un peso así en el hombro.

—*Heta prauada. My ni znali, yak vam skazać. Ustydna bylo.*[43]

Tras estas palabras noté como si algo se quebrara en mi interior. O se desgarrara. Estaba pagando por mi mentira y mi cobardía. Ni yo misma habría podido idear un castigo más amargo y cruel. Mi mentira había cobrado una apariencia de verdad.

Era incapaz de articular palabra. Quería negarlo. Quería hablar de Joachim. Que solo lo amaba a él. Era él quien estaba en mi interior, aunque en ese momento se encontrara lejos, en no sé qué frente oriental. Él, mi radiante Joachim.

Se me rompió el corazón. No era la primera vez. Mi corazón se rompía y se rompía, parecía que nunca dejaría de romperse, al igual que la gallina no deja de poner huevos, del mismo modo que no se acaba el río, ni el dolor, ni la selva, ni el hambre, ni el crujido de los témpanos de hielo en invierno.

Empecé a llorar. Lloré largo y tendido por mí. Lloré cuando Misza me obligó a arrodillarme ante nuestros padres. Y cuando Misza me besó en la sien. Y cuando mi hermano me acompañó fuera de casa y me senté en el banco sin dejar de sollozar. Y cuando Borbus me miró y aulló en voz baja. Lloré por mí allí sentada. Dentro de una persona hay más agua que sangre.

Entre Joachim y yo había verdad. No conocíamos nuestros idiomas, no nos podíamos mentir. A Misza me unía la mentira. También es un adhesivo muy potente. No peor que el odio. Te rodea como una telaraña, te arrebató la libertad y, sobre todo, te condena a la soledad. ¿A quién se lo podía contar? ¿A Joachim, que se encontraba ausente? ¿A mi padre, que estaba contento por el cariz que estaban tomando las cosas y por las botellas de aguardiente? ¿A mis hermanos? ¿Al pope? ¿A quién?

Solo podía contárselo a Misza. Pero no quise. Y de esta manera, paso a paso, muerte tras muerte, mes tras mes, me fui quedando cada vez más sola.

Se fijó la boda para noviembre. En Królówce Stojło y en Słuczanka, en Waliły y en Mielezski, e incluso en el propio Gródek, corrían todo tipo de rumores. No quiero recordar las cosas que se murmuraban, eran unas historias tan inverosímiles que a su lado hasta la guerra palidecía. Y palidecía porque en los pueblos la gente vive su vida, pero la guerra es la muerte; porque la gente en los pueblos vive por un futuro próximo, mientras que la guerra siempre es el presente o el pasado.

Durante las semanas que faltaban hasta la boda, Misza trató de comportarse como correspondía, es decir, como en nuestro pueblo le correspondía comportarse a un joven. Me visitaba cada dos días, charlaba con mi padre y mis hermanos sobre la granja y la guerra, y después nos íbamos a dar un paseo a algún lugar apartado. Al principio yo evitaba los sitios

donde solía pasar el tiempo con Joachim, pero después dejé de preocuparme por eso. Nos sentábamos junto al río, cerraba los ojos y miraba a Misza. Y Misza se convertía en Joachim. Joachim parecía haber cambiado: eso es lo que el tiempo y la distancia hacen a los rasgos.

Puse tanto empeño en la tarea de mentirme a mí misma que en poco tiempo empecé a alegrarme de las visitas de Misza. Porque, de una manera enfermiza, mis paseos con Misza resultaron ser paseos con Joachim. Y Misza tampoco suponía una molestia, no intentaba tocarme ni besarme, no preguntaba nada y apenas hablaba. Simplemente se quedaba a mi lado.

A veces, en lo más profundo de mí, casi en la médula, y sobre todo junto al río, bajo la sien, notaba que solo era una tranquilidad fingida, la calma antes del grito, la horca en el almiar. Yo me repetía que era preferible esa mentira y esa simulación a lo que ocurriría si dijera la verdad. Me lo repetía con la misma tenacidad con la que una vaca trata de salir del establo para acercarse al ternero degollado en el patio, y al final me lo creí, aunque en ningún momento me tomé la molestia de imaginar lo que habría pasado si no hubiera mentido.

Recuerdo uno de los paseos. Nos sentamos a la orilla del río. Me estaba acordando de Joachim, estaba más pálido que de costumbre, como... borrado, más lejano que los santos de los iconos. Miré a Misza y vi solamente a aquel al que estaba mirando; ni rastro de Joachim, era todo él Misza, de la cabeza a los pies.

Lo miré estupefacta y atemorizada.

—No es posible —dije, y negué con la cabeza—. *Heta ni mozha byč*[44] —repetí.

—*Musič*[45] —contestó él.

Después empezó a besarme y a acariciarme. Con delicadeza. Al parecer sí que había aprendido muchas cosas en sus líos de faldas. No me resistí, porque no encontré nada digno de ser defendido. ¿Acaso había algo? ¿Un pálido recuerdo? ¿Una pureza mancillada? ¿El bebé?

Sus besos y sus caricias causaron placer a mi cuerpo. Un placer tan grande que incluso llegué a odiarlo. ¿Qué era eso de amar a uno y dejarse amar por otro? ¿Es que el corazón puede crecer y crecer? ¿Y la piel reaccionar y reaccionar a las caricias?

Fue entonces, junto al río, cuando consumamos la mentira. Y, al contrario de lo que esperaba, aquello no nos mató. No nos liberó.

Sucedió.

A veces, traducir los pensamientos de Sońka le causaba grandes problemas. En teoría no tendría por qué ser así, el idioma de ella y el de él no estaban muy alejados entre sí, vivían en las mismas cavidades, con las mismas zonas resbaladizas, la misma estriación del paladar, el mismo miedo a la humillación. Las emociones de ella le parecían accesibles; su sexo, debilitado por la edad, no le resultaba del todo ajeno. Y sin embargo... Sin embargo, no era tan sencillo como se podría inferir de la suma de similitudes.

Más de una vez tuvo la sensación de que recogía algo valioso del relato de Sońka. Se sentía como un conservador de arte en un museo de recuerdos ajenos, como un relojero ante un mecanismo desmontado. Solo cuando traducía esos recuerdos al lenguaje de su propia experiencia, salía a relucir algo comprensible, aunque al mismo tiempo quedaba claro que por el camino se habían escapado cosas.

La autenticidad es un cliché monstruoso.

Yo estaba preciosa. Es lo que decían todos, porque así se suponía que debía ser y era lo que les tocaba decir. Tengo una foto en blanco y negro, aún se conserva. Se conserva porque no me he preocupado por ella. Salgo con la cara blanca y el pelo negro, recogido. Tengo la boca negra, los ojos como de cal y ceniza. Misza tiene mejor aspecto del que recordaba, aunque nunca quise recordar qué aspecto tenía. Hubiera preferido que no tuviera brazos y llevara una joroba. Eso no habría cambiado nada, pero ¿quién sabe? Quizá me habría resultado más fácil pensar en mí. No pensar mejor, sino más fácilmente. Aquí se decía que si una mujer no conoce la felicidad el día de su boda, no sería feliz en toda su vida. Yo conocí la felicidad antes de la boda y además no con el novio.

Hace mucho, mucho tiempo, el día de aquella boda, después de tantas vidas, después de muchas guerras y un río, antes del Diluvio, tras un bosque que llegaba hasta lindes ajenas, aquel lejano día que se resistía a hundirse en la noche, me noté cansada. Primero empezaron a dolerme las piernas de tanto bailar, luego la boca de tanto sonreír. Me senté un rato para recuperar el aliento y comprendí que era feliz. Unida por una mentira, pero aun así feliz. No quería esa felicidad, no quería estar contenta con Misza y conmigo misma, porque poco a poco ese sentimiento me iba conquistando. Eran unos leves pinchazos, como de mosquitos o de hojas de pino.

Misza no resultó ser tan malo como yo deseaba que fuera. No era repugnante, sino atractivo. Era lo contrario de lo que yo necesitaba para salvar en mi interior a Joachim.

(Ahora la actriz que interpreta a Sońka hace una larga pausa. Estira los brazos ante sí y forma con las manos un nido para pájaros. Luego aprieta una mano contra la otra, aplastando los polluelos).

Pude tener una vida completamente distinta. Una buena vida. Lo que se suele considerar una buena vida. Una granja y niños. Un hombre de bandera a mi lado. Y en el reverso un antiguo secreto, como la postal de un primo de América: mi radiante Joachim. El más luminoso.

Sí, pude tener otra vida. Buena.

Creía en ello. Me sentaba en el banco, sudorosa, frente al granero. Y creía que podría tener una buena vida. Una normal.

(La actriz que interpreta a Sońka se calla. Entra en el escenario un grupo de invitados a la boda, achispados).

En el escenario se construye un granero, con decoración poco simbólica, muy exacta. El granero cumple la función de salón de bodas, en algunos puntos de las paredes se ven fantasmales reminiscencias de Wyspiański: el teatro polaco es incapaz de olvidarse de los carcamales, echa de menos a papá y a mamá; a papá lo mataron en una insurrección, a mamá le duelen los pechos por la leche y los párpados por las lágrimas. Se han hecho banquetas y mesas con tablas de madera. En las paredes hay apoyadas gavillas de paja. Las gavillas, cómo no, parecen sacadas de

obras de Wyspiański.

(Dos hombres conversan).

PRIMER HOMBRE

Sońka es una puta.

SEGUNDO HOMBRE

Da miedo decir eso en voz alta.

PRIMER HOMBRE

Sońka es una puta. Se acuesta con cualquiera.

SEGUNDO HOMBRE

Habladurías. ¿Contigo lo ha hecho?

PRIMER HOMBRE

Al principio se negó. Como hacen las mujeres, ya sabes, de espaldas, para calentarme. Se resistía a mis insinuaciones. La dejé bien satisfecha, como debe ser, por el agujero de atrás, luego ni andar podía.

(Los hombres se echan a reír).

(Dos mujeres conversan).

PRIMERA MUJER

Tan calladita, tan tontita, y luego va y nos birla a Misza de nuestras mismas faldas y del altar.

SEGUNDA MUJER

No hay justicia.

PRIMERA MUJER

Pero sí hay una justicia divina. Ya lo verás. Le caerá encima un castigo. Siempre cae.

SEGUNDA MUJER

¿Y si recibe su castigo cuando seamos viejas y aún vivamos con nuestros padres y madres?
¿De qué nos valdrá eso?

(Las mujeres se callan).

(Conversan: un Hombre, el Novio y una Voz en off).

HOMBRE

Di la verdad, ¿siempre has estado con Sońka? ¿En secreto?

NOVIO

Siempre he querido tenerla. Y lo he conseguido.

HOMBRE

A veces ocurre.

NOVIO

A veces.

HOMBRE

¿Y ahora qué?

NOVIO

Ahora, la guerra.

VOZ EN OFF

La época de los pequeños acontecimientos está por llegar. Pero no para vosotros. Para vosotros no. A vosotros os ha barrido uno muy grande.

Hay muchos días que no olvidaré mientras viva, es decir, hasta mañana por la mañana, se acerca la línea de alquitrán, con su brillo grasiento, me quema los talones. El banquete de bodas parecía no tener fin. Los invitados se caían al suelo, dormían, se espabilaban, volvían a caerse. No veía el momento de que se acabara esa triste boda. Misza le reventó la nariz a uno. Bebían y hablaban, así que también se pegaban. Es lo que suelen hacer los hombres, no tenía nada de extraño. Me resultaba imposible saber si alguien destacaba por el estado de su nariz, porque todas las que alcanzaba a ver estaban coloradas y como acribilladas por los mosquitos.

Salí con disimulo del granero. Ya clareaba. Por la carretera se acercaban dos camiones alemanes. Los alemanes no se fijaban en la gente si no se lo habían ordenado. Muy disciplinados. Si existe una sola nación que pueda ir al cielo y cumplir los diez mandamientos, son ellos.

(¡Cuidado con los estereotipos!, anotó Igor).

Miré como se alejaban los camiones. Lo hice con indiferencia.

Después llegó una nube de polvo. El polvo se posó. Era una moto con tres ruedas y cuna. La moto se detuvo. Pensé que era Joachim. Que me salvaría. Que me cuidaría. Pero ¿de quién habría de salvarme? ¿Y a quién habría de cuidar?

La moto arrancó y desapareció. Cruzó Słuczanka y torció a la izquierda, hacia Królówce Stojło, donde yo debería haber estado. Estar allí y esperar. Ahora ya no sé si aquella moto llegó por la carretera o si solo pasó por mi cabeza. Polvo gris y una motocicleta negra. Tenía los ojos secos y la tripa comprimida por la tela. Una tripa tan comprimida es capaz de ver muchas cosas con el

ombbligo. ¿Y quién puede saber si era yo la que miraba o si me miraban a mí?

Nos mudamos a una pequeña casa, o más exactamente a un anexo que mi padre tuvo la bondad de cedernos. Teníamos que vivir allí hasta que mi suegro se mudara a su nueva casa y entonces nosotros nos instalaríamos en la vieja. Hubiera preferido que viviéramos con mi suegro, así no habría tenido que ver tan a menudo a mi padre y a mis hermanos. Pero me hice a la idea y después convencí a Misza, porque si por una casualidad del destino Joachim volvía, iría sin duda a aquella casa.

—*Jachu pachakać*[46] —le dije a Misza—. Vivamos con mi padre.

—Vale —dijo—, te doy un año de espera, ni un día más.

No volvimos a hablar del asunto, aunque un año resultó ser tiempo de sobra.

Yo trabajaba mucho, a mis antiguas obligaciones se sumaron otras nuevas. Mi progenitor, un diablo sacado de las Sagradas Escrituras, no tenía intención de ceder a cambio de nada sus derechos sobre el cuchitril que durante unos meses debía convertirse en nuestra casa. Trabajaba mucho y mi barriga crecía. Siempre estaba cansada y soñolienta. Primero el trabajo, luego unas horas durmiendo, sueños, trabajo, guerra, sueños, trabajo, miedo. El 2 de abril nació el bebé, un niño. Calvo y feo. No se parecía a Joachim ni se parecía a mí, a lo que más se parecía era a una masa de levadura. Y en el pueblo decían: clavadito a Misza, clavadito a Wańka, clavadito a ti. Yo no estoy calva, comentaba en broma, no tengo pito, seguía bromeando y las mujeres se reían como si no tuvieran preocupaciones en la cabeza, ni el lomo partido por el trabajo, ni los sueños corroídos por el miedo, un miedo más espeso que la arena del jardín.

Trabajando y durmiendo, sin entrometerme en la vida de nadie, por falta de tiempo y por mi deseo de evitar discusiones, no me di cuenta de que mis vecinas habían cambiado su actitud. Había dejado de ser invisible para ellas, Misza me había sacado de la sombra. Empezaron a mostrarme cierto respeto, ya no escupían al verme, ni me despedían con la señal de la cruz, ni se cruzaban de acera; ya estaba permitido charlar conmigo.

Escogimos un nombre, Mikołaj. Era un buen nombre, el de un santo muy milagrero.

El crudo invierno duró mucho y, cuando por fin cedieron las nieves, resultó que el mundo era todo barro.

La guerra se acordaba de nosotros cada vez más a menudo. Tropas, partisanos, todos querían algo, y como lo querían, pues lo cogían. Venían y se lo llevaban, al principio por las buenas, después también por las buenas, pero apuntándonos con sus armas.

¡Y cuántos eran! No salía de mi asombro, luchaban entre ellos como hormigas y a nosotros nos decían que lo hacían por nosotros, que luchaban en nuestro nombre, casi como Jesús, que también había muerto por nosotros. ¿Qué ocurrió después? ¿Para qué todo aquello? Nunca, al menos a lo largo de mi vida, nunca tanta gente ha luchado en nombre de tan pocos. Durante las guerras caen todo tipo de plagas y esa fue la que nos tocó a nosotros: defensores a mansalva.

Debería haber crecido en mí el amor hacia Mikołaj, pero solo creció el odio hacia mi padre. Lo culpaba de todo lo que salía mal, *u bujtu, w pizdu*. [47] Lo culpaba de mis mentiras. Del derrumbe del granero. De la muerte de un ternero. De que entrara una marta en el gallinero.

Misza esperó un mes desde el nacimiento de Mikołaj y después empezó a hacer uso del

matrimonio, algo a lo que no me opuse en absoluto, debo reconocerlo. Yo volvía al mundo de los vivos desde algún lugar alejado, como tras una larga y agotadora enfermedad, desde detrás de un glaucoma, como un insecto visto a través del culo de una botella. Trabajaba más de lo debido para ganarme un merecido descanso, un sueño profundo. A veces le cantaba nanas a Mikołaj. A veces me reía. A veces cepillaba a Borbus hasta que resplandecía. A veces cotilleaba con las vecinas.

A veces acariciaba la mejilla sin afeitar de Misza. A veces pasaba mis dedos entre sus cabellos. A veces incluso me enfadaba con él por alguna falta imaginaria.

A veces.

Tras el complicado éxito de *Królowe Stojło*, Igor decidió conocer con más detalle la historia de Sońka. Sońka ya no vivía, pero eso no es un obstáculo para conocer la vida de alguien. Aprovechando diversas fuentes y contactos, logró establecer quién era Joachim.

Joachim Castorp —nauseabundo aptónimo— nació el 26 de julio de 1913 en Gdańsk (Danzig en ese momento). Hijo único de un matrimonio bien relacionado. El padre era jurista y la madre era famosa por sus habilidades parapsicológicas, algo bastante habitual en aquellos tiempos entre las clases pudientes; seguramente, gracias a esas habilidades consiguió sacar del país buena parte de su fortuna, antes de que estallara la guerra. Por razones poco claras, Joachim decidió poner su vida al servicio del nuevo poder, se volvió loco de amor por el Gran Reich y sus dirigentes. Esto lo condujo a un conflicto con sus padres, honestos y burgueses, que dudaban muchísimo de que el exterminio de una raza, la que fuera, pudiera servir para cimentar un orden más feliz y más próspero. Es muy probable que Joachim se encontrara por última vez con sus padres en 1937. El padre murió un año después, la madre sobrevivió a la guerra.

Joachim fue herido en 1942. Los documentos no precisan ni en qué lugar ni de qué manera recibió la herida. Ciertos indicios permiten suponer que pudo ocurrir en alguna población de Podlasie. Lo único seguro es que su convalecencia no duró mucho, al menos es lo que se deduce por la rapidez con que Joachim desapareció de los registros médicos. En 1944, muy probablemente gracias a la mediación de su madre, consiguió trasladarse a Suiza y desde allí, a América Central, dando un gran rodeo. Cambió su nombre y su pasado.

Al principio obtuvo ingresos gracias a una plantación de caña de azúcar, luego gracias al cacao, al café y, finalmente, a los plátanos y las piñas. Y al turismo. Nunca se casó. Murió en agosto de 2003, en plenas facultades mentales. No tuvo herederos. Legó su fortuna a una fundación defensora de los derechos de los animales. Al parecer, había perdido la fe en las personas.

Eso fue todo lo que Igor pudo averiguar sobre Joachim, que no fue mucho. En primer lugar, resultó ser una persona avispada; en segundo, sobrevivió a la guerra, a pesar de que Sońka afirmara lo contrario.

Se decía que la guerra ya no duraría mucho. El que los alemanes fueran perdiendo no tenía para mí la menor importancia. No estaba Joachim, no estaba Misza, no estaba Mikołaj. No estaban Janek y Witek, no estaba mi padre. No estaban muchos vecinos. De esas ausencias, la única que me

alegraba era la de mi padre. Pero cuanto más tiempo pasaba sin su presencia, más me costaba alegrarme. Porque las personas saben alegrarse de aquello que tienen, no de lo que no tienen, a no ser que se trate de polacos. Lo suyo es diferente; aunque por aquí había pocos, se multiplicaron tras la guerra. ¿De dónde han salido tantos, con todos los que al parecer han muerto en las insurrecciones y las guerras?!

Del antiguo orden solo me quedaban el gato Wasyl, dos vacas —Zorka y Malina— y Borbus. Borbus se hizo más grande que otros perros, más grande que un ternero, y no podía alimentarlo como Dios manda, porque encontrar comida era un problema. Sopas de ortigas y *kaluchki*, unos pececillos no mucho más grandes que las uñas de una vieja. Nos comíamos cualquier cosa que llenara el estómago. Y Borbus crecía y crecía, como si se alimentara de ausencias, como si cada muerte le diera fuerzas y aumentara su tamaño. Varias veces cazó liebres y las trajo a casa. Para nosotros era toda una fiesta. Porque lo festivo ya no eran los iconos y el agua bendita, sino la carne de verdad.

Creo que fue a comienzos de septiembre. Los alemanes rodearon de improviso Słuczanka y Królówce Stojło. No había una razón especial, seguramente les habían ordenado matar a cuantos más mejor, a poder ser ahorrando balas. La mayoría consiguió esconderse o huir. Los que no tuvieron suerte o no encontraron una guarida, fueron sacados de sus casas y llevados a la carretera. Junto al puente había un camión. Nos obligaron a subir a él. Yo era la última, un poco separada de los demás, porque desde la muerte de Joachim cojeaba, por eso me llamaban Sońka la Coja. Pensé que si subía al camión me matarían. No quería esperar a la muerte. Lo había perdido todo, así que deseaba dejar atrás cuanto antes también aquello, es decir, la vida. Por eso me lancé a correr en dirección a los matorrales que había junto al río. Logré escabullirme porque se formó un alboroto, en realidad no lo recuerdo bien, y porque los alemanes no se esperaban que alguien les desobedeciera. Es una nación muy ordenada, cuando hay que morir o matar, mueren y matan. Si los rusos hubieran sido igual de ordenados, habrían perdido la guerra de todas todas.

Me asusté al pensar que iba a sobrevivir. Imagínate, Ignacy, lo patética que fue aquella huida mía. Precisamente yo, la única coja de las dos aldeas, corriendo en dirección al río, o más bien dando tumbos. Los alemanes se dieron cuenta muy tarde, les avisó un vecino de Słuczanka. Los alemanes empezaron a gritar y yo, a pesar de que quería vivir, porque las personas siempre quieren vivir, incluso cuando les parece que lo han perdido todo y que no pueden esperar ya nada, yo me estaba escapando, yo solita. Los alemanes gritaban, alguien me apuntó con un arma. Lo sé porque miré hacia atrás.

(La esposa de Lot, anotó Igor. Lástima que esta asociación de ideas no se pueda aprovechar).

Entonces Borbus se abalanzó sobre ese alemán. No sé de dónde salió. El alemán disparó dos veces. Yo grité, una vez. Las balas —una con mi nombre, otra con mi apodo— alcanzaron a mi perro. Ambos murieron al mismo tiempo: mi querido Borbus y el soldado alemán, con la garganta hecha trizas. Por eso conseguí huir. Cuando eché a correr, no pensé que podría sentirlo por algo. Pero me había olvidado de mi perro. Borbus me salvó la vida.

Siempre he encontrado a alguien por quien llorar. Mala memoria: quien tiene mala memoria disfruta de una larga vida.

El camión cargado de gente se marchó. No volvimos a ver a ninguno de los que se llevaron. Al parecer les ordenaron cavar una fosa profunda a las afueras de Waliły, después les ataron de pies y manos y luego los tiraron vivos a la fosa. Después la llenaron de tierra. Después la tierra se removió, las orugas apisonaron la tierra. Luego de la tierra brotaron hierba y abedules. Después

nos olvidamos. ¿Quizá ninguno de ellos existió? ¿Nunca vivieron?

Estuve todo el día metida entre los matorrales. Hasta la tarde no me atreví a salir a la carretera. Encontré el cuerpo de Borbus. Los alemanes lo habían dejado tal como había caído. Fui a casa, cogí la carretilla y transporté el cadáver. Cavé una fosa profunda cerca del gallinero. Ya era de noche, casi no veía nada. Me tropecé y me caí en la fosa. No tenía fuerzas para salir. Sabía que nadie me ayudaría. No había nadie. Sabía que la guerra terminaría pronto porque ya no había gente. Habían ido muriendo todos. Y si no hay gente, tampoco hay guerra.

Por la mañana salí de la fosa. La cadera me dolía una barbaridad. Las gallinas picoteaban el cuerpo de Borbus. El cuerpo estaba rígido, pero los ojos, abiertos, no habían perdido el brillo. La lengua estaba amoratada, sobresalía entre los dientes como un *lizun*[48] de hielo. Había goterones de sangre coagulada. Era la sangre del soldado alemán. No se diferenciaba en nada de la sangre de mi perro. Me enseñaron que las personas son más importantes que los animales, pero la sangre no lo probaba. Borbus era más que una persona. Le quité el collar. Empujé el cuerpo. Eché tierra encima. Me senté sobre el montículo de tierra removida.

Habría estado allí sentada hasta el final de la guerra de no haber sido por las vacas. Había que ir al bosque, había que ordeñarlas, porque aunque estaban ocultas se las ordeñaba como a las que no lo estaban. Así que me fui. Dando tumbos.

Cuando volví, después de estar mucho tiempo ausente, ya habían llegado los rusos. También los polacos. Dijeron que todo iba a ser mejor que antes de la guerra. Nadie les creyó. No había nadie que los creyera. Los que podían creerles se habían ido hacía mucho. Y los que llegaron, se marcharon enseguida para seguir repitiendo sus cuentos.

Tiempos pasados, remotos. Una preferiría no recordar, no escuchar, preferiría unirse a los ausentes. Cuando alguien no vive, ¿significa que existió de verdad? ¿O ya no? ¿Nunca?

No hubo día más largo ni noche más larga que los que pasaron juntos Sońka y su invitado. La cuarta casa de Królowe Stojło no era solo un agujero en la red de telefonía móvil. No era solo una ausencia de datos en los registros del Instituto Nacional de Estadística. No era solo el dinero que el *bachiushka* desperdiciaba en gasolina para su valiosísimo Daewoo Espero («espero», otra palabra española como «ira», aunque con un significado muy diferente).

Porque la cuarta casa de Królowe Stojło era también una rareza y dentro de cada rareza el tiempo fluye de manera diferente, las muertes muestran una gran inverosimilitud estadística y el idioma puede jugar malas pasadas, tanto a los usuarios como a la gramática.

Porque en la cuarta casa de Królowe Stojło, donde no había demasiadas cosas, otras cosas aparecían como si fueran olas del mar y los huesos se quedaban en la arena. Los años rompían contra las personas. Ignacy envejecía, Sońka rejuvenecía, Igor callaba, ella casi podría pasar por ser la hija de su invitado.

Porque en la cuarta casa de Królowe Stojło el final se encontraba con el principio, la muerte con los nacimientos, el pasado con el futuro, ambos pesados en una balanza con bolsas de cenizas. Como si fuera la hilera de iconos en la Déesis, se extendían las imágenes escritas de doce perros Borbus, con una aureola hecha con un collar de adornos góticos, y de siete gatos cuyos ojos verdes miraban al lugar donde se proyectaba la sombra de las lámparas de aceite.

Grande fue la alegría en la cuarta casa de Królowe Stojło. Sońka se alegraba porque moría en gracia.

Soy Sońka la Blanca, soy Sońka la Coja, soy la última como mi perra Borbus Doce, como mi gato Jozik Pastor de Ratonos, la última de la saga familiar, mi sangre fue borrada del mapa durante la guerra, después ya solo se fue secando. Soy de Królowe Stojło, donde orgullosos reyes hacían parada y fonda, soy de la familia Trochimczyk, soy una madre cuyo hijo fue asesinado, soy una hermana cuyos hermanos fueron asesinados, soy una hija cuyo padre fue asesinado, soy una esposa cuyo marido fue asesinado, soy una amante cuyo querido fue asesinado, soy una vecina sin vecinos, una desesperación sin cuerdas vocales, una lamentación sin confesor, una confesión sin absolución.

(La actriz se sienta en una banqueta colocada en la parte derecha del escenario. Pela patatas. Las coge de un cesto y las echa en un barreño).

Soy Misza, tengo apellido, tuve padres y hermanos, tuve esposa, tuve un hijo, una granja, dos caballos, nueve vacas, en la iglesia tenía un sitio junto al mismísimo san Nicolás. Tenía un rostro hermoso, músculos fuertes y un gran miembro. Tenía planes. Cabeza y manos. Y todo en su sitio. En cambio ahora tengo una tumba en el bosque. En la tumba no está mi cuerpo, lo desperdigaron los animales.

(El actor que interpreta a Misza se sienta junto a Sońka. Las patatas peladas caen con gran estruendo en el barreño vacío).

Soy Ignacy, aparezco en tercera persona. Aparezco por casualidad, aparezco ante mí mismo. Ahora estoy sentado en la última fila, o quizá esté tumbado en la cama. Depende de la noche que sea. Soy el guardián de este cuento. Su arriesgado redactor y su protagonista fortuito. Director e historiador. Salgo el último del teatro o me voy a una tienda abierta las veinticuatro horas. Depende de la noche que sea, de si estoy sentado en la última fila o si, tumbado en la cama, espero el insomnio.

(El actor que interpreta a Ignacy se sienta junto a Sońka y Misza).

Yo estaba pelando patatas. Sentada en el banco, delante de casa. Hacía calor, el aire era seco. Todo en silencio. Borbus estaba tumbado, hecho un ovillo. Wasyl se calentaba al sol sobre una piedra. Mi padre y mis hermanos estaban en el campo. Misza ayudaba a mi suegro. Mikołaj dormía, había mamado la leche de una teta, pero no había querido de la otra. Pelaba patatas. Pensaba en peces. Me apetecía mucho comer pescado. Pensaba en un agujero que tenía la zamarra de borrego. Había que zurcirla.

Entonces, hace mucho, mucho tiempo, en el momento más inoportuno, regresó Joachim. Yo lo esperaba, es cierto. Pero no lo esperaba para verlo llegar, sino para que no volviera. Para que su piel se enfriara, como se habían enfriado mis recuerdos. Para que sus ojos me llegaran a la altura de los tobillos, no para hundirme en ellos.

Lo esperaba para no verlo llegar y en cambio estaba de pie frente a mí. Vi las punteras de sus

botas polvorientas. También era agosto. El agosto anterior los jugos palpitaban; este, hace mucho, mucho tiempo, la garganta estaba seca, antes del Diluvio.

No llevaba mi mejor vestido, sino una bata marrón. No estaba emperifollada, más bien algo cansada. Estaba muy estropeada y tenía excesivo trabajo. Estaba llena de callos y enflaquecida. Vi las punteras de las botas polvorientas y las patatas se me cayeron de las manos. Rodaron por la tierra. No me atrevía a levantar la cabeza y Joachim no se atrevía a tocar mi cara. Borbus me trajo una patata en la boca. Me la puso en la mano y meneó el rabo, esperando un premio.

Joachim se agachó. Cogió la patata de la boca del perro. Lo acarició. Después leyó las letras plateadas del collar.

—Borbus —dijo.

Borbus ladró alegremente. Yo no comenté nada.

—*Zu spät?*

Lo entendí, me preguntaba si era demasiado tarde. No sabía qué contestar. En ningún idioma. Porque ¿cómo decir que es demasiado tarde y al mismo tiempo demasiado pronto? ¿Que no me había permitido vivir por estar ausente y ahora me estaba matando por estar allí? ¿Cómo se dice todo eso? ¿Cómo se contesta? ¿Cómo?

Entonces Mikołaj empezó a llorar. Lo había dejado en la cuna, en el zaguán. Lloraba cada vez más fuerte. Tendría que haberme levantado a darle de mamar con la otra teta. Pero si no era capaz de sujetar el cuchillo, aún menos de sostener al niño. Mikołaj lloraba.

Joachim se levantó y entró en el zaguán. Nadie le había invitado, pero él entró, como tenían por costumbre los alemanes. El niño se calló. Joachim volvió con él entre los brazos. Mikołaj balbuceó. Estaba contando algo. Quizá sea lo que hacen los niños alemanes, porque yo no comprendía nada y en cambio Joachim lo entendía todo. Charlaban como un padre con su hijo. Como la sangre con su propia sangre, como el grillo con la semilla.

Dios santo, no era capaz ni de mirarlos. Seguía allí sentada, junto al barreño; las patatas, esparcidas en círculo, como la aureola de los santos; mis manos, callosas como tacitas vacías; y mi bata, como una *pakrova*.^[49]

Joachim se arrodilló.

—*Danke, vielen Dank* —dijo; o algo parecido, no estoy capacitada para saberlo.

Me tocó. Sus palabras me llegaron al alma. Me acarició con la mano. Volví a percibir el olor a cera del sello con el que Dios había unido nuestras vidas. Ese sello, la nata y las fresas, panales de miel e incienso, pecado y vino, la falda de mi madre y la estrella fugaz.

Me acarició. Y yo entendí: Sońka, si levantas la mirada, te mueres. Sońka, si miras, matas. Si levantas la mirada, Sońka, los matarás a todos. Eso entendí. El agosto pasado fue el principio; si levantas la mirada, este agosto será el final.

Si.

Levantas.

La mirada.

Cerré los ojos y apreté los párpados. Quería que Joachim dejara a Mikołaj en la cuna, entre las patatas, donde fuera. Quería que se marchara. Que no hubiera venido. Que nunca se hubiera marchado. Apreté los párpados.

Seguía apretando los párpados.

Apretaba los párpados con tanta fuerza que los tendría que haber asfixiado, y sin embargo

estaban vivos. Aleteaban. Se habían debilitado, pero estaban vivos, como los peces sobre la arena.

¿Cuánto podría resistir? ¿En quién me podía apoyar?

No sé cómo llamarlo. Pero intenta imaginarlo, Ignacy. Regresa una persona a la que quieres más que a tu vida. Y te das cuenta de lo que significa «más que a tu vida». Porque no se trata en absoluto de tu vida, sino de la vida de tu marido, la de tu hijo, la de tu familia.

Apretaba los párpados. Por el miedo. Nunca había sentido tal temor. Tenía miedo de darme por vencida y mirarlo. Estaba aterrorizada. Tenía miedo por Joachim, por mis familiares, por el tiempo. Tenía tanto miedo que un crespón me cubrió los ojos. Me caí del banco, creo que vomité.

Cuando abrí los ojos me encontré de frente con su rostro, de golpe, como si me topara con una pared. Había envejecido desde la última vez que nos habíamos visto. Tenía los ojos enormes, estaba más delgado. Y en sus ojos me vi a mí misma. Pero no a la Sońka de la bata marrón, la coleta descompuesta y el ojo plano.

Cuando abrí los ojos, me encontré de frente con su rostro.

Había cambiado, pero nada había cambiado.

Cuando los abrí, ya había pasado todo.

Sońka se quedó callada. Miraba a su invitado por encima de la mesa cubierta con un hule. Lo miraba con un ojo azul como los azulejos, y el otro gris y sin brillo como una piedrecita del campo. Sońka miraba a Ignacy, que se había librado de Igor por completo, o al menos en aquel momento había vuelto a su nombre auténtico, el primero, el de sus abuelos, el de allí mismo, el que no iba a ninguna parte. Lo contemplaba con mirada nocturna, como una polilla, que no ve sino que se dirige a los focos de luz, que para ella suelen significar la muerte. Se la eximió de responsabilidad, le marcaron el itinerario, la despidieron con honores, le dieron la extremaunción, se dispararon salvas para recordarla, a pesar de que aún vivía se señaló el lugar del hule donde caería con las alas sin polvo y con rastros de ceniza. La ceniza también puede volar.

—Desapareciste —dijo Ignacy—. Desapareciste.

Por primera y última vez, Ignacy le habló de tú a Sońka. Es ese momento de una historia en el que todo se decide. Es ese momento que señala un antes y un después en la vida, que la divide en hace mucho y hace mucho, mucho tiempo, pero sobre todo la divide en nunca y nunca más.

—*Ya prapala. Prapala.*[50]

Sońka cerró los ojos. Sus párpados temblaban. Como si estuviera reviviendo por última vez aquella lucha librada décadas atrás. Una lucha acabada, superada, medida y anotada. Y castigada, aunque «justicia» no es una palabra humana.

No sabía cómo parar. Miraba a Joachim. Nadaba en el agua de sus ojos. Tocaba la tierra de su piel. Había adelgazado y envejecido. Estaba semiarrodillado ante mí. Ocurrió. Suele suceder. Ocurrió.

Me sumergía en cada una de sus arrugas, me tropezaba con cada mancha de la piel, saltaba por

encima de la vena abultada de su sien, buscaba con la mirada las canas una a una, las líneas verticales de la frente, las repentinas patas de gallo, los labios agrietados.

Y después empecé a llorar.

Ocurrió. Suele suceder.

Yo era como un pozo inagotable, como una fuente maligna y profunda, como una excrecencia carnosa que crece contra todo y contra todos. Lloraba y lloraba. Tenía a quién llorar. Una fila de tumbas. Joachim se tumbó a mi lado. Me abrazó.

Estaba segura de que todo había vuelto, de que no se podía hacer nada, de que no había ninguna explicación que dar. Amaba a Joachim. Lo amaba sin límite alguno. Más que la vida de Mikołaj, de Misza y de mis hermanos.

Cuando me tocaba, cuando respiraba sobre mi piel, cuando me hacía pasar la mano por la línea de su columna, vértebra a vértebra, envolturas de deseo, cuando estaba a mi lado, aroma de ácoro, yo desaparecía y al mismo tiempo era más verdadera y carnal que nunca.

Mi Joachim, mi radiante Joachim, pupila de mi alma, calor abrasador de mis nalgas, aureola de mis santos, maldición de mis parientes. Mi Joachim. Mi dorado Joachim, que hablaba en idiomas extraños y me llevaba a la convulsión, a espasmos que corrían por una cuerda que vibraba solo junto a él.

Estábamos tumbados el uno junto al otro. Yo lloraba de felicidad y de desdicha. Sentía lo que siente el protagonista de una historia cuando se acerca el desenlace. Sabía que el desenlace sería terrible, que seguramente no pasaría del punto final. Lo sabía. Pero hasta que llegara el desenlace aún teníamos por delante algunos párrafos. Párrafos felices, porque él me había encontrado. Porque aparecíamos juntos en las frases.

Yacíamos juntos como en un cuadro, inmóviles. Él y yo. Entre nosotros, Mikołaj, ahora callado y dormido. Al fondo, la tierra con matas de hierba. Mi bata marrón y su uniforme negro. Borbus y Wasyl. Letras plateadas y un rayo doble.

Yacíamos juntos y me fui tranquilizando poco a poco. Sabía que ya no podía hacer nada.

Ocurrió. Suele suceder.

Yacíamos juntos como manzanas que han caído del árbol, pero esta vez nadie descubrió nada.

Sońka calla. Si se repasaran los minutos de su vida, sin duda resultaría que se había pasado callada toda la vida. Que sus conversaciones las había mantenido con las vacas, el perro y el gato, con el prado, el río y los objetos. Ahora está ahí sentada, con un ojo de cada color, joven y sonrosada, esbelta como un chopo, limpia como una sábana secada al viento. Se acerca al final de su vida. Se acerca al final del relato. Coge el atadizo de tela. Los nomeolvides secos y las fibras de algodón. La mancha oscura de sangre, la vieja, de los cuentos, y la reciente, de la nariz de Ignacy, aunque Igor también ha aportado un poco.

Las hebras de la tela y los tallitos de las flores reviven al contacto con la piel de Sońka, que se sienta en la *lezhayka* con un ramo de flores. Delicados pétalos azules con un ojo amarillo quemado en el centro. Jozik Pastor de Ratonos le cede a regañadientes el sitio a su ama. Evita las lágrimas: un terroncillo de sal y una piedrecita del campo. Jozik arquea su cuerpo formando una omega imperfecta, con manojitos de pelo y agujeros en la dentadura en el lugar de los

colmillos. Sube de un salto a la mesa. Mira por la ventana. Dos golpecitos con la pata en el cristal son como dos clics con el ratón: cerrar el icono y confirmar.

Jozik golpea dos veces en la ventana. Tras la ventana, la noche, un rectángulo negro con un marco blanco. Tras la ventana, la noche, que se convierte en un día reluciente después del segundo golpecito. Jozik entorna los ojos. Las pupilas se contraen, no son más anchas que dos estiletes, miran el día, como las pupilas de una cabra. Miran los rayos del sol.

Joachim se marchó. Sabía que nos encontraríamos al día siguiente. Hice lo que debía. Por la noche a Misza le entraron ganas de hacer el amor. Me entregué a él, a fin de cuentas el cuerpo sí me alcanzaba para todos; el corazón, en cambio, lo tenía ardiendo y ocupado. Y mi marido no era una mala persona. Lo compartía todo conmigo, compartía incluso mi mentira. Mi marido no era una mala persona.

Misza estaba encima de mí. Su respiración acompasada me calentaba la oreja derecha. Pensé que se había dormido. Pensé que aquella noche era nuestra despedida.

—*Chamu ty mnie uzial, chamu?*[51] —susurré.

No era una pregunta, era un lamento y un agradecimiento. Pensé que dormía.

Pero no dormía. Noté que sus músculos se tensaban

—*Yon viarnulsa* —dijo—. *Yon viarnulsa znou*[52] —dijo.

Y ese *znou*, pronunciado con su cálido aliento, sonó en mi oído como *krou*. [53]

En el escenario, una gran cama con sábanas de un blanco níveo. En la cama hay dos personas: los actores que interpretan a Sońka y a Misza. Yacen abrazados. Al fondo, una pesada tela púrpura colocada en semicírculo en torno a la cama, como una cortina o una guerra. La cama está situada de tal modo que los espectadores tienen la impresión de contemplar a Sońka y a Misza desde arriba. Como si flotaran en el aire, como si tuvieran el poder de dictar sentencias, aunque por supuesto es solo un truco de la escenografía. «Primera Escena del Despertar».

SOŃKA

¿Por qué me diste amparo? ¿Para qué?

MISZA

Él ha vuelto. Ha vuelto de nuevo.

(Sońka no dice nada).

Pronuncia el nombre del padre de nuestro hijo.

(Sońka no contesta).

Dilo. Nunca te he pedido nada. Ahora sí. Dilo.

SOŃKA
Joachim.

MISZA
Joachim.

(Tras una larga pausa).

¿Cómo es él?

SOŃKA
Ardiente.

(Misza calla).

¿Por qué has mentido?
¿Para qué me salvaste?

MISZA
Para mí, tú eres ardiente.

(El actor pronuncia estas frases como en contra de su voluntad; si no posee una buena técnica, que lo diga entre dientes).

Tu mentira fue como un obsequio logrado a base de plegarias.
Recibí lo que quería, o eso pensaba.
El cielo se extendió ante mis pies.

SOŃKA
Ya basta. No hables.

MISZA
¿Recuerdas que hace cuatro años enterramos a mi madre en Gródek?
¿Lo recuerdas?

(Sońka permanece en silencio).

Sé que lo recuerdas.

Que recuerdas que hace cuatro años, hace mucho, mucho tiempo, en el cementerio de Gródek te acercaste a mí. Llevabas puesto tu mejor vestido, el de flores azules. Era tu único vestido bueno, ensanchado a medida que crecías, no tenías nada oscuro, nada adecuado para la ocasión. Por eso te pusiste ese alegre vestido para ir al entierro.

Quería mucho a mi madre. Me quedé de pie junto a la tumba, con mi amor, innecesario, absurdamente grande. Mi madre ya no estaba. Pero el amor seguía allí. Su peso tiraba de mí hacia la tierra. Como antes o después hace cualquier amor. Ningún amor aterriza en el cielo, siempre en la tierra. En la tierra.

Entonces te acercaste con tu vestido de flores. Me tocaste el hombro y dijiste algo. No sé qué dijiste, porque me tocaste. Cuando me tocaste fue como si un rayo globular explotara dentro de mí.

Sé que lo recuerdas. Esas cosas no se olvidan.

Algo estalló en mi interior, sacudió todo mi cuerpo.

Sentí una gran alegría y una gran tristeza. Y todo porque me tocaste.

Comprendí que estaba perdido. Que Dios había unido nuestras vidas con un sello. Noté el olor de la cera del sello, el olor a tierra removida y a flores, a incienso y a sudor, a agua fría y a tocino.

Comprendí que estaba perdido cuando vi tus ojos. Tus guijarros grises. Cada día, cuando me despierto, veo ante mí tus guijarros grises. Desde hace cuatro años. Desde hace cuatro años al despertarme veo tus ojos y solo después veo el sol. Piedras, después la luz. Es mi destino.

SOŃKA

No hables.

No hables.

Qué vergüenza.

MISZA

Comprendí que estaba perdido. Que había perdido el control sobre mí mismo. Me atreví a poner mi mano sobre tu mano, que descansaba sobre mi hombro. Después esperé. Esperé a que algo nos uniera. Para no haber olido en vano aquella cera. Esperé casi cuatro años.

Cuando mentiste, el cielo se abrió ante mí. Pude sentir de nuevo tu mano sobre mi hombro. Nos arrodillamos delante de nuestros padres.

Confesamos nuestro amor. Tú te quedaste callada, yo no tenía necesidad. Solo confirmé lo que había sucedido en el cementerio de Gródek. Tantos años esperando ese momento.

Sabía que estabas liada con un alemán. Todos lo sabían. Querían afeitarte la cabeza, violarte y matarte. Yo te defendí. Les dije que mataría a quien te tocara.

Por eso les resultó tan fácil creer en nuestro amor. Todos, Sońka, todos sabían que para mí no había nadie más que tú en el mundo. Por eso lo creyeron tan fácilmente. Tanto tu padre como el mío. Todos lo sabían menos tú. Todos menos tú.

No contaba con ello. Es decir, confiaba en que, con el tiempo, acabarás correspondiendo mis sentimientos. No se me pasaba ni por la cabeza ni por el corazón que no llegaras a corresponderme. Porque ¿cómo podrías tú, mi vida, renunciar a mí?

Aguardé con paciencia. Después de tantos años, uno aprende a esperar. Sabe esperar. Y esperé.

Y encontré la felicidad. Me desperté junto a ti. Eso ya es bastante. Me acosté contigo. Eso es mucho. Pero, sobre todo, a veces me mirabas, me mirabas con tus guijarros grises, y yo sabía que me estabas mirando precisamente a mí. No a aquel alemán, sino a mí. A veces me tocabas la mejilla. A veces me acariciabas el pelo.

Son pequeñeces, pero tienen más peso que un juramento.

Dime: él, ese Joachim, ¿es mejor que yo?

SONKA

Misza...

MISZA

Me alegro de tener esta conversación. Me alegro de hablar. Era un peso que llevaba encima. Ahora también lo llevarás tú. Sé que lo soportarás. Lo soportarás porque él lo es todo para ti. Por él lo soportas todo. Te lo digo porque me pesaba. Te lo digo para que sepas que te comprendo.

No puedo guardarte rencor y, sin embargo, un poco sí que te lo guardo. Sé que es algo superior a tus fuerzas. Lo sé y, sin embargo, odio a ese cabeza cuadrada.

¡Lo mataría! Pero si le levantara la mano sería como si te la estuviera levantando también a ti. Y si te matara, me estaría matando yo mismo. Eso es un pecado.

Un pecado.

Un pecado es un callejón sin salida.

SONKA

Me tienes a tu lado.

MISZA

¿Qué?

SONKA

Me tienes a tu lado.

Es lo que te dije en el cementerio, hace mucho tiempo.

«Primera Escena del Despertar». Según Igor, se trataba de una de las escenas más hermosas de *Królowe Stojło*. No la veía demasiado a menudo. Le causaba un profundo dolor. Envidiaba a Misza por haber amado. Envidiaba a Sońka por amar y ser amada.

Si Igor hubiera sido algo más que un director teatral, le habría pedido a Sońka que comprendiera que Joachim era una ilusión y Misza era la felicidad. Igor deseaba hacer correcciones, redactar la versión definitiva, incluso en contra de la voluntad de los protagonistas.

De haber tenido la capacidad real de influir en la vida de los protagonistas, el telón habría caído después de que Sońka dijera: «Me tienes a tu lado».

Pero, joder, por desgracia esta no es la última escena, pensó.

Por primera vez y, según sucedió, última, tuve una conversación auténtica con Misza. Hablamos largo y tendido, por la noche. Habló sobre todo mi marido. Yo no mucho, no hacía falta. Era una conversación necesaria. Después de que habláramos me sentí, por un lado, más apesadumbrada, porque Misza se sacó de dentro todo lo que le pesaba; y por otro, más aliviada, porque lo que ocultó hasta entonces llegó al último rincón de la comarca. Dormí profundamente. Creo que él no pudo conciliar el sueño. Nos quedamos abrazados. Muy juntos. El sudor de nuestras pieles se mezcló y las dejó pegajosas, como hace la miel con los dedos. Boca con boca, no se sabía si ya estábamos en sueños o si era el último beso, respirábamos uno dentro del otro, con los labios entrelazados, un labio suyo, un aliento; uno mío, un aliento; uno suyo, un aliento; uno mío, una guerra.

Porque mi marido era una buena persona. Una buena persona. Quizá no me habría metido en un incendio para salvarlo, más bien habría ido corriendo a por un cubo de agua para apagar el fuego. Pero podría haberle cogido cariño. Haber pensado en él. Haberlo echado de menos. ¿Quién sabe?

Si nos hubieran dado unos pocos años más, creo que habríamos tenido una buena vida. Una vida como tantas otras, con sus dificultades, pero buena. Con el mejor color, el gris, pero ese gris que también suele acompañar a la primavera. Y en verano, el río azulea. Y en invierno, la gente hace tonterías cuando va de casa en casa cantando villancicos.

Al día siguiente, domingo, nos levantamos temprano. Teníamos que ir a la iglesia. *Da Haradka*.^[54] Me puse a pensar en la confesión. ¿Qué le diría al pope y a Dios? ¿Que como mi marido me había perdonado mis pecados, también Dios me los perdonaría? ¿Que ya me había confesado y no necesitaba volverme a confesar? ¿Que se podía meter la *prosfora* en el trasero o guardársela entre las barbas por si llegaban tiempos de penurias?

Hice todo lo que había que hacer en la granja. Calenté agua. Nos lavamos bien. Me puse mi mejor vestido, el de nomeolvides. Mi padre engancho los caballos. No llegamos lejos, hasta el cruce, al otro lado del puente: a la derecha, Słuczanka; a la izquierda, el camino vecinal que iba directo a Gródek.

No llegamos lejos. En el cruce había dos alemanes. A su lado había una motocicleta y un camión. Y un poco más allá un grupo de soldados. No había mucho espacio para dar la vuelta. Además, si lo hubiéramos intentado, seguramente a los alemanes les habría llamado la atención, mientras que si seguíamos adelante existía alguna posibilidad de que nuestro paso les resultara indiferente.

No llegamos muy lejos. Todos teníamos miedo. Mi padre agarró con fuerza las riendas. Yo estreché a Mikołaj contra mi pecho. Janek y Witek se pusieron tensos, apretaron los puños y miraron las horcas que llevábamos en el carro. Solo Misza parecía tranquilo. Me puso una mano en la nuca y la masajeó con suavidad, como cuando les buscaba los testículos a los lechones para cortárselos.

No llegamos muy lejos y vi a Joachim entre el grupo de soldados. Los dos alemanes del cruce, que estaban sentados, o de pie, no recuerdo, detuvieron el carro. Me ordenaron bajar. Sacaron las pistolas de las fundas. Me bajé, apretando a Mikołaj contra mi cuerpo. Me moría de miedo, tenían miedo mis piernas y mis brazos, mis pulmones y mi corazón, mis pechos y la cosita de las mujeres. Me oriné del pánico, a pesar de que tendría que haberme quedado seca. Estaba entera

hecha de algodón y de terror, de plumón de oca arrancado de cuajo. Misza quiso bajarse conmigo, pero no le dejaron.

Allí me quedé de pie, esperando, con las piernas temblorosas, como un chopo temblón o una mimosa. O un junco cortado con la primera helada. Joachim dijo algo y los soldados se rieron. Después Joachim se dio la vuelta y vino hacia mí. Su acompañante, más joven que Joachim, se acercó al carro y ofreció cigarrillos a todos. Los varones los aceptaron y los encendieron, aunque ninguno fumaba habitualmente, ni mi padre, ni mis hermanos, ni Misza. Yo no entendía nada. Tenía miedo. El miedo no hay que comprenderlo.

Joachim se detuvo frente a mí. Advertí en sus ojos que me había estado esperando, que se alegraba de verme. Y pensé, aun antes de que me tocara, que él no comprendía nada, que no sabía de la existencia de mi marido, que no se daba cuenta de ante quién se desarrollaba aquella escena.

Yo no podía saber qué quería Joachim. Quizá quisiera salvarme y llevarme con él. Liberarme. Pero, pensé, por el amor de Dios, ¡que no me libere de mi marido ante la mirada de mi marido, ni de mi familia ante la mirada de mi familia!

Joachim se detuvo frente a mí. Los soldados conversaban en voz baja. Los varones de mi familia fumaban en el carro, aunque normalmente ninguno fumaba. Estreché a Mikołaj contra mi pecho. Lamenté mucho, mucho, no saber hablar la lengua de Joachim para poder prevenirlo, a él y a mí misma.

Joachim se detuvo frente a mí. Mikołaj se puso a llorar. Joachim dijo algo. No le entendí. Mikołaj lloró con más fuerza. Joachim extendió los brazos hacia el niño.

Y después todo sucedió tan deprisa...

Tan deprisa...

Antes de que le pudiera dar el niño a Joachim, Witek saltó del carro. Y Misza. Witek llevaba una horca. Fue el más rápido. Siempre tan apático y en cambio aquella vez fue el más rápido, la única vez. Antes de que Joachim tocara a su hijo, Witek lo atravesó con la horca.

Witek atravesó a Joachim con la horca. Toda una vida de apatía y justo aquella vez fue más rápido que el resto, más rápido. Joachim se tambaleó y cayó sobre mí.

Nos fuimos hacia atrás, caí de espaldas. Juntos, yo boca arriba, él al contrario. La familia que nunca existió: el padre, la madre y el hijo. Y la horca.

Una sola vez fue el más rápido. Todos empezaron a gritar. Y a correr. Y a disparar.

Witek echó a correr, pero no llegó lejos. Una bala fue más rápida que él. Una sola vez, él fue más rápido y después volvió a su apatía. La bala lo alcanzó, no le hizo falta darse prisa.

Mi padre echó a correr. Corrió y escapó. Nuestro Señor permite a los miserables vivir una larga vida.

Janek echó a correr. Corrió y escapó. Lo mataron después. Tres semanas después, pero pareció que solo había pasado un momento.

Misza se lanzó sobre nosotros. Sacó de la funda la pistola de Joachim. Después echó a correr.

Todo sucedió muy deprisa. Misza corrió y escapó.

Nosotros seguíamos tirados. Joachim yacía sobre mí y Mikołaj. Un soldado vino corriendo hasta nosotros. Todo sucedió muy deprisa. Tiró de la horca. La extrajo. Un sonido húmedo. Muy deprisa. Un sonido húmedo y un golpe seco, como cuando la cabeza de un gallo, aún viva, cae de pico sobre una piedra.

Y ese sonido. Jamás lo olvidaré. Lo oigo en sueños. Y cuando lo oigo en sueños no soy capaz ni de despertarme ni de quedarme sorda. Lo oigo en sueños. Lo oigo cuando veo una horca. Lo oigo en la iglesia.

Ese sonido. Como si alguien hubiera descalabrado a un ternero de una pedrada. Como un chapoteo. Y un crujido, amortiguado por la carne. Plaf.

Un soldado vino corriendo hasta nosotros. Todo sucedió muy deprisa. Tiró de la horca. La extrajo. Noté calor en el vientre. Y más abajo.

Los ojos de Joachim se apagaban. Cuando el soldado tiró de la horca para extraerla, Joachim se levantó un poco. Quizá un segundo, y después cayó sobre mí. Y sobre Mikołaj. Como una pila de trapos. Noté calor en el vientre. Y más abajo.

No era un calor seco y bueno como el que hay sobre la cocina. No era un calor húmedo y bueno como el que hay junto a un hombre. Era un calor pesado y espeso, pegajoso. Extraño. Como cera o metal calientes.

Noté calor en el vientre. Y más abajo. Todo sucedió muy deprisa. Y Witek, que por una vez fue el más rápido, una vez de más, o una de menos. Y Janek, que corrió y escapó, y fue a parar al interior de su ataúd. Y mi padre... Muy deprisa.

Extraño. Pesado. Pegajoso.

Los ojos de Joachim se apagaron, y su cara, como un paño, tan blanca, con la boca blanca, menos por una raya roja que salía de una comisura, que al principio era una, luego dos, tan rojas como cintas, con las que habría hecho un vendaje para que él no muriera. Para que no... Eso sí que no. Ni ahora ni nunca. Nunca.

Extraña, así era la sangre de Joachim, aunque su cuerpo me resultaba tan conocido. Pesada, así era la sangre de Joachim, aunque pesaba poco, de tanto como había adelgazado.

Los soldados levantaron el cuerpo de Joachim. Empezaron a taponar las heridas, a gritar nerviosos, pero yo sabía que era inútil. Que no lo volvería a ver. Que había salido demasiada vida por los agujeros hechos por la horca. Muy deprisa.

Salió tanta vida tan deprisa...

Yo yacía como un prado de flores azules. Con una charca púrpura en medio. No me permitieron quedarme así mucho tiempo. Mikołaj yacía a mi lado. Lloriqueaba. Se acercó a nosotros otro soldado. Con la pistola en la mano. Antes de que pudiera reaccionar, él había disparado contra Mikołaj. Quizá podría haber querido más a mi hijo, podría, era parte de mí y aún más de Joachim, pero nos faltó tiempo. Demasiado deprisa. Tan deprisa...

El soldado quiso disparar contra mí, pero se le encasquilló la pistola y su compañero le arrebató el arma. Forcejearon.

Su compañero le arrebató el arma. Gritó algo, no lo entendí. Todo aquello sucedió demasiado deprisa y no en mi idioma. Le arrebató el arma, pero no le quitó sus pesadas botas. Una bala habría sido más rápida, las botas son más pesadas y están más cerca.

El soldado desarmado me pateó. Mis huesos crujieron. Perdí el conocimiento. Rápidamente.

Pero demasiado despacio. Demasiado despacio. Demasiado despacio.

Sońka estaba sentada en la *lezhayka*. En una *lezhayka* normal de azulejos beige. En una cocina normal con una mesa normal. Vestida con una bata normal de cuadros negros. Con unos dientes normales —aunque postizos— sobre unas encías también normales. En un mundo normal sin movimientos de ejércitos, sin palabras gritadas con letras mayúsculas, sin la Hora W que dio inicio a la insurrección de Varsovia ni otros cementerios similares.

Relataba su vida normal desde un lugar en el que la gente vivía poco tiempo, pues la historia, que siempre va en contra de la gente, se les había enredado entre los radios de las ruedas. La historia siempre va en contra de la gente y, sobre todo, de las mujeres.

Sońka, tan repentinamente joven, con un ramo de nomeolvides y una cinta escarlata entre las manos, estaba sentada en silencio. Recordaba lo que había vivido y se imaginaba lo que viviría cuando muriera. O, más bien, con quién. Y que «nada» era una buena palabra. Como una compresa empapada en vinagre que alivia el dolor tras la picadura de una avispa.

El tiempo, su tiempo, se estaba cumpliendo.

Igor también callaba; sumido en el yo de su infancia, arrancado de Varsovia, callaba como un pedante secretario de redacción. Igor sentía respeto por Sońka y nosotros deberíamos sentir respeto por Igor, porque le había tocado despedir a Sońka la Blanca, a Sońka la Coja, a Sońka la de los Doce Perros, la de los Siete Gatos, la de los Innumerables Dolores. Deberíamos tenerle respeto, aunque pueda no caernos bien e incluso lo despreciemos. ¿Por qué no?

Estaba sentado sobre los adoquines, en el centro del cruce empedrado. No abría los ojos. Un cigarrillo se consumía entre sus dedos.

Igor había adquirido esa costumbre poco después del estreno de la obra. Siempre que su carrera se lo permitía viajaba a la aldea, lejos de Varsovia, y se sentaba en el sitio donde una vez sucedió lo que trataba de mostrar.

Justo allí, exactamente allí, había tenido lugar la «Segunda Escena del Despertar». La había visto muchas veces. Sobre el escenario yacían tres cuerpos. Yacía Sońka, como un prado de flores azules pisoteado. Yacía Witek, como un árbol derribado. Yacía Mikołaj, como un hatillo rojo o como un huevo roto con un polluelo en una cuna hecha de cáscara. Justo allí. Yacían tres cuerpos y una persona estaba de pie.

Igor permanecía sentado, con los ojos cerrados y el cigarrillo en la mano. Se preguntaba qué más se podía corregir. Los adoquines ya no le hielan el trasero. Le hacen daño, pero su dureza le resulta tranquilizadora, no sabría explicar por qué. Sońka gime en voz baja. Es un solo gemido. El despertar del cuerpo. El actor que interpreta a Ignacy se pone unas alas. Las alas están confeccionadas con pegamento, plástico y auténticas plumas de oca. Es suficiente para que aguanten muchas guerras y representaciones, ya sabemos que las alas no se estropean con rapidez, se las usa raras veces, están casi nuevas, es más habitual arrastrar los pies por el suelo que aletear en el aire. Esas alas nunca se estropearán por volar, es más fácil que lo hagan por el cloro con el

que se las blanquea. Porque volar se vuela poco, pero en cambio se las blanquea con muchísima frecuencia: este mundo permanece sucio incluso tras la lluvia.

Soy Gabriel Diecinueve, es el papel que me ha tocado, soy el Ángel de la Guarda, o en realidad el Portero. Principalmente hago limpieza. Levanto el hatillo rojo. El hatillo está hecho de tela, carne, huesos y una bala. Basta con retroceder quince minutos, una bala o cinco páginas para comprobar que este hatillo era Mikołaj.

Llevo el hatillo hasta el arcén. La tierra está blanda. Tengo que cavar una fosa. No muy grande. No me gusta cavar, por eso he elegido a Mikołaj en vez de a Witek. Witek es grande, la fosa habría tenido que ser honda y yo solo tengo mis manos y una horca, y los caprichos de mi Jefe.

Trabajo al sol, con la frente sudorosa. Los ángeles no tienen sexo pero tienen frente, no tienen sangre, sudor por supuesto que sí, incluso demasiado. Cavo con las manos, agujereo la tierra con la horca. Procuró no manchar mis alas.

La fosa está terminada, ni muy honda ni muy ancha, del tamaño ideal. Soy Gabriel Diecinueve, limpio y vigilo. Nadie me exige que me mate a trabajar ni que me calle.

Beso el hatillo. Lo bendigo, a pesar de que no tengo ese poder. Después lo cubro de tierra. Y me da por pensar que mi sitio está en la cabeza de un alfiler y no aquí, en un cruce en el que todos los caminos conducen al mal y a la tristeza. Este mundo es repugnante, pero de tarde en tarde aparece alguien admirable. Este mundo podría basarse en la fotosíntesis y en cambio se basa en el derramamiento de sangre. Y nos dan clases complementarias en grupos celestiales. Nos tienen que dar clases porque no hay manera de comprender la crueldad. Nos enseñan que la religión más apropiada, la única, es la misantropía solapada con empatía y compasión. Es lo único que ha quedado tras abandonar la fotosíntesis. Lo único.

Y he pensado que voy a dejar la horca clavada al lado de Sońka. Le vendrá bien.

Me despertó el dolor. Un dolor en la cadera, sordo, palpitante, como el de una encía inflamada después de echar un trago de agua muy fría. A duras penas me pude incorporar sobre los codos. Hasta donde me alcanzaba la mirada no se veía a nadie, solo las primeras casas de Słuczanka. Y, no muy lejos de mí, el cuerpo de Witek, retorcido de un modo extraño, como una hoja de repollo comida por los gusanos. No había alemanes, no estaba ni la moto ni el camión. No estaba Joachim. No estaba Mikołaj. No estaba el carro. Alguien había clavado cerca de mí la horca en la tierra, junto al camino.

Recordaba lo que había ocurrido. También recordaba que aquello no podía haber sucedido. Porque ¿para qué? ¿Por qué? Los sucesos no deberían tener lugar sin una finalidad. Eso es pecado.

Me despertó el dolor. Un dolor en la cadera, sordo, palpitante. A duras penas me pude incorporar sobre los codos. Me desperté, no veía a nadie con vida, y a los muertos los veía borrosos. Por eso tuve la sensación de que en realidad me invadía el sueño, que enseguida me quedaría dormida. ¿Cómo, si no, explicar el vacío que me rodeaba? ¿Las piedras sobre las que estaba tumbada? ¿La mancha marrón en el vestido? ¿La ausencia de mi bebé y de mi marido? ¿La

desaparición de Joachim?

Como estaba soñando, no podía obligar a mi cuerpo a obedecerme, eso a veces pasa en los sueños. No podía obligar a mi cuerpo a levantarse, porque el cielo se encontraba pegado a mi cara, tan cerca que tenía que respirar a través de él. Demasiado cerca, como si fuera un paño empapado. Se apoyaba en el mango de la horca y después descendía como una sábana mojada y pesada, y se detenía sobre el cuerpo retorcido de Witek.

Miré a mi alrededor. Decidí arrastrarme hasta la horca, porque allí el cielo estaba más alto, parecía seco y más liviano. A lo mejor allí podía levantarme, fue lo que pensé en un sueño o en otro. Me arrastré, sentía mucho dolor, pero no lloraba. Sabía que aquello no era de verdad. No quería desperdiciar lágrimas auténticas por un mundo irreal. Temía que las lágrimas auténticas convirtieran mi pesadilla en realidad. Por eso me arrastraba, poquito a poquito, pero no lloraba; piedra tras piedra, no lloraba, ni granitos de arena caían de mis ojos.

Por fin llegué hasta la horca. No sé cuánto tiempo tardé. Miré hacia atrás. Vi que había dejado un rastro pardusco, que brillaba como la baba con la que marca su camino el caracol. Mi camino estaba claramente señalado. El caracol lleva a la espalda su casa, pero ¿y yo? Yo llevaba un vestido manchado. Un vestido como ese es para salir a pasear, para los domingos. Un vestido así no se lo pone una para estar en casa, si lo llevas puesto no se puede encender el fuego.

Por eso me quité el vestido. En los sueños las manos no hacen caso a la cabeza, no van allí donde se desea, siempre acaban en otro lado. A pesar de eso, logré arrancarme el vestido; si era un vestido para días festivos, no quería tal fiesta ni en pintura.

Por eso me arranqué el vestido. Pero mi sueño no cambió. Si algo cambió, fue el tiempo. Tenía frío, como si me azotara la lluvia. Y me puse muy triste, como si ya no me esperara nadie.

Por eso me arranqué el vestido.

Ignacy se encorvó sobre el hule y sobre los ramos de flores para todas las ocasiones, raídos por el roce de cubiertos y platos hasta hacerles perder el color; para la risa y para el llanto, para el desayuno y para la cena. El ramo más hermoso era uno blanquiazul, en el mismo centro del hule, como una rosquilla. Ignacy se encorvó junto a la mesa, se había convertido en un ancianito, como un ratón que escapa de un cepo. Ignacy, encorvado y anciano, se podría pensar que era también muy sabio y justo.

Sońka suspiró, lo hizo con esperanza, como si no estuvieran en mitad de un agosto más, sino en un septiembre, cuando el curso escolar comienza con la posibilidad de conocer cosas nuevas. Como Sońka no tuvo contacto directo con la educación, porque para eso habría necesitado la Polonia comunista pero esta llegó demasiado tarde para ella, aparte de su nombre y su apellido no escribió nada más en su vida, a excepción quizá de unas cuantas cruces para indicar que estaba de acuerdo con la cesión de sus campos o con la renta de jubilación.

Sońka le dedicó a Ignacy su sonrisa más hermosa, amplia y resplandeciente. Estiró el brazo con el vestido en la mano. Él cogió la vieja tela manchada y Sońka se puso las manos sobre su regazo.

Yacía junto a la horca clavada en la tierra. Conseguí arrastrarme hasta ella, pero no tuve fuerzas para más.

Me habría quedado allí tirada hasta el final de los tiempos, primero como un cuerpo, desnuda; después me pudriría hasta que quedaran solo los huesos; y al final, como una parte del campo, mezclada con raíces de hierbajos.

(¡Anda!, pensó emocionado Igor, ¡Antígona y Polinices! Si Sońka se estuviera pudriendo, ¿alguien la enterraría?).

Oscureció, o quizá simplemente yo lo veía todo oscuro. Alguien me agarró por los sobacos y tiró de mí en dirección a la casa. Yo no quería, pero ¿cómo negarse cuando se tiene la cadera destrozada, la boca llena de tierra y el cuerpo vacío como una camisa sin serpiente?

Por los jadeos reconocí que era mi padre quien me arrastraba. Mi padre jadeaba así cuando me forzaba. Conocía esos jadeos y los odiaba. Más que las palizas.

Mi padre tiró de mí —funda vacía, leche inservible— hasta la casa. Calentó agua. Me ayudó a lavarme y a vestirme. Llamó a la curandera, que me vendó y lanzó conjuros para que sanaran mis heridas, aunque no lo hizo gratis. Por el aire y el agua. Con una tela de lino y cenizas en un frasco. Por la guerra y la historia. Enterrando las cenizas en el cruce y susurrando un conjuro: «¿Quién habla de victoria? Sobrevivir, eso es todo».

(¿Rilke?, se preguntó Igor, pero estaba exagerando).

Nunca imaginé que las manos de mi padre, viejas y curtidas, pudieran ser tan delicadas. ¿Es posible realmente que esas manos me moldearan con verdadero amor a partir del cuerpo de mi madre? ¿Que me cogieran y me acunaran como una cáscara de nuez hace con el fruto? Por primera vez, el contacto con ellas no me quemó como un leño ardiendo, aunque mi piel la tenía ya de hojalata; unas manos como esas, de carne, y unos dedos de hueso no podían hacerme daño, no eran capaces ni de rayarme.

Yacía en la *lezhayka*, encogida bajo un edredón. Mi padre encendió una lámpara y la puso en la mesa, a pesar de que hasta en eso ahorrraba, siempre tan avaro, siempre a oscuras, como el rincón de una iglesia. Mi padre me miró como si de veras fuera su hija. Mi padre me miró como si de veras fuera carne de su carne, no como si a esa carne yo le tuviera que proporcionar alivio.

Mi padre me miró como un padre.

Por eso los niños quieren a sus padres, pensé: por esa mirada. Y por las manos, que no solo reprenden y duelen, sino que también cierran heridas.

—*Heta usio moy hrej* —dijo mi padre—. *Ya chiabie pieraprashayu.*[55]

Bajé los párpados para indicar que sí. Sí, es tu error, pero también nuestra muerte. Qué fácil resultaba eso, admitir la culpa y esperar unas migajas de perdón. Muy fácil, pero alejado de la verdad. Muy fácil, basta con permitir que la piel de los párpados se deslice sobre la superficie lisa de los ojos, como una pastilla de jabón que se escurre de la mano en el barreño.

—*Ty mnie daruyash?* —preguntó—. *Ty mozhash?*[56]

Miré a mi padre. Allí estaba sentado, tan estropeado, empequeñecido e infeliz. Tan diferente del padre que me forzaba contra mi voluntad, que me pegaba, me menospreciaba y me vejaba, que se metía dentro de mí, aunque siempre se retiraba a tiempo. Personas distintas, sin ningún parecido. ¿Cómo perdonar a este, pequeño, infeliz, implorante, por lo que había hecho aquel otro, grande, fuerte y cruel?

Quizá habría sabido perdonar a aquel, que me violó y me humilló, pero no sabía perdonar a este, que me suplicaba perdón, pero al que no conocía.

—No —contesté—. *Ni mahu. Ni jachu.*[57]

Era tan pequeño e infeliz que solo asintió. Me daba pena. Pero no podía compadecerme de aquel grande y robusto, de venas y músculos, porque él no había sido capaz de compadecerse de aquella yo, pequeña, infeliz y confiada. Sana. Aquel cogió lo que quiso y ahora llegaba el momento de que yo también agarrara lo que duele, aunque no lo necesitara.

—Cuando comprenda que ya no vives, lloraré de felicidad —dije, y en realidad eso fue lo que hice tiempo después, en los pantanos.

Asintió.

—Moriré feliz porque sabré que en ese momento estarás llorando de alegría —admitió.

—Solo quiero que te mueras. Sin tumba ni funeral.

Los días que siguieron, duros y difíciles, empezaban en contra de mi voluntad, continuaban con mi oposición y terminaban sin yo quererlo. Sobreviví gracias al amor de mi padre. Lo odiaba, pero mi odio no era nada en comparación con su entrega. Él me daba de comer, me lavaba y me abrigaba. Me llevaba al bosque cuando volvían los alemanes y mantenía el fuego encendido día y noche. Venía corriendo cuando yo respiraba más silenciosamente que los árboles, me ponía una mano en la frente y murmuraba una oración. Y fue él quien recogió mi vestido del camino.

Le debía la vida a mi padre por segunda vez.

Me quería morir. Pero no para reunirme con Joachim y Mikołaj, con mi madre y con Witek. Quería morir por fastidiar a mi padre. No porque no tuviera razones para vivir. Lo que quería era que los últimos esfuerzos de mi padre resultaran un fracaso. Que se quedara lo más solo posible, pequeño, encogido y vivo, vivo por mucho tiempo.

El odio, incluso el enconado, el férreo, no significa nada ante el amor. Se hunde como un grano de arena en el agua, no flota como un hueso seco de cereza.

Cuando se hizo evidente que iba a sobrevivir, tras muchos días de fiebre y muchas noches de piñas cayendo de los árboles y golpeando contra el musgo como si se tratara de bombas, cuando estuvo claro que iba a sobrevivir, pensé que era injusto.

Por una sola vez había conseguido a la persona a la que quería, Joachim. Y después, como para castigarme por haberlo conseguido, me quitaban poco a poco, persona a persona, mes a mes, todo lo que había llegado a amar.

Mi padre me contó lo que había ocurrido mientras estuve enferma.

A los alemanes los enfureció el ataque a un oficial de las SS. Se prepararon para ir de caza. Eran conscientes de que yendo solos se perderían en medio de los bosques y los pantanos, así que recurrieron a un método más eficaz. Repartieron armas entre los habitantes de las aldeas vecinas. La guerra ya estaba perdida igualmente, a pesar de que acababa de llegar a su punto álgido, no tenían que preocuparse por cómo serían usadas después las armas, contra quién; más los inquietaban las limpiezas de posguerra. Pidieron las cabezas de Misza y Janek. A cambio prometieron dejar en paz a los habitantes de las aldeas. Una promesa de paz, aunque no se cumpla, vale un potosí en tiempo de guerra. Los vecinos impusieron la pena más alta a Sońka y a su padre,

apartar la vista de ellos. Por un momento.

Debió de ser una cacería patética. Ni siquiera se sabía quién era cazador y quién presa. Tanto los cazadores como las presas iban a terminar en el paredón, era una cuestión de tiempo y de azar. ¿Qué más daba quién mataba y por qué? Los alemanes, los rusos, los bielorrusos y los polacos disparaban balas sin nacionalidad.

Los vecinos cazaban a sus vecinos.

Misza huyó al bosque. No habían pasado ni tres días cuando lo encontraron dos de Królowe Stojło. A uno lo mató Misza de un tiro, al otro lo hirió. Eran vecinos del otro lado del río. Gracias al herido sabemos qué ocurrió.

A uno lo mató Misza de un tiro. Ni siquiera apuntó. La bala le abrió un tercer ojo en la cabeza. Espero que el paisano mirara en su interior por ese tercer ojo recién abierto y viera a través de los otros dos lo que había intentado hacer.

Al segundo, Misza lo hirió. Ni siquiera apuntó. La bala le atravesó el hombro y se incrustó en el tronco de un pino. Quizá cayera una piña, y una araña se quedara colgando de su hilo. No matéis arañas en casa, trae mala suerte.

Misza se acercó al primero, el muerto. Después al segundo, que se retorció de dolor y estaba encogido como una hoja seca. Y le dijo:

—Di que he sido yo.

Y, sin esperar a que el otro asintiera, se puso el cañón en la sien.

No se oye cómo la bala tritura los huesos y corta los tejidos. Se oye el estampido, porque el sonido es más lento que la bala y más aún que Witek, mi pobre, torpe y detestado Witek. La bala adelanta al sonido y penetra en el cuerpo como un clavo en la madera. Como una cuña en un hacha.

No se oye cómo la bala tritura los huesos.

No se oye cómo la gente piensa en sí misma. Cómo en su mente salvan a sus seres queridos. Cómo dan por ellos todo lo que tienen, incluso el aire que respiran. Cómo descubren un pecho ajado con una gotita de leche.

Escena de la Santísima Trinidad Parabellum.

Sobre las tablas vacías del escenario se levantan troncos de pinos proyectados con una diapositiva; aunque los de abedul también valdrían si no hubiera pinos disponibles, pues bastaría con amortiguar el blanco de los troncos. En el cielo surge un ángel, surge de otro proyector. El ángel es de color gris acerado y está hecho con tecnología 3D. Lleva las alas dobladas como una gaviota. Los Stukas alemanes tenían las alas así. Y la cara del ángel es como la cabina del piloto. Y los ojos del ángel son los cristales de la cabina, como facetas de un ojo compuesto. Y su boca, como el morro del avión o una bomba en forma de puro. Y la mandorla, como una esvástica. Y los coros celestiales, como lamentos de sirenas y de hélices. Y otros ángeles, que salen de un tercer proyector, como una legión de bombarderos en picado.

El cielo se vuelve gris acerado, tempestuoso, pero no por una tormenta, sino por el fuego y el polvo y el lamento de las sirenas, que seduce hasta la muerte a todos cuantos lo oyen. A fin de cuentas, a eso se reduce la suposición de que existe algún Dios, porque lo que no hay es justicia.

La justicia es un pecado.

Sobre el escenario —bajo ese cielo oscurecido en el que resuenan los motores, bajo las lámparas de cristal con destellos dorados que cuelgan del techo—, sobre el escenario, un tocón y, sentado en el tocón, el actor que interpreta a Misza. Un momento después entran corriendo dos actores jóvenes. Se oyen dos disparos y luego caen al suelo ambos actores. ¿O quizá caen primero los actores y luego se oyen los disparos? Desde el punto de vista técnico, el espectáculo no es muy bueno.

Las imágenes de los proyectores se van haciendo cada vez más claras. El último en desaparecer es el ángel gris acerado. Se oye un tercer disparo pero en el escenario no cambia nada, hay un actor sentado y los otros dos yacen en el suelo. ¿Se podrá detener la muerte ahora, en el teatro, aunque solo sea durante una escena?

El fondo blanco se llena con el rostro de Misza, que poco a poco se agiganta. Un rostro cansado y con barba de varios días, salvaje, pero con los ojos brillantes. Junto a la sien derecha, un cañón; bajo la sien izquierda, las manos pálidas de alguien, extendidas y con las palmas hacia arriba, como un cuenco inservible, mendicante.

Si desde el cañón trazáramos una línea invisible que atravesara el cráneo de Misza, en la sien izquierda veríamos un pequeño torbellino de aire adherido a la piel como una sanguijuela. El torbellino se ensancha como un embudo en medio de una nube de gotitas rojas y huesos y carne hechos pedazos, como si alguien hubiera estornudado. El ojo del torbellino, no mayor que una chincheta, es como un beso que succiona la médula de los huesos, también del hambre.

Y este es el final de Misza, marido de Sońka, confidente de su mentira y protector de su vientre. Este es su final. En su propio bosque y por su propia mano. Un arma robada, una vida ya antes arrancada del gznate de la historia. La vida se le escapó en forma de minitornado de gotitas de sangre y pedazos de carne y huesos.

Antes de caer, recordará las escenas más hermosas de su vida, que es como tradicionalmente nos imaginamos el momento de la muerte. Iconos de marcos dorados oscurecidos por las velas, y Sońka en el cementerio diciendo: «Me tienes a tu lado», aunque eso no lo oyó en su momento. No lo oyó en su momento, lo oye ahora, como si las campanas del campanario por fin aprendieran a hablar en vez de meter miedo con el infierno o con un incendio.

Y después caerá sobre el musgo. El musgo es blando. Misza primero desaparecerá entre la hojarasca, luego llegarán volando los cuervos para zamparse sus ojos, después los perros salvajes y los lobos se comerán la carne tierna, y al final una urraca se llevará al nido el anillo de boda. Oro puro, de la más alta calidad, por encima de las cabezas de los buscadores de setas, bajo la cola negra, entre las garras o en el pico, directamente al nido, en el que nadie come oro ni promete que para siempre.

Muchos años después, no hace tanto tiempo —en este lado con muchas colinas y pantanos drenados, tras muchas reformas, muchas celdas oscuras y muchas mentiras firmadas con una cruz porque le habían roto los dedos y no le habían enseñado a escribir—, muchos años después, Sońka fue a recoger bayas, como hacía a menudo. Y le pasó algo que solo una vez le ocurrió, se perdió.

Cansada, se sentó en un tronco derribado. El tronco, podrido, se partió y Sońka cayó de

espaldas por segunda vez en su vida. Y entonces contempló lo que el tepe había estado ocultando durante años. Vio varios huesos de una mano. Los huesos se cerraban alrededor de una pistola. La pistola estaba cubierta por una pátina herrumbrosa y los huesos por moho azulado. Sońka escupió y luego se persignó tres veces. Se levantó y buscó el camino de vuelta a casa.

No es a las gentes decentes a quienes les suceden estas casualidades, sino a las personas malditas, a las señaladas con una cruz.

Sońka terminó su relato sobre Misza. Una vez más, Misza apretó el gatillo. Una vez más, fue al infierno o a algún lugar parecido, allí adonde arrastran a los suicidas, por un camino rodeado de sacerdotes y dogmas. Dondequiera que vayan no puede ser un sitio bueno, porque sus vidas han sido horribles y sus muertes solo un poco más dulces. Sońka se imaginaba ese lugar como una llanura: un cielo plano y una tierra plana, un vacío en el que solo existe la línea del horizonte. Una línea, un corte recto de tijeras, cuando ya se ha abandonado la esperanza, sin jirones ni hilos.

Sońka en la *lezhayka*, Ignacy junto a la mesa de la cocina, Igor alerta, siempre trabajando, sin dejar de hacer carrera, todo lo puede aprovechar, recicla el sufrimiento y la muerte. Solo faltaba expresar la muerte de Janek.

—No hay gran cosa que decir. Lo mataron dos semanas después. Creo que lo mataron los nuestros, porque a mí me dejaron viva. Como les remordía la conciencia, me dejaron. O quizá no tuvieran conciencia. La historia es un mal. Un mal. Un mal tan grande como el mismo Dios. Un mal que no existe pero que a la vez destruye.

Ignacy pensó que Sońka debería ponerse el vestido de flores azules con la mancha parda, un vestido de hace mucho, mucho tiempo. Un vestido coda. Un vestido desgarrado y manchado como el siglo XX. Sin embargo, Sońka llevaba una bata oscura normal y corriente, mientras él sujetaba el vestido hecho un atadillo.

Sońka alzó ligeramente la cabeza y se levantó.

—Ha llegado mi hora —dijo—. Me esperan los nadie.

Bebió un poco de agua. Cae el telón, quince minutos de descanso, se puede ir al servicio, siga las flechas verdes, Servicios, no Salida.

Sońka estiró la tela de la bata. Jozik maulló. Ella tocó la cara de Ignacy con su mano apergaminada e Igor se estremeció. Se extrajo la dentadura y la puso en el aparador sobre una servilleta. Se quitó el pañuelo de la cabeza. Se recogió en una coleta sus cabellos blancos con una goma. Entró en el dormitorio pequeño, a través del cual se pasaba al cuarto de invitados. En el dormitorio, junto a la cama y los iconos, había una mesita de madera, y sobre ella un televisor de blanco y negro. La mesita cojeaba y el televisor se había estropeado tres años antes. La última imagen que había aparecido en él era una tormenta de nieve.

Sońka atravesó el dormitorio, entró en la habitación de invitados, en la *wialikaya jata*,^[58] y se tumbó en la cama, hecha impecablemente. Nunca dormía allí, pero ese día se sentía como una invitada, una invitada en su propia casa y en el mundo. La colcha y el almohadón ni siquiera se hundieron. Se persignó y cruzó los brazos sobre el pecho. Cerró los ojos, lo último que vio en la tierra fueron las tablas del techo y una telaraña en una esquina. Las arañas en una casa traen suerte. ¡No las matéis, no estáis en guerra!

No he terminado de escuchar, pensó, una espiración más; tengo que oírla a toda costa. Se inclinó para acariciar al gato. El gato no se movió. Se quedó petrificado, se diría que sin vida, como unos documentos de referencia.

En la cocina entra la luz del día. Sońka ha muerto. Solo dos personas en el mundo lo saben, Igor y ella. Abre la puerta del aparador para asegurarse de que la dentadura sigue sobre la servilleta. Sigue ahí. Blanca, de porcelana. Con la carne rosada de las encías de plástico.

Sobre la cocina, cerca de la leña, yace el gato. Está tieso como una figura de madera. El pelo lleno de calvas y con más polvo que rayas. El séptimo cuerpo de Jozik Pastor de Ratonés.

Nunca ha encendido una cocina de leña. Mete los trozos de madera más delgados. Parece más capaz de provocar una inundación que de encender un fuego.

Se sentó junto a Sońka, junto a la cama. Podría haberla cogido de la mano, como en las películas, pero después de todo nadie los observaba, así que simplemente se sentó junto a ella, en una silla, con las manos sobre las rodillas. Las manos las había abierto primero hacia arriba, como en un ejercicio de yoga, pero en cuanto se dio cuenta de ello las colocó en una posición más neutral y vacía, desde el punto de vista simbólico.

No se quedó mirando a Sońka, ni mucho menos; eso habría sido muy descortés, hasta impertinente. La miraría cuando se fuera definitivamente, cuando partiera. Esperaba al último suspiro.

Lo escuchó.

Escuchó el último suspiro.

Fue más sonoro, envuelto en un gemido sedoso. Y tras él aún se oyeron una serie de sonidos parecidos a cuando se sopla algo caliente, casi inaudibles, aunque en ellos no había vida. Puf, puf. Era el cuerpo, solo el cuerpo; abandonado por su dueña, le hacía sitio en su interior a la muerte, a los gusanos y la putrefacción. Ahora, solo era de sí mismo, como diría Sońka; o sea, de nadie.

Debería empezar a organizar lo relacionado con su muerte. Sońka no tenía a nadie. Únicamente había tenido contacto con gente que le había organizado la vida, pero ni una persona relacionada con la muerte.

Se le pasó por la mente que podía irse sin más y dejarlo todo en manos de la descomposición, como si nunca se hubieran conocido, pero se horrorizó de tal forma que hasta se le cortó la respiración.

Como si lo golpeará una descarga eléctrica, un fuerte shock, un rayo celeste.

Entonces oyó un mugido. Era Muńka.

Sí. Sońka debe esperar su turno. Primero hay que ordeñar la vaca. Ojalá sea más sencillo que encender el fuego de la cocina.

Salió al jardín. Otra vez la luz.
Y Borbus, hecho un ovillo debajo del banco.
No le hizo falta comprobarlo, sabía que estaba rígido o solo un poco tibio.
Que alguien apague el sol de una vez.

Sońka había cruzado los brazos sobre el pecho. Murió como es debido, como Dios manda, de madrugada y por los siglos de los siglos.

El funeral de Sońka fue más bien modesto, pero costoso, como su vida. No acudió mucha gente, los vecinos de Królówce Stojło y Słuczanka y algunas personas de Gródek, Waliły y Zarzeczany. No acudió mucha gente, pero las coronas fueron enormes. Igor cubrió el último recorrido de Sońka con un mar de flores, con un océano y una ola, con una sacudida de aguas, que le costó mucho dinero.

Y la corona más espléndida, como sacada directamente del hule, era así: redonda y enorme como la rueda trasera de un tractor; trenzada con plumas de ganso, blancas como las primeras nieves, arrancadas de cuajo en medio de muchos graznidos y movimientos sinuosos de cuellos, y entre las plumas, nomeolvides entrelazados, pequeños pétalos azules con un ojo amarillo; y, por supuesto, el cinto del vestido de Sońka, con letras doradas bordadas y manchas pardas de sangre. Y una inscripción emotiva: «Me tienes a tu lado». ¿Quién le dijo eso a quién? ¿Igor a Ignacy? ¿Ignacy a Sońka? ¿Sońka a Misza? ¿El teatro a la vida? ¿La vida al arte? ¿El reproche a la corrección?

Esa corona era como un ojo gigante, como un leucoma, como una rosquilla blanca y la última orilla, y en medio había una nada similar a la papila óptica o a un salvavidas. Mientras portaban la corona, a través de esa nada se veían los árboles y el cortejo fúnebre, y cuando llegaron, primero el cielo un momento, dos o tres pasos, y después la tierra recién removida.

Fue la corona más hermosa y pretenciosa que se haya depositado alguna vez en el cementerio de Gródek. Seguramente a Sońka no le habría gustado. ¿O quizá sí?

Las luces pasaron a un tono dorado verdoso. Sońka se tumbó sobre la cama, impecablemente hecha. La colcha y el almohadón ni siquiera se hundieron —en el teatro están confeccionados con gomaespuma—. Se santiguó y cruzó los brazos sobre el pecho. Cerró los ojos, lo último que vio en la tierra fueron las tablas del techo y una telaraña en una esquina.

Las arañas en una casa traen suerte. ¡No las matéis! Es decir, el sexto mandamiento, no otro sino el sexto, como parte de un rito más antiguo que el católico o el ortodoxo. No matarás es el sexto, recordadlo y contad con los dedos de una mano. Sacad vuestras conclusiones, porque, si no, volverá a ocurrir lo que tantas veces no ha cabido en los dedos.

Ignacy fue más tarde a la habitación de invitados.

Sońka estaba tumbada en la cama con los brazos cruzados sobre el pecho. Más joven que unas horas antes, tan joven como cuando perdió su vida, a pesar de que no se la había jugado a nada, no había hecho ninguna apuesta y no esperaba ninguna victoria. Su cuerpo llenaba la bata oscura: jugos, deseo, sacrificio. Tranquilidad y calma chicha. Espera. Esa pareja de viejos carrozas, Eros y Tánatos.

—*Pryniasi serca*[59] —le pidió Sońka.

En un primer instante Ignacy no comprendió. En este momento el actor se detiene, se queda petrificado en el escenario. Después el actor se marcha por un lateral a la cocina, y vuelve con los bombones. Sońka sonrió, sin dientes. Abrazó la caja y colocó el corazón allí donde debería estar, entre los pechos y a la vista, pagado honradamente con el dinero de la pensión.

—Acompáñame —dijo Sońka.

Ignacy titubeó. Del jardín y por los altavoces llegó el aullido de Borbus Doce. No aullaba de manera lúgubre. Aquel aullido fue como un anuncio, como una moneda incorrupta que va abriendo puertas. Borbus aulló con todas sus fuerzas perrunas y todo su amor perruno, y con esos horribles pegotes de pelo en su lomo derrengado. Su aullido se elevó hasta el Séptimo Cielo y cayó hasta las profundidades del Decimosegundo Círculo.

Era un aullido comparable al mensaje de un heraldo. Salía de sus entrañas perrunas, pero parecía hacerlo del pozo de una mina de oro abisinia. Era un aullido que anunciaba un desenlace feliz. Como la estrofa final, ligera y alegre, que desdeña los lóbregos versos precedentes, Dante y Shakespeare. Un aullido para glorificar la muerte normal, fundamento de la civilización.

Sońka la Blanca y Sońka la Coja. Sońka la longeva de largos cabellos. Con su gran corazón y sus encías de bebé, de antes de los dientes de leche. Sońka la que lanzaba hechizos a las vacas de los enemigos y encantamientos buenos a sus mujeres.

—*Pierawiedzi*[60] —repitió.

Ignacy titubeó.

El actor se quedó parado, en actitud de espera.

Borbus Doce aulló. Aulló en honor del primer padre, aquel de orejas puntiagudas y pelo suave. Aquel que estaba en una nube y en la cima del monte Tabor.

Cómo se alegran mis patas por los saltos que doy en mis carreras. Cómo se alegran mis dientes por los palos que lanzan para que yo los traiga. Cómo se alegra mi pelo por el cepillo y el collar antipulgas. Mi ama, Sońka, ya se ha puesto en camino. Y yo ladro y ladro, persigo a las gallinas y lamo las pantorrillas de mi ama. Enseguida entraremos en la caseta celestial y nos pondrán cadenas de oro que no tienen fin. Estaremos unidas más allá del tiempo, mi ama y yo, para siempre y hasta nunca.

Ignacy puso una mano en la frente de Sońka.

El actor hizo una genuflexión, como frente al iconostasio. Se santiguó según la manera ortodoxa, en la dirección contraria a la tradición católica, como en un espejo, aunque en realidad no significó nada, era solo un truco óptico. La frente de Sońka era como una barca y la mano de Ignacy, como un remo, pero en el interior no había ningún Jonás, ninguna sorpresa, nada gratis.

Trató de recordar las palabras de una oración adecuada. *Krinomenos*, «el que está de pie frente al tribunal». Fue lo único que le vino a la cabeza, y no porque fuera creyente sino porque lo

recordaba de la universidad.

Tragó saliva. Es más difícil despedirse de alguien que saludarlo, pensó. Más difícil acompañarlo que pedirle que se marche. Con qué fluidez pasa esto, de la «a» a la «zeta» y vuelta a empezar.

Yo, Igor, escuché en la habitación de invitados y también durante los muchos y agotadores ensayos del espectáculo cómo Ignacy tragaba saliva. Escuché el aullido del perro, al que se unió el maullido de Jozik Pastor de Ratones. Escuché una frase que salió por los altavoces del portátil. La grabación de una prueba de sonido.

Ignacy no fue capaz de recordar palabras ni ceremonias adecuadas. Eso es porque los barrigudos obispos polacos son una burla de la muerte y los barbudos popes son mejores solo porque tienen esposas. Tuve que ayudarlo, ayudarme a mí.

Y, claro, luego hay que representar de alguna forma todo eso en el escenario. Tiene que conmover. Llegar al alma. Poner un nudo en la garganta. Mejor si es en blanco y negro, entonces queda claro que se trata de algo Importante y Eterno. Ahora no lo ve nadie, después lo verán todos. Y será una vergüenza.

Solo me vino a la mente una palabra extranjera: *kadish*. Un gran riesgo escénico, peligro de caer en el efectismo, otro memorial del Holocausto. Una cursilería. Sin embargo, sin ella el espectáculo fracasaría. Además, ¿acaso importa qué conmueva? ¿Una obra maestra o una basura? La emoción es la misma.

(¿Los judíos tienen catarsis?, se preguntaba Igor. Y si no, ¿la toman prestada de los griegos cuando la necesitan? Tiene toda la pinta de que unos contraen deudas con los otros).

No existe nada más cercano al corazón que la otredad o la diferencia. *Kadish yatom*, el *kadish* de los huérfanos, rezado todos los días por el hijo de la fallecida durante once meses. Prácticamente nos hemos convertido en los hijos de Sońka, sacados, justo antes de su muerte, de un sombrero o de detrás de la oreja, como un conejo, de repente. La muerte estaba de nuestra parte, de la de Sońka y de la nuestra, era nuestra aliada, nuestra socia. Era una ley tranquilizadora, una promesa de que «después de» realmente no hay nada. Nada. No hay nada. No tengáis miedo.

Me levanté de la silla sin sentir un gran dolor, solo rabia hacia el actor que encarnaba a Ignacy, que menudo belén me había montado allí, había actuado en demasiadas obras clásicas. Di unos pasos y enseguida me encontré al borde del escenario.

La mano de Ignacy se desliza por la frente de Sońka. Frágil es su mano y frágil nuestra fe. No encontrarás el final en la indagación, ni encontrarás tampoco el principio, no encontrarás nada a tiempo tras la vida.

Itgadal veitkadash shemeh raba, dice, porque se lo ha aprendido de memoria y yo, después de subir al escenario, contesto sin querer: *Amen*.

Ahora la luz se atenúa —¿añadir algo de música? ¿Arvo Pärt? Aunque no estoy muy convencido—, se concentra como una emoción sobre la cama de Sońka.

Bealema di vera jirutej. Veiamlij maljuteh bejayeijón uveyomeijon uvejayeijol beit Israel baagala uvizman kariv. Veimru: Amen.

Decimos: *Amen*.

Jozik se restriega contra los tobillos. Llega Borbus la Última, pulgosa, jadeante y con el morro canoso.

Yehe shemeh raba mevaraj lealam ulealemei alemaia. Itbaraj veishtabaj veitpaar veitromam

veitnase veithadar veithale veithalal shemeh dekadsha berij hu.

Contestamos: *Berij hu.*

Contestamos: Bendito sea.

Y en mi piel, en la entepierna y en todas partes siento algo extraño, ácidas mordeduras de hormigas: como si me estuvieran relatando y al mismo tiempo yo relatara.

Leela min kol birjata veshirata tushbejata venejemata daamiran bealema. Veimru: Amen.

Contestamos: *Amen.*

Llegó Misza, del elenco secundario, porque el actor del elenco principal había cogido una amigdalitis. La alfombra no se hunde, las tablas del suelo no rechinan, el agujero de la cabeza no se abre, tan solo Borbus menea el rabo.

Yehe shelama raba min shemaia, vejaim aleinu veal kol Israel. Veimru: Amen.

Contestamos: *Amen*, e Ignacy da tres pasos hacia atrás que el director de movimiento escénico no había establecido y que se salen del texto de la obra. Aparta la mano de la frente de Sońka y llena sus pulmones de aire, como si quisiera soplar hacia las velas de un barco, como si quisiera saludar con un soplido a sus abuelos. Empujar la barca para que atravesase las últimas aguas.

Y yo noto a mi espalda a un hombre desconocido. Radiante y abrasador, como salido de la memoria de Sońka. Estirado, como la recta que traza en el cielo una estrella fugaz. ¿Así que él también apareció, el dueño de plantaciones en Centroamérica y oficial de las SS? ¿El radiante Joachim? ¿Arañazo en el cielo y en la piel?

También está Witek. Y Janek.

Ose shalom bimromav, hu yaase shalom aleinu, veal kol Israel. Veimru: Amen.

Solo falta una persona para que se pueda formar el quórum de la oración. Para despedirse por fin de la historia, ese encarnizado enemigo. Hay nueve. Falta alguien.

A lo mejor te necesitamos justamente a ti.

¿Tenemos que rogártelo con todas nuestras fuerzas?

¿En un baile de cuerpos y sombras?

¿Justamente a ti?

—*Heta usio ni mayo, zusim*[\[61\]](#)—dijo Sońka.

«Medita cómo hacer mantequilla de la vía láctea.
Con las vacas no lo ha logrado».

Las pequeñas sombras de los grandes hechiceros,
TYMOTEUSZ KARPOWICZ

Cualquier parecido con lugares, personas o sucesos reales y con la Segunda Guerra Mundial es intencionado y además carece por completo de autorización.

¿Qué es la ficción? Albert Camus ya decía que la ficción es la mentira a través de la cual explicamos la verdad. También alguien dijo que todas las historias de ficción son verdad, pero algunas no han pasado nunca.

Ursula K. Le Guin decía que cuando leemos una novela debemos pensar que todo es un disparate y al mismo tiempo tenemos que creer cada palabra, y si la novela es lo bastante buena nos habrá cambiado un poco.

Quizás ahora, después de leer *Soñka* ya seamos un poco diferentes.

R

NOTAS

- [1] Dios / Señor.
- [2] Venga, Mućka, muévete.
- [3] Espinosos, pequeños peces que viven en arroyos y ríos.
- [4] Puaj. Se han parado y van a mear.
- [5] Debilucho.
- [6] Sálvanos, Señor, sálvanos.
- [7] Será algún idiota, sin pene.
- [8] ¿Qué ha ocurrido?
- [9] Cacerolas.
- [10] Mućka, aparta, guarrona.
- [11] Esperad.
- [12] Ven a tomar leche, ven.
- [13] Parte de una cocina económica de azulejos que se aprovecha para sentarse o tumbarse en ella; es frecuente en las casas de los pueblos y las pequeñas ciudades de Podlasie.
- [14] ¿Para qué?
- [15] Cura ortodoxo, pope.
- [16] Tú eres idiota, Sońka.
- [17] Quiere a tu hijo como a tu propia alma, pero sacúdelo como un peral.
- [18] Mira esto.
- [19] Es la sangre de él.
- [20] De noche, solo se pasean los gatos y las fulanas.
- [21] Y tú tienes sangre en las manos.
- [22] Quédate tumbado, que te cuento la historia.
- [23] ¿De dónde ha salido este despojo?
- [24] Creo en un único Dios Padre.
- [25] Dime, ¿cómo se puede querer así a otra persona? ¿Por qué? ¿Para qué?
- [26] Tú no eres de los nuestros. Tú eres una zorra.
- [27] Ahora no podrás cagar, y a tu madre que la jodan.
- [28] Es mejor morir en tu propia cama, en casa. En un hospital es peor.

- [29] No va usted a morir.
- [30] Habla en la que se mezcla el idioma ruso y el bielorruso.
- [31] Puta, me avergüenzo de ti.
- [32] Sujetadla bien.
- [33] ¿De quién es este bastardo?
- [34] He mentido mucho.
- [35] Vete a fregar, y tú pide a Wańka y a Misza que vengan esta noche.
- [36] Wańka, ¿conoces a mi hija Sońka?
- [37] La conozco. Ha salido buena moza, clavadita a Gala.
- [38] No es mala chica, pero te voy a contar algo muy gracioso. Sońka, ven, acércate, hija.
- [39] Mírala, todavía moza, pero con barriga de esposa.
- [40] Esa barriga no ha salido de la nada. La barriga de Sońka ha salido de Misza.
- [41] Es verdad.
- [42] Porquería; aquí, una culebra, un lagarto.
- [43] Es verdad. No sabíamos cómo decíroslo. Nos daba vergüenza.
- [44] No es posible.
- [45] Tiene que serlo.
- [46] Quiero esperar.
- [47] Aquí, en vano.
- [48] Especie de montículo de nieve.
- [49] Icono de la Virgen María, pero también festividad de la Protección de la Madre de Dios.
- [50] Estaba perdida. Perdida.
- [51] ¿Por qué me aceptaste? ¿Por qué?
- [52] Él ha vuelto. Ha vuelto de nuevo.
- [53] Sangre.
- [54] A Gródek.
- [55] Es mi culpa / error. Perdóname.
- [56] ¿Me perdonas? ¿Puedes hacerlo?
- [57] No puedo. Ni quiero.
- [58] Habitación grande.
- [59] Trae el corazón.
- [60] Condúceme.
- [61] Nada de esto es mío, absolutamente nada.